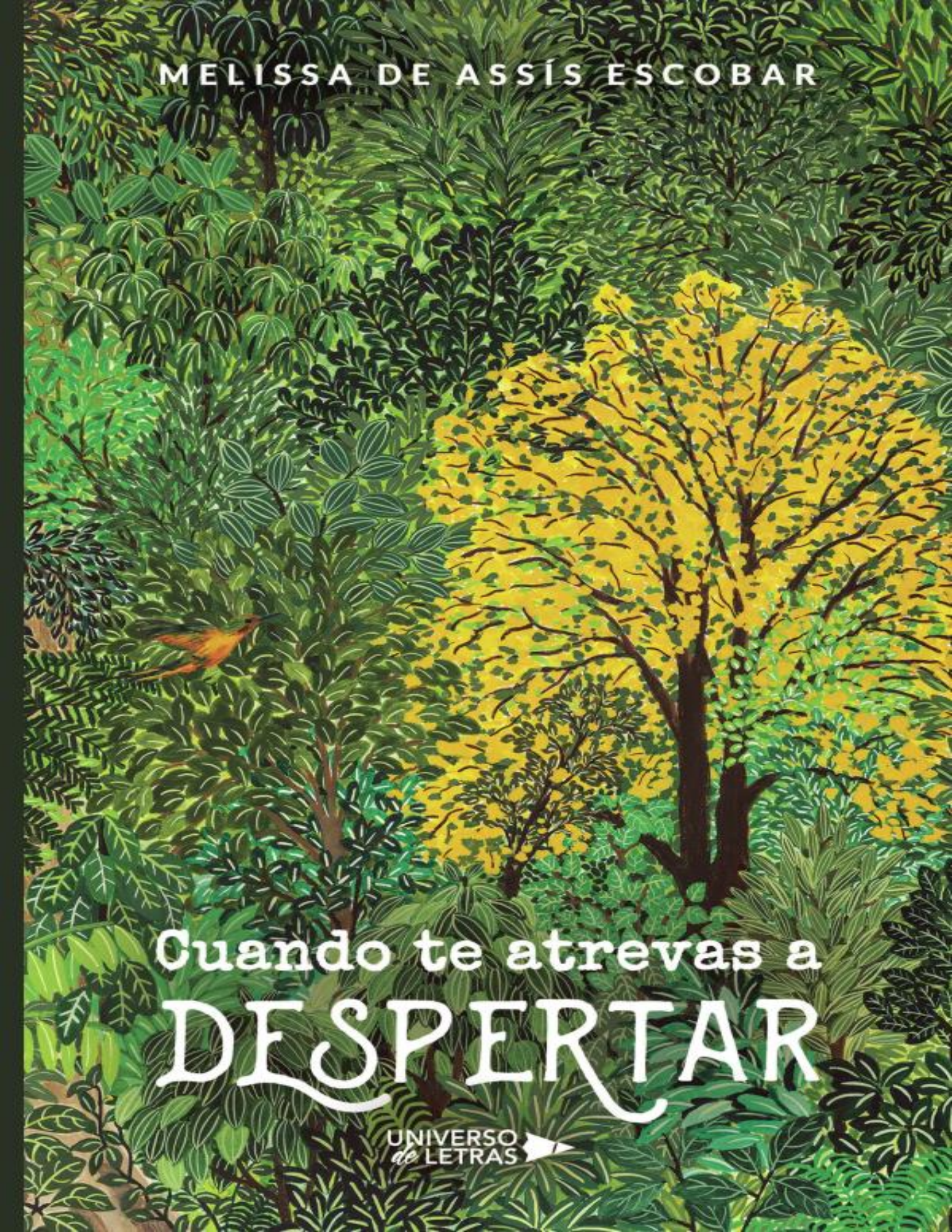

MELISSA DE ASSÍS ESCOBAR
Cuando te atrevas a
DESPERTAR
UNIVERSO de LETRAS

Cuando te atrevas a DESPERTAR

Melissa de Assís Escobar

UNIVERSO de LETRAS

Cuando te atrevas a despertar
Melissa de Assís Escobar

Esta obra ha sido publicada por su autor a través del servicio de autopublicación de EDITORIAL PLANETA, S.A.U. para su distribución y puesta a disposición del público bajo la marca editorial Universo de Letras por lo que el autor asume toda la responsabilidad por los contenidos incluidos en la misma.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© Melissa de Assís Escobar, 2024

Diseño de la cubierta: Equipo de diseño de Universo de Letras
Imagen de cubierta: © Portada obra de Victoria María Cárdenas Londoño, acuarela, "Entre sueños y despertares", 2024.
Fotografía de la autora: Mario Alzate.

www.universodeletras.com

Primera edición: 2024

ISBN: 9788410276178
ISBN eBook: 9788410277199

A mi madre
y a las diosas de mi tribu
que irradian la luz de sus heridas.

Índice

1. *Las nenas nacen con una corona que un principucho querrá robar* 13
2. *El que no baile, que no nazca* 15
3. *No hay vacuna para los terremotitos del alma* 23
4. *Más vale loca firme que cuerda floja* 27
5. *Si el mundo es un pañuelo, todas somos mocos, sudor o lágrimas* 31
6. *Se acurrucaban con sus demonios en las noches, pero eran felices porque despertaban juntos* 37
7. *Aunque Dios siempre brilla iluminada, agradece cuando le prendes una velita* 43
8. *Los niños que cantan y bailan a solas son felices; los demás necesitan terapia* 47
9. *Al león que más ruge lo calla la oveja más blanca* 51
10. *Somos nubecitas a punto de reventar sobre bosques de alfileres* 55
11. *Toda hembra recuerda el día que le agarró miedo a la mirada de un varón* 57
12. *Ningún dolor se sufre en vano. Lo que te duele te acerca a la verdad* 61
13. *Bajo tanta presión, creció fuerte y bella hasta convertirse en diamante* 65
14. *Tu vida no es tuya, si te importa lo que piensan de ti los demás* 71

15. *Un sueño no es una alucinación, ni un deseo inocente. Es el motor de una vida* 75
16. *Nada más sabroso que un macho que ignora lo sabroso que es* 79
17. *No hay palabras más letales que las de un «te quiero» nunca dicho* 85
18. *Cada ser libra una batalla interna aterradora y secreta, imposible de envidiar* 87
19. *Ella era todo lo que uno quiere proteger en un mundo enfermo* 89
20. *Atrévete. No te mueras con la música por dentro* 91
21. *Una mujer mal reparada vale más que la que jamás ha sufrido* 95
22. *Tarde o temprano, la vida te convierte en guerrera, ángel o verdugo* 97
23. *Ir a misa no significa nada. Los demonios también rezan de rodillas* 101
24. *La noche es larga y tiene sus lecciones. No siempre es tiempo de dormir o soñar* 107
25. *Lo único que una mujer necesita para sobrevivir son amigas con quien llorar; al menos, una* 113
26. *Reina, tu cumpleaños no es el día más especial del año. Hay otros* 117
27. *Con la pérdida de ilusiones, nos vemos confrontadas con verdades imposibles de ignorar* 121
28. *Hay días que merecen acabar rápido. Tómate una pepa, un vinito, algo* 127
29. *Las penas son como los pedos: vienen, apestan y se van. Son algo ineludible de la condición humana* 133
30. *Tu destino es más grande que tu historia. Quema el diario viejo y empieza el importante* 141

31. *Sé tan buena que a papá Dios no le quede otra opción que apiadarse de ti* 145
32. *Nadie pierde todo: siempre queda algo para extrañar, odiar y amar* 147
33. *Mientras más grande el monstruo, más grande la heroína* 149
34. *Hay infinitas realidades pasando a la vez. Cada quien que escoja la suya* 153
35. *La que tiene magia no necesita trucos. Las hembras todas somos brujas* 155
36. *La felicidad premium viene con un acompañamiento de alas* 157
37. *No es malo vivir en las nubes, hasta que te toca bajar* 161
38. *Se vale llorar después de tomar la decisión que te agradecerás mañana* 165
39. *Llevo mi fe como una armadura. Nunca me avergonzaré de lo que me protege y ampara* 169
40. *Nunca estás sola en la naturaleza; saluda, soba las planticas y verás* 173
41. *Abrázate mucho que el tiempo vuela y no puedes confiar en él* 179
42. *El camino más largo es a tu propio ser* 181
43. *A pesar de la incertidumbre, las heroínas abrazan la ilusión de un nuevo comienzo* 185
44. *Los humanos no saben que son animales salvajes domesticados* 189
45. *La misión sagrada de la madre es dotar de alas y raíces fuertes a su angelito* 193
46. *Que no te amarguen los limones de la vida. Invítalos a bajar tequilas* 197

47. *Lo miró desde arriba como el sol incondicional, en la tarde se escondería para amanecer con un machete* 201
48. *Si tu espada es pura, no mata. Toca envenenarla de maldad chingona* 209
49. *Dicen que la vida es como un espejo: si sonríes, te sonríe de vuelta. Pero es mentira y no importa* 213
50. *Descubrió en su miedo que era valiente y lo castró. Entonces, le salieron alas* 215
51. *Ganarás la guerra que no hablas con nadie, si luchas con los ovarios bien puestos* 219
52. *Nunca desperdicies la fuerza que te da el miedo* 221
53. *Abre los ojos y mira sin rencor. Cada sufrimiento tiene una explicación* 229
54. *El alma vibra cuando suena tu canción en el momento más inesperado* 235
55. *La mujer que regresa después de un maratón de sufrimientos ya no es la misma. Es mejor* 239
56. *Ya tienes todo lo que necesitas: está escondido adentro* 243
57. *Las guerreras nacen de sus acciones; las víctimas, de su parálisis* 247
58. *Hoy saco mis linternas para encontrarme, soy la nueva jefa de mi destino* 249
59. *Las flores lindas tienen almas vestidas de Sol y también de rudos aguaceros* 255
60. *Solo si despiertas de tu pesadilla, alcanzas a vivir tus sueños* 259
61. *Los ojos sonrientes en agradecimiento florecen bendiciones de tu sufrimiento* 263
62. *Cuando te atrevas a despertar, amarás la luz que hay en ti* 267

1

Las nenas nacen con una corona
que un principucho querrá robar.

Abuela Babilla

CUMPLIÓ CINCUENTA Y PICO FUMANDO en el baño de un avión, evitando recordar la primera vez que le metieron un revólver entre los muslos y le mataron las ganas de bailar. O de vivir, que es lo mismo. Hasta entonces, había sido una muchachita suficientemente feliz, de las que otras imitan. Se contoneaba sin desperdiciar sonrisas y rompía corazones sin darse cuenta.

Existía como una palmera despeinada en la brisa, como si fuera la reina de Villarreal: la ciudad más violenta y alegre en los años ochenta. En sus calles se derramaba más sangre que en ninguna otra en el mundo, pero se celebraba la vida con carcajadas y con los besitos mordisqueados más dulces en la historia de la humanidad. Sabían a chicle de barrio, de los que provoca tragarse, y a aguardiente anisado, del que entra en reversa. Era la gran capital de la diminuta isla caribeña Santa Perpetua, abrazada por el valle de las mil primaveras. Olía en las mañanas a pinos frescos y a café con leche, y en las noches a eucaliptos secos y pólvora con alcohol. Ahí, la fiesta casi siempre le ganaba al miedo, pero no tanto a la muerte.

Hoy, después de treinta y cinco años, Amelia Galofre regresa: por fin, va rumbo a Villarreal. Ya espantó los traumas y se atrevió a desenterrar en ese avión helado la última noche que no lloró. Fue antecitos de que un hombre le robara su corona... y mucho más. Lo hizo frente a un semáforo torcido. Ahora necesita estar borracha y valiente para pensar en los detalles. Coquetear con el recuerdo de

esa última noche que bailó y que fue mágica y feliz era un buen comienzo para una mujer como ella.

2

El que no baile,
que no nazca.

Ajolota Galáctica

La ceremonia religiosa había sido tan larga como el primer baile de los novios. La noche se estaba poniendo fresca en el momento en que una orquesta de doce músicos en pantalones blancos y camisas con estampados de piñas selváticas se montó en la tarima a resucitar la fiesta. Iban acomodando sus instrumentos, mientras los invitados pedían tragos y pavoneaban sus joyas. Abundaban los peinados gigantes y los vestidos de mangas majestuosas de Carolina Herrera.

Los novios ya habían bailado una melodía romántica interminable, cortesía de tres viejitos que torturaban un arpa y dos violines. El jardín de la mansión más linda de Patio Bonito, o El Patio como le decían, estaba engalanado con cuarenta mesas arropadas en manteles de lino perla. De los jarrones de plata brotaban las rosas beich, las astromelias salmón claro y las orquídeas blancas. Legiones de meseros en esmoquin flotaban como luciérnagas.

Amelia había llegado puntual al festejo en la casa de su amigo Fabio *Tato* Mogollón, primo y padrino de bodas del novio. Esa mañana había soñado despierta que debía bailar en la fiesta, presentía que esa noche le marcaría la vida para siempre.

Una señora que lucía un anillo dorado del tamaño de una tuba señaló la mesa donde Amelia, Román, Mari y Tato se carcajeaban. Ana Fernanda, conocida como Nanda, la única de pie, no solo estaba contando, sino también actuando chistes no aptos para una niña bien de diecisiete años. A sus espaldas, las tres tías abuelas de la

novia la censuraban ofendidas, mal ignorándola de reojo y mal meneando sus abanicos de revillanas.

De repente, las carcajadas se fueron con la brisa y mecieron los cocoteros. El silencio de las palmeras trajo una ola de nostalgia de las que golpean las celebraciones ajenas y propias, que tanto cuesta ignorar. Nanda se dio la vuelta y retó a las damas a jugar Confiésate o Atrévete.

—Confiesen, ¿cuántas veces se han masturbado pensando en Ronald Reagan? O ¡atrévanse a brindar con nosotros por una rumba sin muertos ni balacera!

La velada sin brisa transcurría en calma, un poco soporífera y aburrida. Los dones y las doñas felicitaban a Beatricita, la feliz novia, pasada de kilos y champaña, quien iba de mesa en mesa tomándose fotos con los invitados. El primo de Tato, a quien apodaban Pitufo porque tenía todo pequeñito, era el novio que la perseguía obediente, posando para el fotógrafo más afeminado y moderno de la isla.

Beatricita y Pitufo se complementaban: ella tenía los senos descomunales, rebalsando de su escote nupcial; él, los ojos saltones, desbordando de sus espejuelillos redondos.

Sonaron los primeros acordes de los instrumentos, interrumpiendo conversaciones y acelerando un par de brindis. El cantante domó el pito agudo del micrófono y habló apoyado en los latidos de un bongó.

—Hoy vinimos a celebrar el amor. Un aplauso para la hermosa Beatriz y su ahora esposo, Rodrigo alias *Pri-tufo.*

En medio de gritos y chiflidos por la equivocación, los recién casados se besaron y los felicitó el acorde de dos trompetas. La orquesta entonó una lánguida versión de *Pavorreal* de El Puma en versión porro.

Reinaba la timidez típica de las fiestas *high class* cuando aún no hay borrachos que se animen a bailar. Nadie se dignó a pararse de la

mesa y los que estaban de pie tomaron asiento. Los segundos pasaban largos y agotadores.

Motivada por sus compañeros de mesa, Amelia taconeó hacia la pista. Con una mirada autoritaria, calló al cantante y le dijo algo a los músicos. La canción se detuvo en seco. Reinó el silencio, rociado de una expectativa infecciosa. Tato, nervioso, se sirvió un vaso de *whisky* y sus amigos del patio empezaron a observar a los invitados como si hubieran plantado toneladas de fuegos artificiales debajo de cada mesa.

Amelia manoteaba frente a la tarima y los músicos la escuchaban como niños regañados. Se propagaron las miradas inquietas, aumentando la incomodidad de los novios y la de sus familiares, que empezaron a mirar a Tato con indignación. Solo se oían las risitas nasales de Nanda, que exacerbaban aún más la tensión.

De repente, un vozarrón reventó los parlantes y se escuchó:

—Quielo contalej mi emanu jun pedacidu de laijtoria negra, de laijtoria nuejtra cabayero idi siasí.

Las notas de un piano atacaron los primeros acordes de *La rebelión*, de Joe Arroyo, y Amelia, en el centro de la pista, se empezó a menear de la cintura hacia abajo, sin levantar los pies ni la mirada. Estaba envuelta en un vestido de *chiffon* neón azul celeste, vaporoso pero ajustado, salpicado en puntitos dorados que se derretían con cada movimiento. Se unieron a su trance rítmico un cencerro y un güiro que fueron despertando cada milímetro de su cuerpo. Como si la hubiera azotado un relámpago cariñoso, empezó a sacudirse. Entera.

La ondulación de sus caderas electrocutadas, de sus muslos, de su vientre y de sus hombros desnudos, cada uno con una agenda propia, transmitió la razón de ser de la música en el mundo. Golpeaba cada acorde con su cuerpo, se movía poseída por cada instrumento, asaltando cada nota, sustrayendo cada brote de regocijo: desde el más carnal y sombrío hasta el más puro y alegre.

Abrió los ojos más negros e inmensos del mundo, despacito. Encontró los azules, como *jean* maltratado, de Román, sin tener que buscarlos, como siempre, y su mirada celebró en secreto. Ignoró a cada uno de los presentes y se acarició la melena chocolate colosal, casi rizada, muy suelta, recibiendo la música con el alma en carne viva. Fue ahí cuando finalmente se despegó del piso, dando una vuelta impulsada por golpes secos de sus caderas que hicieron tambalear la isla. El mundo desapareció y quedó ella hechizando en cámara lenta. La imagen de Amelia se grabó como un tatuaje en la memoria de cada alma presente. Verla menearse, agitarse y gozar la música con cada poro de su piel canela clara, era una bendición.

Empezó el coro y se agarró la falda. Un mesero negro bañado en Menticol no se pudo contener más: tiró la bandeja con tragos, saltó sobre tres mesas, se le acercó meneando las nalgas y ambos se convirtieron en un solo ser. Se agitaban deliciosamente pegados, como dos extraterrestres enamorados, sin huesos, sin alma, nacidos para bailar juntos esa canción, para existir por la música y con la misión divina de escandalizar a las damas de la alta sociedad que estaban reunidas ahí, esa noche.

Batían cada músculo en un espacio mínimo. Los pantalones de los caballeros empezaron a convertirse en tensas carpas y todos volvieron a desear a sus mujeres como si fuera la primera vez. Las damas, torturadas por el meneo del dios moreno, se mordieron los labios, amansando las ganas de arrancarse los moños y vestidos tiesos.

La pareja fue acariciando cada rincón de la pista. Luego, se separó mediante de una serie de vueltas en las que Amelia parecía volar, desaparecer y volverse a unir al hombre, que vibraba como un dínamo pecador.

Centenares de asistentes no cesaban de criticar y admirar, de censurar y pedir más. Los delataban sus miradas de repulsión y encanto ante el temblor de esas batidoras de pelvis prodigiosas.

Mari, Nanda, Tato y Román vivieron desde su improvisado palco el hechizo de Amelia en esa noche sin Luna y con estrellas que ninguno olvidaría jamás.

Tato se encaramó en la tarima frente a la orquesta y, sin respirar, apretó los ojos y se bebió un cuarto de botella de *whisky*. Se golpeó el pecho como King Kong, gruñó como Hulk y, victorioso, alzó los brazos como Rocky justo cuando terminó la canción y el ambiente reventó en gritos.

Amelia no quería soltar al mesero, quien ya se había aflojado el corbatín y se secaba la frente con la manga de la camisa. Mari le ofreció servicial una servilleta de papel, un vaso de agua con hielo y le ayudó a quitarse la chaqueta empapada en sudor de macho feliz. Nanda notó que tenía su nombre bordado con hilos de color plata en la pechera.

—¡Brindemos por Erwin, el dios de la noche que ha puesto a todas estas viejas a mojar calzón!

Román le sirvió un aguardiente doble.

—Parcero, salud y mis respetos. ¡Ya quisiera yo tener su tumbao en la pista!

Erwin abrazó a Román.

—Dios es justo. Por eso nos da más ritmo a los feos.

Gracias a los cien dólares que Tato había prometido a los músicos, la orquesta ignoró la orden del papá del Beatricita de tocar la versión salsa de *Niña a mujer* que habían practicado durante meses para bailarla juntos. Esa noche murió Julio Iglesias después del Puma, y en su lugar roncó a todo volumen una voz de trueno africano.

—Ven, negrito... ehhh, que ya empezó el mapalé, el mapalé...

Y vino una pausa de silencio, que fue castigada por la percusión de un tambor llamador. Tres voces entonaron el coro «El mapalé, prende la vela, que la cumbiamba pide candela» y Erwin, poseído por el espíritu de sus antepasados, tomó de la cintura a Amelia, quien saludó a Changó. Se menearon diez mil veces en diez

segundos. Los tambores, ya a punto de estallar, aceleraron los latidos a la velocidad de la luz y algo poseyó al hombre. Erwin dejó a Amelia a un lado de la pista, se arrancó el corbatín de plata, flotó al centro de todo, se rasgó la camisa y volaron dos botones a la mesa de los novios, haciendo estallar dos botellas de Dom Pérignon. El movimiento de sus hombros lo derrumbó rítmicamente al piso, boca arriba, agitándolo, como si fuera una ofrenda al cielo. Y Erwin lo era.

Iba sacudiendo la pelvis, como haciéndole el amor a la mujer invisible más frígida del planeta, decidido a complacerla y hacerla explotar. Las doñas sentían entre los muslos el poderío de su vaivén. Los caballeros reventaban las cremalleras de sus pantalones. Todos los invitados pusieron los ojos en blanco.

Román escoltó a la pista a la recién casada más borracha de la historia. Beatricita enrolló gozosa a Erwin en su pollera de novia rica en un pobre esfuerzo por cabalgarlo. Era la lucha de amor de una gallina blanca y esponjosa, domando a una pantera de ébano, epiléptica, bañada en champaña. El mapalé cada vez se ponía mejor.

Amelia trató de salvar el honor de la recién casada, a quien se le estaba saliendo un pezón, y se abalanzó sobre su escote. Beatricita, celando a su majestuoso corcel, la empujó contra una mesa. Cuando Mari y Nanda corrieron a socorrer a su amiga, notaron que Beatricita ya tenía el *strapless* enrollado en la cintura y se orinaron un poco de la risa. Pero cuando notaron la cara de Erwin ante el vaivén de esos melones blancos no pudieron contenerse más y bautizaron generosamente la pista. Tato le quitó la cámara al fotógrafo, quien insistía en documentar profesionalmente el mapalé, y la escondió nervioso debajo de una mesa.

Beatriz, con los pezones endurecidos por el aire fresco, agitó la pollera para arroparle la cabeza al bailarín y procedió a sentarse en su cara. Entonces, sonaron dos ráfagas de ametralladora de los guardaespaldas del Pitufo y los invitados recobraron la compostura;

muchos se escondieron debajo de las mesas y sacaron sus armas, bendito sea Dios, sin disparar.

Erwin Usnavy Casillas resultó ser más que un mesero de buen meneo. Era el olvidado campeón nacional de salsa de 1979 que ahora trabajaba *free lance* los fines de semana para mantener a once hijos, que tenía de once mujeres diferentes. Y cuando cesó el alboroto, dos guardaespaldas mal encarados lo cargaron fuera mientras cantaba descamisado:

—La vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida... Ay, Dios...

3

No hay vacuna
para los terremotitos del alma.

Mariposa Monarca

Amelia le dio un último plon al cacho de marihuana y, tiritando, lo tiró al inodoro helado. Un tifón denso de niebla la envolvió por un segundo. Temblaba de espaldas al espejo, ajena a la realidad de que los años no le habían castigado el cuerpo tanto como el alma. A sus cincuenta y tres parecía de treinta y pico en la cara, y de menos en el resto del cuerpo.

Se sopló la nariz pensando en Román, en cómo la miraba. Esa fue la última noche que no lloró. Y que bailó. Y que fue feliz y mágica. Sentía que llevaba treinta y cinco años sin dormir, sufriendo muerta en vida. Había llegado el momento de enfrentar su pasado y regresar a Villarreal, a esa tierra maldita.

Abrió la puerta, imaginando su entrada triunfal al pasillo del avión, rodeada de una humareda prohibida, como Gene Simmons en el mejor concierto de Kiss. Sentirse delincuente la sobreexcitaba. La abominación de perfumar con marimba ese *jet* le regaló la esperanza de no tener que hacer el viaje. Ojalá la descubrieran y devolvieran el avión al aeropuerto de Los Ángeles. Ojalá entraran legiones de policías, preferiblemente en *shorts*, a capturarla por viciosa y a cargarla fuera, como a Cleopatra. Para complacer a los pasajeros chismosos, les mostraría su seno izquierdo tatuado con una cicatriz de bala que parecía una estrellita de mar. Pero Amelia solo se enfrentó a una abuelita mal enmascarada, impaciente por lavarse las manos huesudas. Quiso ignorarla, pero no fue capaz: la agarró del brazo, le sostuvo la puerta y la ayudó a entrar.

Había desayunado un ron doble salpicado con Coca-Cola, un café con leche amargo y seis cigarrillos. Desfiló por el pasillo del avión de American Airlines en la dirección equivocada. La mirada nublada por la lloradera no le afectaba el garbo. Sus caderas de flaca vanidosa se agitaban de lado a lado, saludando a los pasajeros.

Flotaba bajo el impulso de las botas Prada que había planeado lucir esa noche en la fiesta sorpresa que había ordenado que no le hicieran para su cumpleaños. Imaginó a los quinientos invitados disfrazados de personajes de *Star Wars*, esperándola en su mansión de Beverly Hills, especulando el porqué del viaje súbito para celebrar su *birthday* en el único país del mundo que odiaba.

De repente, la abrazó el frío del miedo y empezó a arrastrar los pies. La antes mariposa feliz ahora avanzaba como un matón mirando a cada pasajero. Esa era Amelia: pasaba de la alegría a la agresividad, y de la nota zen al miedo. Era el reflejo intermitente de lo mejor y peor de los sentimientos extremos, de lo más lindo y feo que puede sentir un alma: era como Villarreal.

No quería pensar en el pasado, necesitaba algo que le coloreara el presente. Avanzaba desafiante, examinando a cada pasajero, hambrienta de algo difícil de entender. Aunque lo hubiera deseado, le era imposible ser ignorada. Tenía los ojos negros gigantescos, rasgados como almendras, las pupilas dilatadas y las pestañas más densas que cualquier mortal. La cara era angulosa y simétrica, con la piel tirante como un tambor; la frente inmensa de cejas rectas; la nariz mínima; la boca corta de labios entreabiertos, como cáscaras de mandarinas flambeadas por el Sol.

Su cabello era negro, rojizo y algo rubio, liso y rizado, largo y corto, bien cuidado y desordenado: todo a la vez. Era delgada. Altísima. Ya no tenía curvas. No las necesitaba. Parecía la caricatura de una extraterrestre exótica, un avance de cómo lucirán los humanos cuando se mezclen todas las razas para convertirse en una especie superior.

Le faltaban menos de nueve horas para volver a la tierra que había jurado nunca más pisar. Controlaba la ansiedad con un cronómetro mental que descontaba el tiempo en ciclos de aguante de treinta y tres minutos. Sentía en cada poro que la obligación de regresar a Villarreal la empezaba a enloquecer.

Había improvisado un plan para sobrevivir. Pasaría borracha y trabada las primeras seis horas del vuelo de Los Ángeles a Miami recordando a Estílita, su nana y segunda madre; luego, en la hora de trasbordo en el aeropuerto de Miami, calmaría con un par de Xanax la tentación de comprar un boleto de regreso a Los Ángeles. Abordaría el avión rumbo a Villarreal recordando cómo rezar. Necesitaba sobrevivir unos dieciséis ciclos: quinientos veinte y tantos minutos encerrada con cientos de extraños, entreteniendo sus miedos y la maldición de sentir, oír, oler, ver y saber más que los demás mortales.

Analizaba a cada pasajero buscando espantar el fastidio de la serenidad propia que reina en los aviones. A lo que más le temía era al aburrimiento, porque la tentaba a recordar sus pesadillas reprimidas, hoy más vivas que nunca. Miró el reloj. No había cumplido ni el primer ciclo de los dieciséis que le tocaba sobrevivir. Sintió un golpe en la boca del estómago que le quitó el aliento. No podía darse el lujo de sufrir un ataque de pánico en un vuelo comercial. Debía tranquilizarse. Se detuvo frente al baño del área *coach* e inhaló lentamente el aire fétido para calmarse.

4

Más vale loca firme
que cuerda floja.

Cucaracha Slut

SHERWOOD TORCAN FUE EL ÚNICO PSIQUIATRA a quien Amelia le dio permiso de escribir artículos inspirados en sus traumas para publicaciones como el *World Psychiatric Association*. Después de escapar destrozada de Villarreal, él fue su refugio en los Estados Unidos.

Antes de aprender a quererla, Torcan se interesó en su pedigrí de maldiciones mentales, algunas heredadas, pero la mayoría adquiridas a lo largo de la vida. Recordaba cómo él, nerdo, las enumeraba acariciándose la barba roja de vikingo: trastorno del estrés postraumático, depresión, pánico, ansiedad, perturbaciones en la atención con hiperactividad, anorexia nerviosa, trastorno del espectro autista y vestibulitis vulvar ligada a causas psicológicas, entre otras más. A veces añadía, como una observación extra: «Posible esquizofrenia. La paciente afirma poseer poderes clarividentes y teletransportarse astralmente».

Pero no era su chifladura lo que la hizo tan popular en el circuito de los académicos de psiquiatría más respetados de California. Amelia era la paciente que todos esperaban impacientes, pues coloreaba sus vidas con reflexiones crudas, cómicas y letradas. Los terapistas eran adictos a las sesiones con Amelia, a leer sus escritos, a profundizar en su historia, a quererla como a una hija y a necesitarla para que los curara de la monotonía profesional que solía deprimirlos. Entretener siempre fue lo suyo.

Cuando le sugirieron que escribiera un libro sobre sus horrores, que culminara con su regreso a Villarreal convertida en una heroína

que inspirara al mundo, Amelia se rio y los mandó a comer mierda.

Su mirada, impregnada de una belleza e historia inquietantes, poseía una fuerza mística que resultaba imposible ignorar. Los profesionales la veneraban por ser brillante, brutal y divertida, pero sobre todo buena. Consideraban que era un genio creativo y que sus infantiles mecanismos de defensa cargados de cinismo y humor fácil, tan burdamente salpicados de recuentos de violencia, no lograban esconder la realidad de que a pesar de todo era una mujer pura.

Amelia estaba al tanto de cómo la analizaban y se burlaba de sus redentores, supuestos expertos que nunca habían odiado y sufrido como ella. Consideraban milagroso que aún estuviera viva, empezando sus días en una cama cómoda y no en un pabellón psiquiátrico, o cubierta de moscas en una fosa común. Lo más sorprendente era que no hubiera vuelto a matar. Aún.

Antes de comprometerse a compartir su historia en una publicación médica, Amelia le sugirió a Torcan que usara seudónimos para referirse a ella, que estuvieran inspirados en las groserías de su amiga Nanda cuando eran niñas, como Alma Marcela Gozo, Débora Cabezas Rico, Beca Galindo, explicándole muy seria que «*those are common names and last names for women in Santa Perpetua*». Él solo se refirió a ella como la «Paciente Ms. G, mujer de Villarreal, Santa Perpetua».

Hoy, el doctor Torcan la habría aplaudido como un abuelo orgulloso por tener el valor de tomar ese avión rumbo al pasado. Sintió su pecho perfumado con Jean-Marie Farina envolviéndola en un abrazo de oso flaco, amarrándola con sus brazos larguiruchos como hamacas, dándole palmaditas y felicitándola por enfrentar lo que tenía que enfrentar para rescatar a quien fuera más que una hermana.

5

Si el mundo es un pañuelo,
todas somos mocos, sudor o lágrimas.

Mona Aulladora

AMELIA DIVISÓ EN LAS ÚLTIMAS FILAS DEL AVIÓN a tres pasajeros frente a sus pantallas de video. Disfrutaban de la película de gore-cómic-acción *Crystal Frog Girl*. Compartían la misma sonrisa de sádicos y les faltaban las mismas muelas.

Un cincuentón, con aires de Quijote caribeño, iba ensalchichado contra la ventanilla, pero cómodamente vestido con chaqueta y pantalones deportivos. Era el clon grueso de Fidel Castro y miraba embebido hacia el frente con una sonrisa de chiflado, igual a la del dictador cubano. Lo acompañaban dos muchachos que seguramente no conocía: un par de hermanos gemelos escuálidos que, con sus narices de gancho, parecían pollos divertidos. Iban disfrazados de reguetoneros millonarios: sus fachas exaltaban aún más la pobreza de su blancura y su irrefutable ascendencia de fans de la música *country* que habían traicionado sin remordimientos.

—Esa película es una mierda. *Why are you watching that shit*?

No lo gritó ni se lo dijo a sí misma. Simplemente, les preguntó a los tres, casualmente, sin esperar respuesta. Tal vez nadie la oyó... o todos la oyeron y no se atrevieron a contestar. Tal vez, nunca les dijo nada y creyó que sí. No importaba.

Pasó casi media hora descifrándolos, disfrutándolos. Fidel y los pollos viajeros eran testigos entusiastas de la lucha de Crystal Frog Girl, una corpulenta morena, forrada en cuero verde, que asaltaba un peligroso laboratorio acuático del siglo XXIII de la vieja Dubái. Con su sensualidad batracia, combatía a una legión de científicos

corruptos hasta que, con un lengüetazo letal, le cercenaba al único canoso la carne dentro de los calzoncillos. Los secuaces del doctor resbalaban entre charcos de sangre radioactiva tratando de rescatar la media libra de hombría cercenada de su jefe, que los eludía rebotando hasta el techo. Cada vez que Crystal Frog Girl vencía a un villano, levantaba sus manos de rana y croaba victoriosa: «Spay the Evil». Entonces, su musculoso pecho de cristal se abría para que su corazón negro se llenara de luz y mariposas.

Con un gesto apenas perceptible de su boca, Amelia dejó entrever su desprecio hacia el éxito de sus películas y continuó caminando. Como ejecutiva de Hollywood, había creado Swamp, un imperio que empezó como una modesta casa productora de películas de acción, cómicas e hiperviolentas de bajo presupuesto. Con los años, la empresa se convirtió en una prolífica marca global de todo tipo de productos de consumo que celebraban su visión de un submundo futurista, feminista y justiciero. Las superheroínas de sus películas de gore-cómic-acción se inspiraban en criaturas selváticas, algunas desagradables y otras improbablemente heroicas: Santa Zarigüeya, Cucaracha Slut, Abuela Babilla, Ajolota Galáctica, Lady Armadilla, Mona Aulladora, Paca Dorada... y muchas más. Eran las mismas criaturas con las que alguna vez había compartido una celda de tierra en la selva: compañeras de desdicha y de juegos, a las que aprendió a querer y devorar.

Notó confundida que estaba congelada en la parte posterior del avión, en el área *coach* a la que nunca había pertenecido. Debía regresar a su par de asientos 1A y 1B de *first class* y pedir un trago. Dio media vuelta como una modelo odiosa y desfiló imponente hacia el otro lado de la cabina. Buscaría entre los pasajeros al menos uno que hiciera contacto visual con ella y lo caricaturizaría en su mente para combatir la abulia. Ignoró los martillazos fuertes en el pecho que le sacaban el aire de los pulmones y le avivaban los calambres entre las piernas.

Fantaseaba con escenarios que culminaran con ella siendo lanzada al vacío a través de la puerta de emergencia. Deseaba patear como un ninja el carrito de la azafata, una rubia corpulenta con cuerpo de tamal y dientes manchados, que ya había superado la fecha de expiración de la sensualidad. Amelia intuyó que la gringa contaba las semanas restantes para su jubilación mientras servía jugos baratos y café aguado y soñaba con rociarles veneno de ratas.

Luego, fantaseó con descargarle un balde de hielo a la muchacha con las nalgas descomunales. Cuando invadió la ventanilla 1F con su carterota, sus tetotas, y sus caderotas, pidió agua sin hielo con vocecita de Hello Kitty diciendo «*like*» con el peor acento en inglés unas tres veces. «*Laits*». Estaba impregnada en el aroma de un perfume dulzón de vainilla que no reconocía. Andaba emparejada con un viejito al que no cesaba de sobar y atender con una ternura falsa.

Era heroico imaginar a la sensual Hello Kitty sonriendo arrodillada con su cinturita entre los tristes muslos de crepé de su compañero para agradecerle su nuevo Rolex Daytona. Era el mismo caballero con pelos en las orejas que amablemente le había ofrecido a Amelia su cobija cuando la había visto temblando apenas abordó al avión, llamándola «niña bonita». Aborrecía a los típicos equilibrados: a las masas de humanos alegres y convencionales que nunca había conocido el miedo y carecían de una biografía interesante.

La golpeaba una bola metálica en el pecho. Quería algo, pero no sabía qué. Estaba vacía, llena de ansiedad. No deseaba regresar a Villarreal, pero el mejor amor que había experimentado en su medio siglo de vida la obligaba a hacerlo. Quería llorar por todo lo que pasó y, también, por lo que no pasó. Lentamente, se le escaparon ríos de lágrimas que rodaron por la punta de su nariz, convirtiéndose en rudas alfaguaras.

Se desplomó en su nido desordenado, cubierto de cobijas, en la silla 1A. Puso sus miserias en la 1B gracias a que había comprado

dos tiquetes, el segundo para su asistente, quien no había sido invitada. Había querido asegurarse, al menos, dos espacios. En la 1C la esperaba un calvo plácido, en saco y corbata.

El avión se sacudió cuando le dio la espalda al vecino. Él la observaba preocupado, con la decencia de los corazones caballerosos. Era un bloque de pan tajado blanco, sin sal, normal, básico, una oda al aburrimiento ocupando espacio y produciendo CO_2 a su lado. Él le había informado con una sonrisita que se llamaba Mike o Bob o Ed, un nombre de esos. Ella le ofreció su mejor silencio para que no se atreviera a hablarle durante el viaje.

No era necesario. Aunque resultara adictivo contemplar a Amelia, especialmente cuando lloraba de una manera bonita, solo con los ojos, su energía siempre levantaba una muralla imaginaria de púas que dejaba claro que era absurdo intentar conectarse con ella.

La humillaba viajar junto a Mike o Bob o Ed en primera clase para lidiar con todo lo indigno que dejó, pero más ridículo habría sido llegar en su *jet* privado a Villarreal, alertar a sus enemigos del pasado y arriesgarse a que algo trágico le volviera a pasar.

La había asaltado la ansiedad de las seis de la tarde, aunque eran las nueve de la mañana en ese rincón del mundo. Después de tirar al suelo una *pashmina* negra, una bolsa de maquillaje estampada con la cara de Darth Vader, un frasco de Ritalina, una cajita de Chiclets Adams, un mini Vicks Vaporub, la primera edición de *La casa de los espíritus*, de Isabel Allende, y otra de *Tu momento estelar*, de Luz María Doria, por fin encontró en su cartera la bolsita de *ziplock* con diez caramelos de marihuana. Escogió uno de los que no dan hambre excesiva. Peló el papelito azul con los dientes y mordió un tercio. Luego, otro. Cuando volvía a organizar la cartera, despertó su iPhone en el fondo. La pantalla resquebrajada se iluminó mostrando el mensaje de WhatsApp que puso su mundo patas arriba.

—Ame, vuelve. Estoy en el hospital esperándote. Te tengo que contar un secreto antes de que sea demasiado tarde.

6

Se acurrucaban con sus demonios en las noches,
pero eran felices porque despertaban juntos.

Lady Armadilla

AMELIA TENÍA SEIS AÑOS. Iba cantando por el parque *Salió la A* y aplastaba el pasto con sus botas de hule naranja. De pronto, recibió en la frente el impacto de un globo relleno de agua helada que la paralizó. Estílita, su niñera, mal fingiendo enojo, regañó a cuatro pequeños salvajes que se reían montados en un árbol de guayacán. Los despeinaban las brisas y las alegrías de la infancia.

Todos vivían en un reparto de casas llamado Patio Bonito. Era un privilegio pertenecer al Patio, porque era el barrio donde había más árboles frondosos y guardaespaldas intimidantes. Se habían conocido esa tarde de 1973, sin una sola nube en el cielo y halos perfectos delineando las montañas que rodean el valle del Tabaré, cuya acústica multiplicaba los sonidos de la naturaleza en el verano. No había sapos, pero sí gusanos y hormigas comiendo hojas, y grillos cabezones restregándose las patas en un concierto al que Amelia le costaría años acostumbrarse.

El globo le marcó con un círculo el centro de la frente y la empapó de las orejas hasta las medias rodilleras. Estílita le secó la trenza, le cambió el overol de *jean* por otro floreado y la sacó casi que arrastrada.

—Ame, corre al árbol, trépate como puedas y háblales.

Amelia respiró valiente, cruzó la calle y se montó como una serpiente de gelatina entre las ramas más bajitas del árbol. Tan bajitas que, si estiraba las piernas, podía pisar el pasto.

Les dijo que se llamaba Amelia Galofre, pero que los flojos le decían Ame, que era nueva en el barrio y que extrañaba su casa en las Islas de Indias y que no tenía hermanos ni hermanas y que su papá había sido llamado por Dios para ocupar un puesto importante en el cielo porque el mundo estaba jodido y alguien lo tenía que componer y que Dios lo escogió a él por inteligente y por bueno y por médico y que por eso un ángel lo mató de leucemia, que es cáncer de la sangre, y que ella ya no lloraba tanto y que estaba brava con su mamá por mudarla y que su mamá se había devuelto a Villarreal porque era de ahí y que buscaba un esposo nuevo y que ojalá con dinero y que se lo dijo a una amiga y que ella rezaba para que nunca consiguiera un novio y que algún día ella y su nana Esti se escaparían a caminar sin chanclas y sin brasier en Playa Larga, que era donde quedaba su casa, y que ahí los grillos eran mudos gracias a Dios y que ahí ella sí tenía amigos.

Los niños la miraban encantados. Mari, la más pequeña, levantó la mano, derechita y paciente, como una alumna respetuosa en el kínder.

—Nosotros podemos ser tus amigos.

Fijó en ella sus ojos de Bambi. Empezó a pelar un chicle de canela abrazando una rama para mantener el equilibrio.

—La mamá de Nanda también está en el cielo, pero sin trabajo. Me llamo María Belén. ¿Quieres un chicle?

Y, sin esperar respuesta, se lo empujó a Amelia en la boca con sus deditos sucios.

Nanda, la otra niña, miró a Amelia y abrió la boca meciéndose hacia a Mari.

—¿Son Big Red? Yo también quiero uno.

Era tan blanca que ni la mugre lo podía disimular.

—Me llamo Ana Fernanda, pero me dicen Nanda. ¿Sabes qué quiere decir *Butt hole?*

—Claro: el hueco de la nalga —respondió Amelia ablandando el chicle—. Hice el kínder en un colegio donde aprendíamos inglés. Y también vulgaridades. Y a colorear. A recortar. A pegar. A contar. Las figuras. Los números. Las letras. Los colores. Los animalitos. Las frutas. Lo mismo que Plaza Sésamo. Pero sin Enrique. Y sin Beto. Solo con *teachers*. Y había tableros. Y un jardincito. Con bancas. Y gallinas, que eran pollitos. Solamente. Porque el cerdito se nos murió. Se llamaba Wilbur.

Hablaba como una ametralladora afónica, soltando cada palabra sin respirar, y a veces escupía como un géiser. Gesticulaba con una mano, la otra aferrada al tronco, y se quedaba sin aire y tenía que enfocar la mirada hacia el cielo azulísimo para agarrar impulso y seguir.

—Después de las vacaciones, empiezo en el Colegio Americano.

Por fin se calló.

—Yo también voy a ese colegio.

Nanda sonrió mostrándole ocho dientes de metal.

—¿Por qué tienes los dientes tan elegantes? —dijo Amelia, fascinada.

Tato, el único limpio del grupo, peinado hacia un lado como un senador y con los *shorts* combinados con una camiseta amarilla de Súper Ratón, se espantó una mariquita de la nariz.

—Yo también voy a ese colegio, y me gano muchas estrellas doradas. A Nanda una vaca le tumbó los dientes por jalarle la cola, y le pusieron esos de mentiras mientras le salen los de gente grande. Yo soy Fabio, pero me dicen Tato, y te doy permiso de montarte en nuestro árbol y de ser nuestra amiga, pero solamente si no le arrancas las flores.

Nanda sacudió una rama.

—Tenemos que votar si queremos o no a Amelia en nuestro grupo.

Seguía sonriendo entre sus pecas que se confundían con el barro.

—Y yo di-go… N… ¡*Yes*! Me gusta que hablas mucho y como un robot especial.

Mari, abrazada a su rama, aplaudió y se le mecieron las colas, haciéndole cosquillitas en las orejas.

—Yo también quiero que seas nuestra amiga. Falta que Román diga que sí.

Un miniprototipo de superhéroe se meció desde las alturas y, con la agilidad de un coatí, aterrizó en la rama de Amelia. Se paró junto a ella, con curiosidad. Le salía de la boca el palito de una colombina de limón. Olía a perrito perfumado. Estaba sin camisa, retostado por el Sol, con el cabello color mantequilla cortado como un fraile y la boca manchada de verde. Amelia lo examinaba sin pestañear. Él le acarició los ojos negros, analizándola con los suyos hundidos azulito chillón, y las hormiguitas se detuvieron a prestar atención, tal vez percibiendo que ambos ya compartían una historia que aún no empezaba.

—*Ok*.

Descubrieron que todos tenían seis años. Al bajar del guayacán, floreció la amistad que marcaría la etapa más feliz de sus vidas en una tierra de maldiciones.

Patio Bonito fue testigo de los logros y lágrimas de cada uno, y de cómo pusieron a sus padres en un segundo plano para apoyarse y amarse unos a otros. Eran los únicos niños del vecindario. Los demás eran mucho mayores, y ya estudiaban bachillerato.

Los cinco crecieron catalogando los tipos de besos, viendo madurar a las niñas de la Familia Ingalls, raspándose las rodillas en patines, jugando fútbol, cantando *No te vayas, mamá* y llorando por Marco, obsesionados con Heidi y su abuelo, bailando los temas de Enrique y Ana, admirando las trenzas de Pinina, siguiendo las aventuras del Capitán Centella, tostando salchichas en fogatas improvisadas, leyendo historietas de *Condorito*, *Kalimán* y *Periquita*, encargando revistas brasileñas para seguir el romance de Xuxa y Pelé,

coleccionando *El libro gordo de Petete*, consultando la enciclopedia *El mundo de los niños*, montando parodias de Queen y Pimpinela, analizando la nariz perfecta de Lucerito y admirando los músculos de Lou Ferrigno.

Todas las tardes, las niñas regresaban del colegio, tiraban sus cuadernos y los tenis embarrados a la entrada de la casa de Nanda para comer patacones con mortadela y hacer las tareas. Tato y Román las visitaban en bicicleta y juntos aprendieron a eructar el abecedario tomando sodas de naranja, a disfrutar de todo tipo de música en inglés y español y a no sentirse culpables de no querer a sus familiares. Sabían que un buen amigo vale más que mil parientes y, unidos como si fueran hermanos, construyeron una vida de cuento rosa en una isla de terror y tragedia.

Cuando ya estaban más grandes, se reunían los fines de semana a jugar botellón debajo del guayacán y hacían cosas prohibidas, como fumar cigarrillos, fingir emborracharse con licores que sacaban de sus casas y burlarse de los vecinos. Identificaban qué mamás se revolcaban con los choferes y a qué papás se les derramaba el helado viendo bailar a Boy George.

Juntos aprendieron a disparar caucheras y *bb guns* apuntándole a botellitas de gaseosas en la cancha de fútbol del Patio. Una Semana Santa que compartieron en la finca de Nanda, Alfonso, exmilitar y guardaespaldas de la familia Recker, les enseñó a disparar pistolas y rifles de verdad-verdad.

Recordar juntos esas tonterías de la infancia, treinta y cinco años después en el nuevo chat de WhatsApp, resultó ser una terapia que todos necesitaban. Con solo un par de chistes y alusiones a sus travesuras de niños, lograron sentirse como familia a pesar de los años transcurridos. Había un romance inescapable en esa unión de almas amigas, separadas por el tiempo y ahora reconectadas por la tecnología y una nueva tragedia.

7

Aunque Dios siempre brilla iluminada,
agradece cuando le prendes una velita.

Santa Zarigüeya

María Belén Gómez escondía solo un secreto: no era perfecta. Todas las mañanas arrancaba dos o tres páginas de la Biblia, completitas. Las leía a prisa y, sin rezar, abría la boca y las deshacía a punta de café con leche y babas. Inmediatamente, sentía la palabra de Dios recorriéndole las venas y calmándole la angustia de tener a una madre llorona. También se comía los apuntes de sus cuadernos con fórmulas matemáticas, mapas, capitales y la tabla periódica. Sus parceros lo sabían y la aceptaban como era: una bienaventurada con un cerebro tan elevado como su corazón de ángel.

Era la única niña en Villarreal orgullosa de educarse en un colegio de monjas en una época donde ser antirreligioso y burlarse de lo sagrado era el camino obligado a la popularidad, algo que jamás le interesó... pero que siempre la persiguió. No le daba vergüenza dar gracias a Dios antes de cada sancocho o perro caliente que se comía. Consideraba «teta» una mala palabra. Sin embargo, no juzgaba, estaba abierta al mundo y aprendía de todo tipo de experiencias, aunque no participara en ellas.

Nació con el don de ser genuina, una cualidad que le permitía sentirse cómoda en cualquier situación. Los curas de la parroquia de La Vega y las monjas de su colegio tenían un folio secreto con las contribuciones de Mari a causas sociales. Anotaban ahí sus historias de evangelización a las almas extraviadas de Villarreal, porque planeaban proclamarla santa algún día y querían estar preparados.

Uno de sus milagros ocurrió en el bar del Club Internacional, donde un intimidante grupo de universitarios góticos celebraba el mordisco decapitador que el cantante Ozzy Osbourne propinó a un murciélago en un concierto de Black Sabbath. Mari se atrevió a interrumpirlos.

—Sí, eso de arrancarle la cabeza y escupir sangre fue épico, como lo del papa Juan Pablo II. ¿Qué tal el viejito? Sobrevivió a cuatro balazos de una nueve milímetros y ahora está de gira por el mundo y hasta baila *rock*, imitando a Ozzy. Tan lindo... y dicen que será superhéroe en un cómic de Marvel. En la iglesia estamos rifando un Simca para recaudar fondos y construir una escuelita en su nombre. ¿Cuántas boletas quieren? Valen menos que una cerveza.

Le compraron todas.

Siempre fue la más asediada de las tres amigas, y aunque era bajita, la perseguían los *scouts* de modelos y expertos en reinados. Mari no se atrevía a ponerse tangas para broncearse en la finca de Nanda; mucho menos desfilaría en bikini para ser coronada Señorita Villarreal, como le había propuesto el alcalde. Su mayor encanto era que no consideraba su belleza relevante; tal vez, el poder que ejercía con su físico era lo único que no entendía del mundo.

Tenía los ojos grandísimos, como un *anime*, y de color miel con chispitas mostaza, y las pestañas gruesas, largas, enredadas arriba y abajo. Todos se prendaban de su piel pareja, de sus pómulos salientes balanceados en una quijada cuadrada. En el centro de su cara pasaba desapercibida su nariz chiquita y respingada, porque debajo brillaba el espectáculo que era su boca: más carnosa que cualquier chorizo.

Mari era la experta en todo lo que consideraron importante a partir de los diez años: yoyo, cubo Rubik, monopolio, *stop*, yares, peregrina, trabalenguas, trenzas europeas y juegos de manos con aplausos y cantos complicados.

Era la única persona a quien los peones de la finca de Nanda invitaban a marcar ganado a las cinco de la mañana. Le servían café

negro con panela en un tazón cuando la luz rojo tomate del Sol se asomaba en el horizonte. Todos le daban siempre su lugar, con respeto, porque se lo merecía.

Era la niña más capacitada para resolver cualquier problema. Un día, cuando iba al centro de la ciudad para sacar el pasaporte con su hermana y su mamá, un drogadicto las amenazó con un cuchillo, acorralándolas a las tres y exigiéndoles que le entregaran sus joyas. Doña Martha empezó a temblar y a suplicar mientras se quitaba el reloj, y La Retrasada, como le decían a su hermana mayor, porque según Nanda había llegado tarde a la distribución de nalgas, al no tener joyas, le entregó su bolso de lona y sus tenis Reebok.

Mari le dijo al atracador que lo único valioso que tenía era una medallita de la Virgen que pertenecía a su bisabuela... y que la defendería con su vida. Luego, lo humilló durante unos minutos, resaltando la vergüenza que sus antepasados debían de sentir al ver las barbaridades que hacía para sobrevivir siendo tan joven y buenmozo. Le sugirió que se fuera a confesar y buscara un trabajo más digno, como mimo, hare krishna o vendedor de mangos con sal. Después, le ofreció un buñuelo, pero el joven, abochornado, dio la espalda y se alejó con los tenis de La Retrasada dentro de su mochila.

Mari tenía en ese entonces diez años y doña Martha la agarró a pellizcos por su atrevimiento. Un loco con sífilis le había escupido la cara a una señora en esa misma esquina la semana anterior y la pobre había perdido el ojo por la infección; además, lo de la medallita de la bisabuela era puro cuento. Mari sabía que, gracias a su relación con Jesús, jamás tendría sífilis, ni quedaría tuerta o tendría que darle a un hombre nada que ella no quisiera darle.

8

Los niños que cantan y bailan a solas son felices;
los demás necesitan terapia.

Delfina Rosa

Se encendieron las luces del avión. Amelia descubrió que tenía el cuello mojado en lágrimas. En su cabeza retumbó la voz de Mari con un susurro suplicante, esta vez más urgente.

—Ame, regresa hoy mismo, por favor. Estamos en el hospital esperándote.

Mari se había rehusado a que los médicos le extrajeran un tumor cerebral sin antes verla. Necesitaba compartir con ella un secreto que la atormentaba, pero el terror de volver a Villarreal era tan intenso que Amelia temía no poder cumplir su promesa.

Recordó las pestañas de Mari enredadas en lágrimas al contarles, a los siete años, que su padre se había ido con la hija del chofer. En ese momento, no sospechaba que su mamá quedaría en la bancarrota, llorando y rezando para siempre.

Mari era un piojo hermoso mientras explicaba a sus amigas cómo iba a refugiarse en Jesús, en los estudios y en el arte para salir adelante. Desde entonces, bailaba tres veces a la semana en la academia de la rusa Agnesa Pikieris. Las presentaciones anuales en el Teatro Gabriel Nicholls siempre cerraban con un número clásico navideño. Mari, danzando un solo con su tutú, hacía llorar de la emoción a todos, en especial al padre de Nanda, el señor Alfred Recker, quien en secreto le pagaba la escuela y mantenía a doña Martha y La Retrasada. Nanda le hacía desde la platea imitaciones de la Chilindrina y ademanes sexuales para que perdiera la concentración y riera. Nunca lo logró.

La música era un escape sagrado en la vida de todos. Nanda, obligada por su papá, tomaba clases de merengue y salsa, pero la traicionaba el *rigor mortis* que corría por sus venas alemanas. Su descoordinación causaba risa en las fiestas, algo que, lejos de acomplejarla, le fascinaba y celebraba exagerando su torpeza. Tato hacía el *moonwalk* más patético de la historia, pero para darle gusto a Amelia bailaba con ella las coreografías de *Grease* como todo un profesional.

A Román solo se le vio bailar una noche de su vida. Fue en el cumpleaños quince de Mari. Cuando empezó una tanda de canciones de Air Supply, él le extendió la mano zurda a Amelia para llevarla al rincón más oscuro del balcón del Club Internacional. Frente a todos, la abrazó por la cintura, como un gigante de arequipe.

Las luces lila y perla de la miniteca titilaban entre el humo artificial que olía a algodón de azúcar. La sombra de Amelia, temblando ligeramente con los ojos cerrados, y la sonrisa de Román camuflándole un beso entre la melena, inspiraron al *DJ* a poner *Every Woman in the World* dos veces seguidas. Uniéndose a la mirada de Mari, los demás invitados los dejaron solos en la pista.

Amelia tenía destellitos de luceros en los ojos. Mari dio gracias a Dios, deslumbrada por el estado de gracia y plenitud de su amiga que aún no entendía qué le estaba pasando.

Todos crecieron ignorando las noticias de muertos, los estruendos de bombas y las narraciones de secuestros, fusionando la afición por la cultura pop mundial con el sabor latino de su isla. Nanda creció enamorada de Miguel Bosé, Jon Bonjovi, Tarantini, Menudo y los Hombres G. Román fantaseaba con acostarse al mismo tiempo con Farrah Fawcett, Daniela Romo y Jane Fonda. Mari vivía obsesionada con las voces de Andy Gibb, Ricardo Montaner y Whitney Houston, y soñaba con conocer a Tattoo, el enanito de *La Isla de la Fantasía*. Tato coleccionaba afiches de The Cure, George Michael, Blondie y Tina Turner y admiraba encantado la sonrisa, cabello, cuerpo y todo

lo que tuviera que ver con Paloma San Basilio, Isabel la Pandora y Brooke Shields.

Amelia había pasado por mil etapas en las que se acariciaba debajo de los calzones imaginando una amplia gama de galanes. La lista incluía al indio de Village People, Han Solo, Zico, John Lennon, Alan Alda, Anthony el novio de Candy Candy, John McEnroe, Prince, Rod Stewart, Gustavo Cerati, y, en una noche lluviosa, los cuatro integrantes de ABBA.

Mari sabía que Amelia viviría feliz inmersa en la magia del baile, en el mundo del entretenimiento y de la tecnología. Le decía que su sueño era convertir los cuentos que escribía en películas que ella misma filmaría con cámaras especiales. Y, aunque a Mari todo eso poco le interesaba, fomentaba sus pasiones como una mamá alcahueta. Crecieron pegadas a la televisión, aprendiéndose las canciones de los comerciales y desbaratando y armando radios, cámaras fotográficas, tocadiscos y todo tipo de aparatos.

La primera vez que Amelia vio imágenes a color en un televisor, que fue durante la Copa Mundial de Fútbol de 1978, lloró como si hubiera presenciado un milagro. Cuando el papá de Nanda les regaló un *walkman* a los quince años, Amelia se obsesionó con la tecnología al punto de que, décadas después, sería una de las primeras en descubrir el iPod e invertir su herencia en todo lo que tuviera manzanas.

9

Al león que más ruge
lo calla la oveja más blanca.

Lady Armadilla

En esa época del auge de los walkmans, Mari se ofreció como voluntaria en una teletón televisada en vivo que se realizó en Villarreal para recaudar fondos y construirles un hospital a niños discapacitados. Millones de isleños seguían la emisión frente a sus televisores, celebrando la rapidez con la que aumentaban las donaciones y destacando la generosidad de la comunidad.

Mari notó que los organizadores estaban sumando mal el dinero y se lo hizo saber al señor gritón que estaba encargado del programa.

—Usted se puede meter en un gran lío. Los presentadores están anunciando que ya se han recaudado treinta mil dólares, pero van solo quince mil. A las señoras de esa mesa usted les ha dicho que deben sumar el dinero recogido y a nosotras que debemos recontarlo, pero los señores que le dan a usted las cifras añaden ambas sumas en el total.

Tenía razón.

El regañón resultó ser el señor Guillermo *Memo* Vásquez, un temperamental empresario que producía programas de variedades, comerciales de bebidas colas y telenovelas eternas, donde siempre había villanas bien maquilladas, heroínas inválidas que caminaban por milagro y empleadas domésticas que guardaban secretos.

Después de soltar una retahíla de gritos mezclados con insultos, Vásquez ordenó a la niña de quince años que supervisara las cifras de la parranda de «malpa-hijueputa-ineptos» que se iban a *recagar* el maldito teletón. Mari aceptó ayudarlo bajo una única condición:

que dejara que su mejor amiga bailara en el número de música que cerraría la transmisión.

El señor Vázquez ladró sudoroso, entre una camiseta pingüino de rayas a punto de reventar.

—*Ok*, que baile, pero en un rincón de la tarima, donde nadie la vea. Que se ponga *jeans* oscuros y una camiseta negra, como los demás bailarines.

Amelia llegó al estudio vestida tal y como Mari le había pedido, con pantalones botatubo verde limón, una blusa ancha fucsia que le dejaba un hombro al descubierto, Converses blancos y sus pendientes favoritos: unos relámpagos plateados de AC/DC. Mari le cedió su gorra blanca de voluntaria marcada con el logotipo «Teletón Villarreal ’82» y maternalmente le escondió la melena chocolate dentro. Luego, la escoltó a un lado del escenario durante el último corte de comerciales.

Veinte bailarines que formaban parte de una escenografía urbana permanecían congelados sobre chatarra, latones de basura y paredes con grafitis que daban el *feeling* de un callejón del bajo mundo en Nueva York.

Amelia, confundida, pero obediente a las recomendaciones de Mari, se apoyó contra una columna de ladrillos falsos en una esquina del escenario, dándole la espalda a las cámaras.

Los *beats* electrónicos de *Jump* de las Pointer Sisters pusieron en movimiento a los jóvenes, quienes se acomodaron en cuatro filas ordenadas y empezaron a saltar perfectamente coordinados. Era una coreografía en la que meneaban los brazos como idiotas felices, todos con la cara contraída como si estuvieran luchando por expulsar gases con cada movimiento.

Amelia permaneció inmóvil los primeros segundos, como una muñeca de trapo mal parada, hasta que sintió cómo la música mordía cada articulación de su cuerpo. Corrientazos intermitentes hacían ondear cada uno de sus músculos. Empezó a caminar con

lentitud, como C-3PO, el robot gay de *Star Wars*, solo que con sabor caribeño. Se iba aceitando deliciosamente con cada *beat*. Parecía avanzar sobre una pista de mantequilla. Cuando Vásquez la descubrió con el rabillo del ojo, ordenó que las "puti-cámaras" se centraran en ella. Mari, con un mohín de su boca carnosa, le señaló a su amiga que hiciera lo suyo en el centro del escenario.

Amelia se contrajo y explotó frente a todos en un *breakdance* inconcebible. Desafiando las leyes de la física, fue apoderándose de la pista, tomándosela solo para ella. Los veinte bailarines se fueron desvaneciendo uno a uno hasta desaparecer. Se detuvo por un instante y, por primera vez, sonrió. Se quitó la gorra y la lanzó hacia la cámara principal. El androide se transformó en una diosa de canela que agitaba sus caderas de batidora mientras ondeaba su cabellera.

Al sonar el coro de *Jump*, voló como un delfín y aterrizó de cabeza. Abrió los brazos y se aceleraron sus céfalo-revoluciones, atrayendo a los bailarines. Todos se unieron a su alrededor, aplaudiendo encantados, transformados en fanáticos histéricos. Se paró de un salto justo cuando acabó la transmisión y sonó el último *beat* de *Jump*.

El señor Vásquez se encaramó a la tarima como un buldócer. Estaba sonriendo por primera vez en diez horas.

—Niña, te quiero contratar para salir en un comercial de Pepsi. Solo tienes que bailar nuestro *jingle* en esta misma escenografía y con una gorra del producto.

—Señor Vásquez, Amelia no baila gratis.

Mari tenía la voz más ronca y lenta en su rol de mánager.

—¿Por cuánto es el contrato?

—Estaría dispuesto a pagarle lo mismo que le estoy ofreciendo a cada uno de mis bailarines: diez dólares.

—Entonces, Amelia aparecerá sin los veinte bailarines y usted le pagará 210 dólares solo a ella. Esta oferta especial expira en cinco

minutos, que empiezan a contar ya.

Mari lucía más linda que nunca cuando negociaba.

El comercial ganó tantos premios nacionales e internacionales que el señor Vásquez le envió a Amelia una tarjeta navideña con cien dólares extra. Decía:

> AMALIA: NUNCA DEJES DE BAILAR.
> TU AMIGO, MEMO.

10

Somos nubecitas a punto de reventar
sobre bosques de alfileres.

Mona Aulladora

EL AVIÓN SE ESTREMECIÓ y Amelia abrió la ventanilla, dejando entrar la luz blanca del mediodía. Ojalá no hubiera querido tanto a Mari. Ojalá pudiera olvidar que había sido más que su hermana. Ojalá Mari no hubiera sido su ángel y ahora, que corría el riesgo de reclamar sus alas, no le hubiera rogado que viajara después de tantos años para confesarle sus penas.

Una sensación de vergüenza la invadió al contemplar la mujer en la que se había convertido. Empezó a sollozar a todo pulmón. Era una mujer madura sin familia que había abandonado a sus amigos durante décadas y, aunque ellos la amaban, no estaba segura de desear verlos. Se odiaba por haber envenenado al mundo amparándose en sus muletas de víctima para explotar su historia de violencia y enriquecerse con sus películas, ignorando la parte de su vida donde recibió tanto amor del bueno.

Se había convertido en una solterona amargada, borracha, con el ego hinchado por ser la creadora de Swamp. Era una caricatura nacida de sus pesadillas, una oportunista que había perdido su esencia y que pagaba un karma existiendo sola y derrotada. Sus amigos del Patio, todos, habían tenido infancias y adolescencias tristes, pero no habían arruinado su esencia ni su buen corazón. No era digna de que la siguieran amando. Mari y Nanda, más que sus amigas, fueron sus salvadoras y siempre habían sido auténticas; ella era una farsa.

Recordó, admirando las nubes, el día que le mataron las ganas de bailar. Justo cuando planeaba no despertar jamás, Estílita, su nana adorada, entró al baño y la arrulló entre sus brazos de chocolate. La olió entre el rugir de las turbinas, como si estuviera allí con su uniforme blanco almidonado, resaltando esa piel negra de uva suave que tanto amaba.

Pasó horas rogándole que compartiera con ella su dolor, pero Amelia le respondió llorando y meciéndose en silencio, tal y como lloraba y se mecía ahora entre decenas de extraños en ese avión helado.

El *jet* se volvió a sacudir y Amelia cerró la ventana. Sintió una punzada en el antebrazo, muy profunda, y gimió con alivio.

11

Toda hembra recuerda el día
que le agarró miedo a la mirada de un varón.

Rosa Delfina

ERAN LAS DIEZ DE LA MAÑANA DE UN SÁBADO FRESCO en la esquina más congestionada de Villarreal. Un semáforo torcido cambió a verde y tuvo lugar el incidente criminal número nueve del día: un intento de secuestro, violación y asesinato que nunca fue reportado.

Un motociclista se ofendió porque Amelia lo había mirado con desprecio cuando él, tan galante, le proyectaba la lengua vibrando como una iguana entre el palillo de dientes. Luego, le tiró un besito, se relamió los labios y le dijo mil vulgaridades románticas.

Amelia, hastiada, le mostró el dedo corazón y, en el instante en que la luz cambió de rojo a verde, fingió una arcada de vómito y arrancó burlona, haciendo chillar las llantas a toda velocidad.

En cuestión de segundos, fue interceptada por la moto del hombre.

Ella había bautizado su nueva *station wagon*, un Renault 12 verde oliva, como El Cocodrilo, que ahora lloraba inmóvil en la calle, atravesado entre dos carriles.

En un silencio perfecto, el hombre más imperfecto del mundo se bajó de la moto y empezó a caminar hacia el carro, como un payaso invitando a la función de un circo. Tenía un mechón blanco en el copete negro, casi en el medio, que lo hacía lucir como un mapache incompleto. De las orejas hacia adelante, sus rizos eran cortos y esponjosos, como los de una baronesa elegante; de las orejas hacia atrás, le caían cascadas largas de churruscos tiesos, como los de una gitana parrandera. Llevaba puestos unos lentes de espejo con gruesos marcos forrados en cuero rojo, que se extendían hasta

taparle los lados de la sien, como los de las mulas. Caminaba seguro de sí mismo, con el pantalón enterrado entre las nalgas.

Amelia, con la urgencia de un cachorro asustado, gateó de espaldas hacia el asiento del copiloto. Sintió cómo la cruz de perlas colgada en su cuello se aferró nerviosa a su corazón.

El hombre metió la mano por la rendija de la ventana principal. Abrió la puerta y, cual mago pueblerino, sacó una pistola como si fuera un clavel. Se espantaron dos nubes que protegían al Sol: sus rayos se reflejaron nerviosos en el arma, iluminando esa esquina de Villarreal más que ninguna otra en la ciudad.

Por el único carril que quedaba libre, pasaban caravanas de curiosos a la velocidad de la atracción *It's a Small World* de los parques de Disney World en Orlando. Observaban por turnos el espectáculo: el melenudo en chaqueta y pantalones de cuero blancos resoplaba metido de cabeza, como un toro, por la puerta verde de la conductora del vehículo.

Se habían conocido hacía un minuto y él ya tenía el poder que solo otorga una Colt 45 larga de tercera generación.

Amelia, incrustada en la silla del copiloto, lo pateaba como una potra, con su falda ancha de cuadritos mandarina enredada entre las piernas. Se revolcaba perdida en su melena de sirena como si estuviera poseída, luchaba aferrada al borde de la ventanilla medio abierta a sus espaldas para impedir que la arrastrara fuera del auto. Soltó un brazo para darle un manotazo y el arma rozó el volumen de la radio: empezaba la vieja canción de Dyango *La culpa fue del primer beso*. Los dos la reconocieron y él la miró de una manera especial.

—Tranquila, muñeca brava. Esa es nuestra canción.

Tenía voz de niño bueno, lo que lo hacía más aterrador. Le lamió los labios, encajándole el revólver casi con ternura en el mentón.

Amelia sintió que un polvo agrio le invadía la garganta:

—¡Suélteme, gordo asqueroso!

Podía ver su cara en los lentes de sol del mapache.

—¡Perra oligarca, a mí me respetas!

El animal chillaba y se le agitaba más blanco el mechón entre el copete. Tenía el diente de adelante partido, con el filo idéntico al mapa de Suramérica. Sus gafas de espejo le escondían los ojos de roedor salvaje, pero en su reflejo magnificaban la mirada de ella cada vez más desafiante.

—¡Cuidado cómo me mira! ¡Bájese o le meto un tiro en esa chucha de Barbie!

Tenía la boca ancha y reseca, adornada con una pelusa mantecosa.

—Si es tan macho, ¡dispare ya! —le contestó Amelia, apretando los ojos de pestañas eternas.

La aturdió un segundo de silencio sobrenatural. Un zarpazo de pantera la jaló por la cintura. Sufrió el peso del asco sobre su pecho y la presión de la palanca de cambios en la base del cuello. Olía a grasa y hacía calor.

Un frío pesado la congeló entre las piernas. La presión punzante de un dolor desgarrador se paralizó en una eternidad. Dejó de apretar los párpados y abrió los ojos. Quiso castigarlo con su mirada desafiante, humillarlo hasta el último segundo, regalarle la reminiscencia de su repugnancia.

El puñal de hielo se retorció una y otra vez en lo más profundo. Fueron segundos interminables donde ninguno de los dos respiró, ni bajó la mirada. Apretó el gatillo. Clic. Silencio absoluto. Poderoso. La virgencita de plata que colgaba del espejo retrovisor se meció mirándolo a los ojos.

12

Ningún dolor se sufre en vano.
Lo que te duele te acerca a la verdad.

Mariposa Monarca

—*Miss Galofre, are you ok? Your arm is bleeding! How can I assist you?*

—Necesito un *whisky*. Doble. No, triple.

Amelia lo dijo evadiendo el contacto visual con la aeromoza, observando la ventanilla cerrada. Tenía la mirada apagada y un agujerito en el brazo, como si se hubiera inyectado palabras tristes con la punta de su bolígrafo Montblanc.

Mike, o Bob, o Ed, la observaba desconcertado y Hello Kitty, su vecina de vuelo, arrodillada a sus pies, le limpiaba la fuente de sangre con una servilleta.

—*Chi is okeis. Blod estoped nau* —dijo a la azafata, pero mirando a Amelia. Su voz era tan tranquilizadora que Amelia sintió una ira humillante.

—Seguro son nervios. Tranquila, muñeca.

Mike, o Bob, o Ed imploró con voz de Topo Gigio:

—*I want a whisky too.*

Hello Kitty regresó a su asiento mirando a Amelia con tanta bondad que la hizo sentir aún más abatida. No podía parar de llorar, oír que la llamaban Miss Galofre le daba una paliza a su corazón. Nunca había sido la esposa de nadie. Su vida no había resultado para nada como la había soñado. Su nombre, Amelia Galofre, o AmGal, tan respetado en el mundo de Hollywood, avergonzaba su espíritu.

Lloraba porque en Villarreal había sido simplemente «Ame» y sus sueños de ser una mamá feliz y bailar por siempre junto a sus

amigos del Patio nunca se cumplieron. Merecía una biografía corta, algo lindo, como mamá y esposa, con trazos de la felicidad básica. Nada más. No quería ser una millonaria solitaria, ni la madre de las cintas de gore-cómic-acción más violentas y taquilleras.

Le dolía aceptar cómo satirizar sus vivencias de horror la había hecho tan exitosa en el mundo entero. Con cada estreno de sus películas, legiones de mamás veganas, especialistas en jugos verdes y con hijos rechonchos, se unían en las salas de cine a adolescentes vagos, mal afeitados, con el cabello grasiento, todos adictos a cafés exóticos con leches rebuscadas. La anticipación a esos setenta minutos de acción los divorciaba de sus teléfonos celulares y los unía en una falsa confraternidad en la que, por primera vez en meses, compartirían cara a cara con extraños a quienes llamaban amigos.

El furor del mundo violento creado por Swamp había marcado de por vida a millones de fanáticos. Muchas niñas estaban tatuadas con un impacto de bala al centro de la frente o con el tajo sangrante de una cuchillada en el cuello. Legiones de fans se tomaban selfis sacando la lengua y blanqueando los ojos frente a los afiches sanguinarios en las marquesinas.

La azafata le trajo el *whisky* y se lo tomó de un trago.

—*Bring one more*.

La azafata vaciló. Amelia la miró desafiante.

—Triple. *Please*.

Y, para imitar la ternura de Estílita y la buena onda de Nanda, sonrió amablemente.

13

Bajo tanta presión, creció fuerte y bella
hasta convertirse en diamante.

Paca Dorada

Cuando tenía ocho meses, la mamá de Nanda se tiró del *penthouse* más lujoso de Villarreal. La mujer cayó como una cometa blanca en la noche, apagándose sobre una cama de cayenas que la enredaron compasivas hasta que un paletero la encontró al amanecer. En esa época, poco se sabía de la depresión postparto, y su esposo alemán, el señor Recker, vivió desde entonces con el remordimiento de no haberle buscado ayuda psiquiátrica a la única mujer que había amado.

Contra todos los pronósticos, su única hija, Ana Fernanda, una bebé que llevaba clonada la cara de su madre, se convirtió en la niña más divertida y alegre, como si supiera que la felicidad ya la llevaba adentro y no dependiera de lo que aconteciera en el mundo. Creció alimentándose de una abundancia de amor propio y regalado, que le permitió volar siempre optimista, sin caer como hizo su madre, una vez las desgracias la azotaron.

Nanda selló su pacto con la felicidad cuando corrió con los brazos alzados antes de gatear o caminar, balanceándose sobre el riel donde había perdido a su mamá un mes atrás. Cantaba sin prestar atención a los gritos de una decena de trabajadores, ni a la angustia de su padre, ni tampoco a las plegarias del cura que oficiaba una misa en honor a su madre. La luz de sus ojos verdes honró esa tarde su determinación de que la única manera de ser dueña de su destino era ignorar lo que pensaran o esperaran de ella los demás, para así disfrutar cada momento. En una ciudad victimizada por las

ansiosas incertidumbres del futuro, Nanda era la dueña del presente gozoso.

Desde que el señor Recker se mudó a Patio Bonito, decidido a criar a su hija en un ambiente donde pudiera compartir con más niños, Nanda se convirtió en la dueña del reparto. Era el terror del barrio, la niña a quien ninguna mamá quería cerca de sus hijos y por la que más oraban. Nanda siempre sonreía y, si planeaba romper reglas, lo hacía mirando un poco hacia arriba y le centelleaban los ojos. Sus flequillos negros imperfectamente cortados contrastaban con su cara blanca y pecas claras, como si hubiera estornudado frente a una taza de chocoleche aguado.

Nació con una alegría indomable y se crio de la misma manera. Creció como una salvaje, rodeada de lujos, de ropa fina, de perros inmensos y del cariño de jardineros, guardaespaldas y de las novias jóvenes de su papá, que la mimaban como si fuera una princesa. Cuando cumplió diez años, su padre decidió casarse con Gloria, la recepcionista más paciente de la oficina, para que le sirviera de madre. Fue una transacción comercial tácita en la que se acordó que Gloria jamás tendría hijos con él ni con nadie y Nanda sería el centro de su vida.

A los doce años, Nanda se maquillaba como Madonna, usaba botas con tacones, carteras de marca y le robaba el Mercedes Benz a su papá para llevarlos a todos a comer perros calientes en el centro comercial las Torres. No tenía filtros, el calibre de sus chistes hacía sonrojar incluso a los barrenderos del Patio.

—Suso, ¿se sabe el cuento de la monjita más feliz, la que andaba en una bicicleta sin silleta?

Masticaba chicles de canela, se ponía pantalones apretados y caminaba brincando como una gallinita contenta loma abajo, dejando una niebla del perfume Obsession que la perseguía a todas partes. Tenía todo largo y delgado, como una Barbie alemana, solo que más tetona y encorvada, y con una cara de mil muecas. Era

malcriada, expresiva e iba siempre acompañada por dos guardaespaldas, Alfonso y John Jairo, quienes le rogaban que no jugara con sus revólveres ni usara sus radioteléfonos para cantar rancheras.

Nadie recordaba lo que decía Nanda, ni cómo hablaba o qué pensaba, porque en su esencia solo necesitaba existir. Bastaba con verla disfrutar cada trozo de vida para entender que personificaba la alegría despreocupada que merece el mundo.

En el club, las cocineras y meseros la querían por su sencillez y loco humor; en los restaurantes de Villarreal, sabían que comía papitas fritas con mayonesa y le preparaban postres especiales bañados en Nutella. Le reservaban en la piscina del club toallas que nadie más podía usar y no necesitaba hacer cita en los salones de belleza porque, una vez que entraba con Amelia y Mari, la recibían como si fuera la dueña.

Disfrutaba más que cualquier invitado en las primeras comuniones y fiestas de los hijos de los peones de sus fincas, y les pedía ropa prestada cuando se embarraba agarrando los caramelos de la piñata o haciendo lucha libre con ellos.

Cuando celebró la fiesta de su primera comunión, había más de ochenta niños de todos los colores, que acabaron en ropa interior en la piscina, después de que ella, con su vestido blanco traído de Madrid, se tirase del trampolín mostrando sus calzones de la Mujer Maravilla.

No tenía iniciativa para sacar buenas notas en el colegio, solo para hacer maldades. En el Patio, sus travesuras de vándala contra los vecinos pone-quejas eran legendarias. Les desinflaba las llantas de los autos, metía mangueras a todo chorro por sus ventanas, pegaba chicles en sus timbres y se escondía a disfrutar entre carcajadas. Como castigo, su madrastra la ponía a escribir cien veces: «Soy una niña decente, no una facinerosa». Pero Nanda le pagaba a Teresa, su empleada boqueta, para que le hiciera las planas.

A los doce años, ya había ideado la fórmula para ser millonaria como su papá: manejaba un próspero almacén de chucherías desde el garaje de su casa. Hacía entregas a domicilio en una Monareta naranja, una joya de bicicleta con una canasta que llenaba de chucherías. Nanda descubrió que los discos de los Bee Gees y Poison que traía de sus vacaciones en Miami los podía vender cinco veces más caros en Villareal. Al igual que los chocolates Milky Way que las monjas le compraban menudeados en la misa de los domingos. Pero su producto estrella eran las «pastillitas de la concentración», como llamaba a la Ritalina que el doctor le recetaba para calmar su hiperactividad y que nunca se tomó.

Teresa, la empleada doméstica que no solo le hacía las planas, sino también las tareas de religión y mecanografía, fue su socia y mano derecha en el boyante negocio. Era imposible ignorar la bemba roja de Teresa y sus ojos chorreados de rímel negro al cobrar en nombre de Nanda y mostrar su libretita arrugada.

—*Ñosh yebe eshto, miye y pague lla*.

A los diecisiete años, Nanda ya había perdido la virginidad y se había besado con todos los muchachos lindos del vecindario y del reparto Piedra Verde, les había partido el corazón sin ganar fama de zorra. Mari le daba sermones sobre la importancia de llegar virgen al matrimonio, pero Nanda le repetía que esa regla no se aplicaba a ella, pues no planeaba casarse jamás. Tampoco quería tener hijos: prefería ser la tía más divertida y alcahueta de la historia.

Su idea de la felicidad en la adultez era simple: despertarse todos los días en una finca con muchos perros y, de vez en cuando, invitar amantes nocturnos que no pretendieran desayunar con ella en las mañanas. No tuvo hijos y sí muchos perros y amantes. Creció y vivió como quiso... a diferencia de Amelia.

14

Tu vida no es tuya, si te importa
lo que piensan de ti los demás.

Crystal Frog Girl

NANDA CUMPLIÓ QUINCE AÑOS en medio de la fiebre de la *menuditis*. Le pidió boletas a su papá para ir con los parceros a disfrutar del fenómeno musical del momento: el grupo Menudo. Iniciaban la gira de su nuevo disco *Por Amor* y cantarían sus canciones favoritas de siempre. Estaba resuelta a montarse en el escenario y besar en la boca a alguno del grupo, idealmente en este orden: Ricky, Xavier, Miguel, Charlie y Johnny. Román inventó una disculpa en el último momento para quedarse en casa y disfrutar en paz de *Raíces*, junto a una empleada doméstica que estaba enamorando.

El señor Recker los sorprendió con tiquetes en la primera fila y Nanda se vistió con unos pescadores blancos Gloria Vanderbilt, una camiseta marinera y los tacones rojos favoritos de su madrastra.

El concierto al aire libre se animó cuando Ricky Meléndez, vestido con botas negras de gamuza al estilo de Peter Pan, empezó a sudar un conjunto de pantalones y camisa en tono salmón, con retazos geométricos rosa y verde. El chico centró su atención en Nanda, mientras interpretaba provocativamente *Y yo no bailo*. Ella se mordió el labio, admirando la esponjosa melena afro iluminada por la luz, los dientes con frenos que la provocaban y el sensual movimiento de caderas que deseaba abrazar. Inspirada, se deshizo de los tacones.

Justo cuando se empezaba a montar en la tarima para robarle un beso a Ricky, sintió un calorcito entre las piernas y se descubrió una mancha café en forma de diamante. Mari le informó en medio del alboroto de que, por detrás, además tenía el mapa colorado de la

Unión Soviética muy bien marcado y que ni se le ocurriera subir al escenario.

Tato le tuvo que prestar su chaqueta nueva de Members Only para que se la amarrara en la cintura y camuflara su nuevo estado de señorita.

Cuando salieron aturdidos del concierto, Nanda le mostró las manchas a su chofer y guardaespaldas como si fueran un trofeo.

—Alfonso, tranquilo, no hubo bala ni cuchillo. Guarde el arma y mire sereno: esto es solo menstruación. Me vino la regla, la colorá, la mariamandinga, la vampirela, la chapulina, la endiablada o como le digan en su pueblo. Necesito que nos lleve ya mismo al supermercado a comprar toallitas sanitarias.

Alfonso le abrió la puerta de la Range Rover blindada y con la otra mano se rascó la calva.

—¿Cuento con la niña María Belén para que me ayude? Yo no sé mucho de esas cosas.

Mari asintió desde el asiento de atrás.

—Por supuesto, don Alfonso. Hay que comprarle Kotex, Midoles y una bolsita para que guarde todo en la mochila del colegio, y otra para que usted le tenga en la camioneta. Ah, y pantis grandes, porque los Kotex con esas tangas que Nanda suele usar no se sostienen.

—No, gracias. Yo no voy a usar matapasiones de abuela como los de Teresa. Mejor, me compran tampones, por favor.

Nanda hablaba a toda velocidad.

—Qué buen concierto, casisito le doy un besito a Ricky. ¡Pero me habría gustado más que mi primera menstruación le hubiera tocado a Alaska y Dinarama! ¡O a Vicente Fernández!

Nanda miraba a Ame con un amor maternal que contrastaba con su espíritu de cabra loca.

—A ver, entonces, ¿cómo le calmamos la menstrua-envidia a la futura mejor mamá del planeta?

Tato apretó aún más fuertemente a Amelia.

—Yo creo que con musiquita disco. Suficiente Menudo por hoy; ponle el casete de Donna Summer y que suene a todo volumen *Hot Stuff*.

15

Un sueño no es una alucinación, ni un deseo inocente.
Es el motor de una vida.

Abuela Babilla

AMELIA REZABA DESDE QUE TENÍA NUEVE AÑOS para que le viniera la regla, porque temía que no le iba a llegar nunca y que sería infértil. Quería tener, al menos, tres niñas antes de los treinta, con un esposo alto y perfumado que bailara igual o mejor que John Travolta y Johnny Ventura. Se lo pidió a Dios con todas sus fuerzas en tercero de primaria, después de su primera confesión.

Las visiones que Amelia soñaba solían volverse realidad. Sus amigos ya estaban familiarizados con esos momentos en los que ella se quedaba paralizada en medio de una frase, mirando al vacío. Lo describía como un *big bang* de imágenes y sentimientos, de donde extraía lecciones importantes. Luego, compartía situaciones aparentemente sin sentido que, sorprendentemente, se materializaban, así como ideas mágicas que incluían ángeles, extraterrestres, dioses con muchos brazos, números flotantes y un revuelto de invenciones futuristas que los dejaban reflexionando durante semanas.

Vivió uno de esos episodios el día de su primera comunión, en el momento en que le tomaban una foto con su vestido blanco y el cirio encendido frente al altar. Se quedó suspendida, mirando a la nada, catatónica por un minuto, con la misma expresión de sobresalto de un ciervo a punto de ser atropellado en la noche.

—Era un consultorio médico gringo. La doctora me dijo en inglés que no podía tener bebés. Yo caminaba triste hacia una sala blanca. Todos los muebles eran blancos. No había flores. Ni colores en las

alfombras. Tampoco en las cortinas. Pero en las paredes sí. Había fotos de bebés disfrazadas de girasoles. Y de abejitas. La más linda era una vestida de mariposita azul. Había muchas mujeres embarazadas. Algunas con tatuajes grandes. Otras con pestañas de muñeca. Algunas con pelos y uñas de colores. Y los papás también. Había señoras viejas y flacas con barrigas. Muy cachetonas. Con frentes tirantes y la boca floreada, como la de Mari. Mamás de todas las edades. Todas sentadas esperando. Y no se miraban. No hablaban, ni se saludaban entre ellas. Pinchaban unas pantallitas. Eran televisores pequeños, aplastados. Los sobaban con los dedos. Una cargaba a su bebé con el busto afuera. No lo miraba, porque estaba hablando por su televisioncita en la oreja. Como si fuera un teléfono. El bebé estaba vestido de negro y usaba tenis Adidas iguales a los nuestros. Era un mundo bien extraño. Nadie notaba lo triste que yo estaba, solo el bebé. Él no tomaba leche, porque me sonreía. Y yo miraba a la foto de la bebé mariposita aguantando las ganas de llorar.

La imagen de su trance viviendo el futuro quedó plasmada para siempre sobre la mesa de noche de Estílita, en la única foto que le tomaron a Amelia dentro de la iglesia el día de su primera comunión. En las demás, salió hinchada de llorar y con la boca arrugada. Esa premonición que compartió con Estílita y sus amigos los llevó a todos a rezar para que sí pudiera tener bebés, cuando fuera grande.

Por eso, cuando se produjo el milagro y a días de cumplir los diecisiete años tuvo su primera menstruación, celebraron aliviados con un fiestón. Bailaron y cantaron sus canciones favoritas de ABBA debajo del guayacán, que adornaron con serpentinas de papel y globos de colores.

Nanda, forrada como una momia en toallas sanitarias, le dedicó el tema *Momia Mía*. Tato y Mari improvisaron una coreografía de *Dancing Queen*, y su mamá y Estílita le cantaron *Chiquitita* en inglés. Román pagó una fortuna y consiguió la lonchera de plástico roja de

Star Wars que Amelia había soñado de niña, y se limitó a admirar su cara de sorpresa cuando abrió el regalo y descubrió a Darth Vader, C-3PO y R2-D2 junto a una nota que decía: «Ellos guardarán tus secretos».

Amelia lo miró con los ojos encharcados, pero Román no sintió en ella ni un asomo de alegría. Y es que Amelia ya no quería crecer y madurar. Desde pequeña había intuido que jamás se casaría, como Verónica Castro en *Los ricos también lloran*, ni tampoco tendría una familia numerosa como los Waltons. Últimamente, sus miedos eran más desgarradores que los sueños de niña que temía no cumplir.

Abrazada a la cintura de Román y aferrándose a su lonchera, vio a sus amigos y a las flores del guayacán con una nueva perspectiva: no, no quería convertirse en adulta. Su felicidad era tan abrumadora que quería detener el tiempo. Temía perder pronto todo lo que hoy la hacía tan feliz. Por eso, juró en ese instante que, hasta que la vida se lo permitiera, bailaría, amaría y viviría intensamente, resguardada en la magia de la niñez. Se sumergiría en la alegría infantil y sin preocupaciones que estaba experimentando ese domingo junto a todos.

16

Nada más sabroso que un macho que ignora
lo sabroso que es.

Cucaracha Slut

Ser comparado con Román Khan era perder. Tenía algo en cada gesto y no gesto que lo hacía superior. No era el más extrovertido ni el más atlético, guapo o estudioso, pero irradiaba una masculinidad que despojaba a todos de cualquier oportunidad de sobresalir. Todos dejaban de existir al acercarse a él. Los muchachos sabían que con solo una mirada les podía robar el afecto de sus profesoras, el cariño de sus nanas y la pasión de sus novias. Por eso no tenía amigos, solo a Tato y a su perro Lóndero, una mezcla de oso *grizzly* con hiena gigante, una criatura mitológica aterradora que le regaló su abuelo libanés y que lo seguía a todas partes.

Román fue el producto de un pecado de amor «solo con la puntica» de un par de vecinitos irresponsables de dieciséis años: Rosemary, una pelirroja irlandesa, ricachona e hija única, y Riad, un libanés moreno sobreprotegido y millonario que tenía nueve hermanas mayores y un papá viudo que lucía como si tuviera cien años.

El abuelo paterno lo cargó fríamente la noche que nació. Examinó su piel, casi tan tostada como la suya, ignoró sus cejas color mantequilla y aceptó entre lágrimas que Rosemary no era un *puta-sharmuta*, como decía. Obligó a su hijo a casarse con ella, le dio el apellido Khan al nieto que llevaría su nombre… y le regaló un cachorrito. Cuando murió, un mes después, el bebé heredó una fortuna de 10 millones de dólares.

Los jóvenes padres vivían como *roommates* en la casa de los papás de Rosemary, una pareja de diplomáticos con fama de *swingers* que celebraron su aniversario número veinte bailando desnudos junto a la piscina de su mansión. Las meseras en botas y tangas negras de charol se pavoneaban ofreciendo a los invitados copas de champaña y rayitas de perico. No tenían disposición para la paciencia y responsabilidad de criar niños, preferían la aventura de los viajes y la liberación sexual de los setenta. Román creció al cuidado de un ejército de nanas que no lograban conectarse con él.

Los primeros meses, Rosemary y Riad se encariñaron con su hijo como si fuera una mascota divertida, pero perdieron el interés cuando empezó a crecer; convivían con él como si fueran sus hermanos mayores. Cuando se mudaron a estudiar finanzas en los Estados Unidos, Román quedó prácticamente solo en la vida. Tenía 8 años.

El niño de mirada agua perturbadora no cumplía ni maduraba como los demás, cada año le sumaban dos o tres. A los doce años, él era el amo y señor de la casa y sus padres se sentían incómodos en su presencia, al igual que los abuelos. Con el tiempo, se mudó al caserón de huéspedes lejos de las fiestas y la vida de los adultos donde su presencia estorbaba.

Román empezó a conocer a las mujeres a los catorce años, gracias a las revistas *Playboy* alemanas que tomaba prestadas del clóset del padre de Nanda, a quien amaba como si fuera suyo. Más que mirar las fotos, trataba de leer los artículos de cabo a rabo, socorrido por un diccionario alemán/español que había tomado de la biblioteca del colegio antes de que lo echaran por peleonero. Las publicaciones se las devolvía intactas a su dueño, quien sonreía cuando aparecían de repente.

A los quince años, ya midiendo dos metros y con los pelos de la barba abrazándole la quijada de tanque de guerra, se convirtió en el símbolo sexual de las cocineras, niñeras, planchadoras y señoras

respetables de El Patio. Hallaban irresistibles sus aires de macho, fama que empezaba a cultivar agarrándose a puños con muchachos mayores y robándoles los calzones usados a las empleadas domésticas más lindas... y a las que no lo eran tanto. Se los devolvía días después, mirándolas fijamente a los ojos sin decir palabra. Y a todas se les recalentaban los que tenían puestos.

Siempre fue famoso por el olorcito a colonia Halston, que anunciaba su llegada junto al rugido de su Honda CB 110 roja. Era obsesivo con la higiene. Se bañaba tres veces al día: por la mañana, cuando llegaba del colegio y antes de acostarse. Bebía con mesura, jamás probó droga alguna. Solo era adicto al talco para pies Mexana. Cuando se quitaba los tenis para entrar a la casa de Tato, un rito obligatorio en la mansión del nieto de un presidente, dejaba un camino de huellas blancas que a Simina, la empleada de cincuenta años, le encantaba limpiar al ritmo de los temas de Sabú y Raphael.

El día de su Primera Comunión salió retratado y serio en el periódico local con una Lacoste clara que le apretaba los músculos de los brazos, Levi's kakis, botas Florsheim nuevas y un cirio encendido que se reflejaba en sus ojos color agua. El padre Carlos Riveros lo tuvo que bendecir en una ceremonia privada, porque se negó a vestir como los demás niños, con un suéter cuello de tortuga blanco, los pantalones grises de paño y los zapatos negros tipo abuelo. No fue un acto de rebeldía, sino de libertad, de dignidad por su derecho a no sudar con las bolas apretadas e incómodo para recibir a Cristo.

Desde su nacimiento, idolatró a los superhéroes, las armas, las historias de guerra y todo lo relacionado con motores. Su aspiración siempre fue convertirse en soldado y forjar una carrera activa en el ámbito militar. Fantaseaba con llegar a ser un piloto del Ejército Nacional.

Sin embargo, a los trece años, Tato le destruyó los sueños de un batazo. En un improvisado partido de béisbol, trató de darle a la pelota y, en su intento de *swing*, soltó el pesado bate de metal. Este salió disparado como un proyectil y golpeó a Román en la cabeza, destrozándole la frente y fracturándole la órbita izquierda del ojo.

Román no se quejó; al contrario, consoló a su amigo, quien lloraba sintiéndose culpable con la misma intensidad con la que él sangraba, jurándole que no le dolía la cabeza y que todo estaría bien. A pesar de someterse a un par de operaciones en el Bascom Palmer de Miami, Román perdió parte de la visión en su ojo izquierdo y, de paso, toda posibilidad de cumplir su sueño de convertirse en piloto del Ejército, algo que le afectó más de lo que cualquiera pudiera haber imaginado. Sin embargo, ganó una cicatriz en forma de «k», en alusión a su apellido, en el lado izquierdo de la frente, y un adorable estrabismo en el ojo, que lo hizo aún más atractivo.

Su ojo perezoso añadía un toque de desinterés magnético a su figura. Cuando la mitad de su mirada azul se perdía entre sus pestañas negras y luego se enfocaba, regalando el cien por ciento de su atención, se convertía en un halago, en un instante de conexión que hacía sonrojar a las mujeres. Pero, cuando apartaba la mirada, ellas sentían que ya no valían nada.

Se había endurecido desde que Amelia lo conoció encaramado en un árbol a los seis años. Antes de entrar a la primaria, se había librado del corte de cabello tipo hongo que tanto le encantaba a su abuela. Le especificó al barbero del club que quería tener pelo de astronauta, como el de Lee Majors, héroe de la serie *El hombre nuclear*.

Siempre fue conservador. No le gustaban los colores vivos, ni las camisetas de rayas de colores que Lacoste puso de moda. Lo hacían sentir como uno de los personajes de *Plaza Sésamo*. Su ropa respetaba la gama de los colores militares. Jamás usó joyas, todos

sus zapatos tenían cordones, nunca siguió las modas de pañoletas en la cabeza ni la de diamantes en las orejas.

Sonreía poco, hablaba con moderación, estudiaba lo justo. Era indiferente a los deportes; solo le gustaba correr, leer y escapar del mundo social. No trataba de impresionar, ni de agradar, y su desdén por lo que el resto de la humanidad valoraba lo hacía parecer más valioso y deseado. Era simplemente un macho alfa que desprendía una esencia masculina, una potente dosis de testosterona con voz ronca y mirada penetrante. Solo quería y respetaba a Amelia, Tato, Mari y a Nanda, a los animales del barrio y a los héroes de guerra de las películas y de la vida real.

17

No hay palabras más letales
que las de un «te quiero» nunca dicho.

Mariposa Monarca

AUNQUE CRECIÓ EN UN HOGAR DONDE SOBRABA, Román nunca se sintió solo. Consideraba que la vida le había puesto a Tato como el hermano ideal, a Mari como la hermanita perfecta y a Nanda como el dolor de cabeza más divertido.

Amelia, sin embargo, era lo que más quería en el mundo: la necesitaba más que a nadie o nada en la vida. Desde que se le acercó a los seis años, se convirtió en la única criatura de quien necesitó validación. Siempre estaba interesado en lo que ella soñaba, opinaba y le afectaba. Al ir creciendo, Amelia era la única que entendía su confusa inteligencia y el conservatismo maduro que le daba aires de alma vieja, aunque los demás solo celebraran la osadía de sus aventuras sexuales y su fama de macho. Desde niño, la había amado tanto que no encontraba las palabras para admirarla. Su olor a brisa fresca le robaba la tranquilidad al verla llegar en triciclo, luego en bicicleta y, más tarde, en El Cocodrilo.

De niño, sentía una borrasca en el corazón cuando Amelia le sonreía, analizándolo como una brujita curiosa. Con el pasar de los años, se ruborizaba cuando ella lo saludaba con un abrazo y un beso, retándolo coqueta, como miran las mujeres seguras a los hombres bellos que hablan poco. La tibia tormenta en su pecho fue creciendo hasta convertirse en un ciclón que le revolcaba el cuerpo y el alma. Por eso, la evadía y solo le contestaba con monosílabos, pero, aun así, ella desnudaba sus verdaderos estados de ánimo y le daba siempre lo que necesitaba para romper sus silencios. Lo

interrogaba sobre sus pasiones y, como un hada aburrida pero feliz, lo escuchaba y aprendía de motocicletas, de generales y de sus aventuras con Lóndero.

Román creció adorándola en secreto, ofreciéndole atención a la tierna curva de su cuello largo, a sus uñas carcomidas y a su expresión concentrada al firmar las tareas con esa «A» redonda y gigantesca. Esperaba su mueca de niña cuando exprimía limones sobre las empanadas y buscaba ese lunar solitario que lo saludaba desde su antebrazo cuando se recogía el cabello para contarle sus sueños, aunque él fingiera desinterés. Notaba los golpes de su corazón alcanzando los de ella para latir unidos cada vez que se empinaba como una bailarina para oler su colonia.

Se embebía adivinando qué veían sus ojos cuando los cerraba para bailar como una palmera y refrescar con cada meneo el sofoco de su existencia. Román existía para descifrar el contenido de sus largos silencios, de lo que les susurraba a las plantas, de la libertad de sus pies descalzos embarrados, de sus juegos con las flores que jamás arrancaba, de sus conversaciones con las hormigas y lombrices que invitaba a caminar sobre sus dedos, de los abrazos que les daba a los troncos de los árboles que saludaba. Quería formar parte de todo y verla feliz por siempre.

18

Cada ser libra una batalla interna aterradora
y secreta, imposible de envidiar.

Paca Dorada

El avión roncaba junto a los pasajeros. Lo único despierto era la mirada que Hello Kitty le regaló cariñosa al caminar por el pasillo. Amelia escuchaba el rugido de las turbinas como si estuviera bajo el agua y cerró los ojos.

Repasó en su mente, por primera vez en treinta y cinco años, lo que pasó después de que el Mapache de la Moto le desenterró el arma. Llegó a su casa ocho horas más tarde y, antes de bajarse de El Cocodrilo, admiró en el retrovisor su sonrisa perfecta, sin frenillos, y el labio que se mordió después del tiro al aire. La cita de dos horas con el ortodoncista y las otras que condujo por Villarreal tomando aguardiente a pico de botella jamás se registraron en su memoria.

Entró fingiendo que era un sábado cualquiera y tiró todo en el rincón de siempre. La casa olía a Cresopinol de limón. Se quitó los tenis y fue a la cocina deslizando sus medias blancas con una bolita rosada de lana encima del talón.

—¡Ya llegué! Y, ta, ta, *tán...* ¡Me quitaron los frenillos!

Carmenza, su madre, casi la ignoró cuando se cruzaron.

—Estás castigada por lo de anoche. Tu graciecita de bailar con un negro arruinó la boda de los Lemaitre, así que cumplirás los dieciocho encerrada.

Su mamá era la infiel fotocopia de Amelia, una opulencia de curvas y colorete con flequillos rubios que desapareció echando humo. Su nana Estílita la recibió con la sonrisa fácil de siempre. Secaba dos ollas que olían a cebolla, ajo y limón: a hogar. Dos tarros de

margarina, rebosantes de mote de ñame y queso, estaban siendo refrescados por un abanico de piso Sanyo que se meneaba de lado a lado diciendo «no».

—Ame, esta vez se te fue la mano. Menos mal solo fueron tiros al aire y ningún muerto. Oye, ¿y qué te pasó en el labiecito? Lo tienes partido, como reventado.

—Seguro que el dentista me lo lastimó cuando me quitó los frenos.

—Pero, uy, te dejó la sonrisa mejor que la Fozets y que la otras ángeles.

—Esti, me siento mal, creo que me vino la regla.

Amelia subió las escaleras como de costumbre, saltándolas de dos en dos, para pretender que nada había cambiado. Se desplomó en el baño y se arrodilló a escupir la angustia. Gateó a la ducha y se restregó hasta que le ardieron las uñas que siempre tenía carcomidas por la ansiedad. Debajo del chorro humeante, se empezó a mecer hasta que el agua corrió helada y afuera, en la noche, cantaron los coquíes.

19

Ella era todo lo que uno quiere proteger
en un mundo enfermo.

Santa Zarigüeya

AMELIA NO DESPERTÓ A LA MAÑANA SIGUIENTE, porque no había dormido ni un segundo. Se levantó con los ojos humedecidos, aún más negros. Fue el dolor entre sus piernas lo que delicadamente le informó de que no estaba muerta. Agarró dos aspirinas y se las tomó con agua del lavamanos. Le latía el labio mordido, ya doblemente hinchado, pero solo se enfocó en celebrar frente al espejo sus dientes parejitos y blancos. Como le había enseñado Estílita, debía empezar sus días positiva y agradecida.

Era domingo, no había colegio, ya no le dolía tanto, no estaba sola en su desgracia, porque Mari y Nanda ya sabían de su tragedia... y ellas tenían un plan. Pero lo más importante era que no estaba muerta del todo, sino solo en un pedazo del alma. Agarró unas tijeritas de uñas y empezó a cortarse el pelo.

Con cada tijeretazo, lejos de lucir como Juana de Arco, se parecía más a Joan Jett. Decidió seguir cortando hasta que la tijera ya no dio más. Necesitó dos Gillettes para quedar totalmente al rape. Envolvió sus mechones en la falda de cuadritos ensangrentada y camufló con un nudo la mancha. Desde esa mañana, empezó a vestirse de negro.

Cuando Estílita entró con un café con leche y dos buñuelos, la encontró de espaldas frente al espejo, cuchilla en mano, con la mirada perdida.

—Esti, hoy no voy a la iglesia, ni lo haré nunca más. Empiezo a rezar sola. Llévale esto a la Virgen como ofrenda por haberme

salvado.

La niñera también había dormido poco, pues intuía que la pesadumbre de Amelia la noche anterior tenía un origen oscuro que no lograba descifrar. Amelia, con la mirada más penetrante que nunca, le imploró que jugaran a que no había nada que explicar, porque sobraban las preguntas y ya era un nuevo día.

Estílita suspiró abatida, se acercó lentamente, le quitó la cuchilla y, sin musitar palabra, le ofreció sus pechos acolchonados. Se fundieron en un abrazo interminable del que ninguna de las dos se quería desprender. Se mecieron juntas hasta que se enfrió el café, y su olor, más dulce que amargo, les reconfortó el alma.

—Esti, por favor, cuéntale a mi mamá que me afeité la cabeza para pagar un milagro. Va a necesitar un té de manzanilla. O un ron. Y también un bozal.

Ambas sonrieron. Luego, la risa de Estílita le alegró el espíritu.

—Pareces un niñito. La virgencita va a estar feliz con ese pelucón que le voy a llevar al altar.

20

Atrévete. No te mueras
con la música por dentro.

Ajolota Galáctica

El corazón enamorado de Román se desbordó finalmente el día en que un camión atropelló y arrastró por tres cuadras a Lóndero. En el momento que más la necesitaba, Amelia apareció en el caserón de huéspedes de su mansión, porque había sentido que el perro la llamaba. Trajo decenas de *kibbehs*, pitas y las golosinas favoritas de ambos. Cuando Román lamentó que, según el veterinario, Lóndero no amanecería, se arrunchó en la cama junto al animal, que gemía reventado por dentro y raspado por fuera. En silencio, lo mimó y lo limpió. Maternalmente, lo enrolló en su pecho como si fuera un pollito, hasta que se rindieron juntos y cayeron dormidos en la madrugada.

Al verla con la melena teñida en sangre seca, roncando sobre el lomo partido de su fiel amigo, Román Khan lloró como nunca. Las dos noches que Amelia compartió a su lado, susurrando al animal canciones de Mecano, dándole gotas de agua de azúcar y acariciándole el espinazo, bastaron para que Román entendiera lo que es amar sin remedio.

La mañana que descubrió a Amelia jugando con Lóndero, despeinada, descalza, mal cubierta por la camiseta blanca —que sin pedir permiso le había robado—, ya no deseó a ninguna otra mujer. Amelia escuchaba en su *walkman Amor, amor* de Lolita, y la bailaba y cantaba ronqueta, como una ninfa de extremidades sin huesos y rangos de voz eternos. Había abierto los ventanales y con su rostro serio de ojos cerrados y los labios fruncidos como besando algo

invisible, atraía los aires de pinos frescos con elegantes braceos y floreos, espantando el olor a bestia y a sangre encerrada.

Con los giros de sus muñecas y la gracia de sus dedos, se extinguían las preocupaciones y tedios. Los dolores de Lóndero salieron volando por el balcón. Todo olía a lluvia, a brisa y a yerba cuando bailaba así, con esos quiebres de cintura que embellecían aún más el garbo sobrehumano que siempre curaba penas.

Su silueta contra la ventana empezó a existir dentro de los ojos de Lóndero. El animal, al tenerla tan cerca, suspiró aliviado, se levantó sin hacer caso de las vendas en sus patas y empezó a bailar entre sus muslos y caderas. La seguía de cerca, en coreografía, y ella lo acariciaba con emotivas contorsiones de muñecas y brazos.

Román los observaba a lo lejos, tomándose un café y fumándose un Pielroja en el balcón.

De repente, Lóndero corrió fuera de la habitación y Román escuchó una revolución de mordiscos, gritos, gruñidos y jadeos. Cuando se acercó alarmado, encontró al animal devorando la montaña de *kibbehs* y pitas que Amelia estaba dejando caer a su lado. Estaba encaramada sobre el mesón de la cocina, con el refrigerador abierto, muy tranquila bailando y cantando *Amor de hombre*.

Ese momento cerró el trato con su destino: necesitaba merecerla porque no podría vivir sin ella. Ser digno de su amor se convirtió en una obsesión nerviosa, que le clavaba un alfiler de la lengua al paladar impidiendo las palabras fáciles con las que enamoraba a las demás. Por primera vez, experimentó el miedo, descubrió lo que es la ansiedad paralizante ante la posibilidad de no ser correspondido y asumió, como quien se bautiza en una religión, que ya no le interesaba ninguna otra mujer: quería vivir y morir con ella por siempre.

Entregarse a amarla le hizo sentir más hombre y heroico que ningún general de guerra. Vivir para hacerla feliz era su nueva misión sagrada, protegerla era su credo y amarla sería su único

destino, como el hombre en que estaba a punto de convertirse cuando cumpliera dieciocho años.

No regresó a discotecas ni a bares ni a fiestas. Se dedicó a fortalecer los huesos de las patas y la columna de Lóndero, llevándolo en largas caminatas a zonas montañosas para rehabilitarlo. En ese proceso, fue descubriendo maravillas de la naturaleza que algún día querría compartir con Amelia. Los primeros días cargaba al animal en brazos cuando lloraba adolorido; a medida que recobraba fuerzas, avanzaban a buen ritmo hasta alcanzar miradores con vistas espectaculares de picos, bosques y montañas. Ahí se detenían y admiraban las nubes en las montañas azules y grises, mientras compartían agua y añoraban a la mujer que los había salvado.

Al caer de cada tarde, Román ponía el casete de *Te amaré* de Miguel Bosé y lo escuchaba pensando en Amelia junto a Lóndero, quien aullaba enloquecido alguno que otro coro. Tarareaban que la amarían entre la paz de las montañas, con la fuerza de sus años y en secreto, aunque no fuera perfecta y tuviera las manos frías, mil defectos y manías, porque siempre había sido algo importante, y cada día, más que nunca, Amelia lo era

Planeaba con la disciplina de un soldado la mejor estrategia para navegar las excentricidades y la fragilidad de Amelia, con la intención de enamorarla. Ya fuera invitándola al cine, donde no necesitaba hablarle, o regalándole discos y libros de poemas que dejaba cuidadosamente en su puerta. Temía que Tato, Mari y Nanda consideraran que él no era el mejor partido, que no era digno de ella, y por eso mantuvo su amor en secreto.

Nadie supo, ni siquiera Tato, que, al otro día de la fiesta del Pitufo, Román fue a la Joyería Terner, a una cuadra de la avenida Las Santas. Compró un anillo de compromiso con una esmeralda cuadrada, gigantesca. Sabía que a Amelia le aburrían los diamantes, pero finalmente se dejó convencer de no tocar los que brillaban

pequeñitos alrededor de la piedra. Quería intercalarlos con rubíes, zafiros y otros cristales, pero Rosa, la elegante dueña, le explicó que un anillo de compromiso fino no debe parecer la flatulencia de un unicornio después de digerir una caja de Prismacolor. Con la esmeralda y los delicados diamantes alrededor, sería más que suficiente.

Amelia adoraba el verde porque era el color de la naturaleza, de la sanación y de los milagros del arcángel Rafael, quien era médico, como lo sería Tato algún día. Román salió de la joyería con más ganas de vivir y amar que nunca. Tanto, que ignoró el ¡bum! de un balazo al aire, que fue seguido por una explosión de mariposas blancas y el aleteo de unas cotorras verdes y naranjas. Nada podía interrumpir el trance de sus alegrías: el día que Ame cumpliera dieciocho años le iba a proponer matrimonio... y ella lo iba abrazar bailando y cantando un eterno «sí».

21

Una mujer mal reparada vale más
que la que jamás ha sufrido.

Mona Aulladora

EL AVIÓN RONCABA HELADO. A Amelia la cacheteó una peste a comida caliente, que le recordó los guisos de carne y plátano que Nanda devoraba con los peones en la finca, y sintió un puñetazo en el estómago. La aeromoza llevaba un rato dándole a escoger entre una pasta con pollo y un salmón con legumbres. La comida cocinada le causaba náuseas desde que había dejado de ser feliz. Rechazó el menú, irritada, e hizo un nuevo pedido.

—En un vaso me echa hielo y *whisky*. En otro, leche entera. Y tráigame varios tarritos de mermelada. Y cinco sobrecitos de azúcar-azúcar, de la que engorda. Por favor. Porfis, porfis.

Ignoró la cara de confusión de la aeromoza y enfrentó con valentía el fuerte vaho del salmón que había pedido su vecino de vuelo. Mike, o Bob, o Ed era zurdo y su codo se acercaba demasiado a ella, a pesar de estar separados por un asiento. Controló el mal genio mientras abría su mesita.

Cuando la mujer le trajo la bandeja, examinó el vaso de leche y le echó tres porciones de mermelada y tres sobres de azúcar. Metódicamente, lo empezó a revolver con la cuchara. Se tomó el *whisky* de un trago y añadió los hielos sobrantes a la leche. Luego, empezó a batir el menjurje con un tenedor hasta que le salieron a la improvisada malteada burbujas color rosa; con una mueca infantil, levantó el vaso y se lo tomó completo, sin respirar. Sonrió mordiendo los hielos. Se sentía mejor. Solo faltaban dos horas para aterrizar en

Miami. Recordar el pasado, en lugar de abrumarla, aceleraba el transcurso de cada minuto de su encierro.

22

Tarde o temprano, la vida
te convierte en guerrera, ángel o verdugo.

Abuela Babilla

AMELIA NO VOLVIÓ A SALIR DE SU CASA, salvo al colegio. Desapareció de las calles de El Patio. No regresó al club, ni al cine del centro comercial, ni a fiestas y eventos sociales. Se alejó de Román y de Tato. Su mundo se limitó a huir de todo, a desaparecer.

Nanda le inventó a Tato y a Román que el encierro y la apatía de Amelia eran consecuencia del castigo que le había impuesto su mamá por arruinar la boda del Pitufo y Beatricita. Al principio, casi la creyeron. Asumieron que su corte de pelo, vestimentas negras y desinterés general era un acto de rebeldía en contra de doña Carmenza, quien, además, le había prohibido verlos.

Tato trató de hablarle, llamarla y visitarla. Román le tiraba en las noches piedritas a la ventana, pero Amelia nunca salía a saludarlo, aunque él veía, entre las cortinas, su silueta menuda fumando frente al televisor.

En cuestión de días, empezó a borrarse del mundo: dejó de comer y se le desaparecieron las carnes que le adornaban el pecho y tan generosamente las caderas. Caminaba como un fantasma sin cabello, vestida de negro con los ojos más inmensos que nunca. Temblaba ante la idea de que el Mapache de la Moto la reconociera en algún rincón.

Empezaron a marcársele los huesos de la columna y las costillas diminutas por encima de sus camisetas, que lucían cada vez más anchas. Fue entonces cuando Mari y Nanda la empezaron a forzar, entre ruegos, a beber todas las noches un Porfis-Porfis. Era una

bomba atómica de leche entera, con tres cucharadas de mermelada, azúcar y hielo que Mari batía en la licuadora y que Amelia debía devorar sin respirar, entre porras y aplausos infantiles, antes de dormir.

Lograr que Amelia comiera un platillo caliente o saludable resultaba imposible. Y, para su desgracia, el demacrado plan alimenticio la había disparado a crecer por encima del metro ochenta, sobresaliendo como una estatua en una escuela donde casi todas eran bajitas. Su miedo distraído por el hambre le afinó la cara, enmarcando sus pómulos perfectos, haciendo lucir aún más grandes sus ojos de extraterrestre y más carnosa la boca. Irónicamente, su calvario la hizo aún más exótica e imposible de no mirar y admirar cuando desfilaba por la cafetería junto a Nanda con una charola vacía. Varias niñas del Colegio Americano empezaron a vestirse de negro, se raparon la cabeza y se volvieron anoréxicas para imitar su *look*.

Román y Tato, preocupados, convencieron a Nanda para que se reuniera con ellos. Todos los jueves, ella recibía clases de pintura en el Club Internacional, que era la fiel copia del Yatch Club de Mónaco... solo que sin yates ni agua. Acordaron que, una vez terminara su lección a las siete de la noche, cenarían en el bar de la piscina el platillo de moda del momento: una hamburguesa con papas fritas.

Esa noche, justo a las 6:45 p. m., se fue la luz en la ciudad y, por cuestiones de seguridad, cerraron los portones del club. A Román y a Tato les tocó saltar por encima de la paredilla del campo de golf para cumplir la cita con Nanda.

Llegaron empolvados de arena a la terraza junto a la piscina. Estaba oscura por el apagón, que hacía brillar como nunca las estrellas. Nanda los esperaba en la mesita de siempre, iluminada por cuatro velas. Ya le habían traído una botella de aguardiente.

—Bienvenidos a la romántica velada. O, más bien, al entierro: parece un funeral con estas velas.

Se levantó divertida para abrazarlos con sus *jeans* Jordache bien pegados al cuerpo. Tato fue al punto enseguida.

—Ana Fernanda, Román y yo estamos preocupados. Necesitamos saber por qué Amelia no nos habla desde la fiesta del Pitufo. ¿Le pasó algo?

Nanda le soltó la mano. Miró la copa de aguardiente, pero no la tocó.

—Es complicado. Esta ciudad de violentos cagó a Amelia. Es lo único que les puedo decir. Ame no quiere contarle a nadie, menos a ustedes, ni a mi papá. Si se meten, esto puede acabar en tragedia. Es algo delicado, pero lo estamos manejando.

Agarró la cartera y trató de levantarse. Román le apretó con fuerza el brazo.

—De aquí no te mueves hasta que nos digas qué le pasa a Amelia. ¿Está enferma?

Nanda titubeó, se sirvió un aguardiente, lo derramó temblando y estalló. Lloró sin reservas y les contó.

—... Y el tipo le clavó su revólver entre las piernas y, aunque la bala no salió, sí apretó el gatillo y la hirió bien feo allá abajo. La dejó solita ahí metida en el carro, asustada, nadie en esta maldita ciudad la ayudó. Según Ame, el tipo andaba en una moto nuevecita, una Z1000 o algo así. Debe de ser un mafioso.

Román miraba al vacío, tan frío y oscuro como lo que hervía en su corazón. No encontraba palabras en aquel silencio tenso que invadió todo. Tato recostó a Nanda en su pecho.

—Pobre Amelia ¡Maldita ciudad! ¿Cómo vamos a lidiar con ese animal? ¡Algo tenemos que hacer!

—Ame está mal, pero le toca ser fuerte. Va a aguantar escondida unos meses y, apenas nos graduemos, nos vamos a estudiar a los

Estados Unidos. La verdad es que lo que pasó, pasó, y ya no tiene remedio.

Román se paró como un rinoceronte.

—Esto sí tiene remedio. ¡Hay que matar a ese hijueputa!

23

Ir a misa no significa nada.
Los demonios también rezan de rodillas.

Santa Zarigüeya

Román amaneció a las puertas de Moto Marina, la tienda de motocicletas más grande de Villarreal. Ordenó una Z1000 negra modelo 85, pero el muchacho le advirtió de que, con suerte, llegaría el año entrante. Cuando ofreció pagar el doble por una de uso, le informó con tono chismoso que la única que había en la ciudad pertenecía a un tipo raro que vestía de blanco de pies a cabeza y que le había pagado con un costal repleto de dólares. Bastaron una propina y tres cervezas más para que el vendedor le diera algunos datos del hombre.

Con lo que le contaron otros moteros, Román armó el rompecabezas: William Jiménez había llegado en 1978 al refugio para huérfanos del padre Carlos Riveros, ubicado a tres cuadras de la iglesia de la villa. Tenía entonces once años y sus únicas pertenencias eran un casete de boleros y una portada de la revista *Hola* que anunciaba la separación del cantante Julio Iglesias y su esposa Isabel Preysler, a quien le había pintado un corazón en la frente.

Su aparición conmovió a las monjas, especialmente a sor Clotilde, la más estricta. Le fue fácil quererlo gracias a su espíritu parlanchín y servicial. Su mirada de traumas debajo de la melena rizada con un mechón blanco le partió el alma. Le preparaba sopas fortificantes, le leía cuentos, le dominaba la melena con Clearway, le regalaba chocolates importados y hasta lo paseaba en su motocicleta por las lomas de la ciudad.

Para sorpresa de todos, Willy sabía leer casi a la perfección y tenía una excelente memoria no solo para aprenderse las baladas de la época y pasajes de la Biblia, también se sabía las tablas de multiplicar hasta el quince y se le facilitaban las matemáticas. Cuando sacaban cuentas de gastos en la tienda de la sacristía, adivinaba hasta los centavos que sobraban antes que la caja registradora.

—Y sin contar con los dedos —presumía sor Clotilde.

Se pasaba las mañanas estudiando, pero sacaba tiempo para pintar paredes, arreglar las patas chuecas a las mesas, ayudar en la cocina y cambiar los pañales a los más pequeños. En las tardes, ponía la radio en la emisora de boleros y serenateaba con gracia a las monjas. Sor Clotilde lo aplaudía con una sonrisa desconocida para todos en el monasterio.

—*Mijo*, usted es un romántico. Si se casa, escoja una muchacha sencilla para tener una familia. Son las chicas elegantes y simples las que tienen la gracia de Dios.

Willy pensaba en la foto de Isabel Preysler. Conocía el tipo de mujer a la que la monja se refería y soñaba con ellas mientras saboreaba chocolates Milky Way.

Cuando murió el papa Pablo VI, sor Clotilde le explicó los ritos de sucesión de la Iglesia Católica y vieron las transmisiones en vivo por televisión. Al sexto día del funeral, anunció que quería ser papa como Pablo VI, millonario como Julio Iglesias y vestirse de blanco siempre, como ella. Sor Clotilde le dijo que, si se convertía en un hombre de Dios, podría aspirar a cualquier sueño.

William anotaba lo importante en un cuaderno Jean Book: las normas de higiene personal, las tareas diarias, las reglas cívicas de convivencia y las letras de las baladas que más le gustaban. Pero tenía una libreta especial que había titulado *Cómo ser un hombre de Dios*. Esta consistía en una creciente lista de aspectos que deseaba comprender de la Biblia que le había regalado el padre Riveros; por

las noches se dedicaba a estudiarla y subrayarla con diversos colores.

El 26 de agosto de 1978 nombraron nuevo papa a Juan Pablo I y William sintió una inspiración espiritual apremiante de visitar a Jesús. Se atrevió a prender la moto de sor Clotilde y, rumbo a la iglesia, tuvo un accidente que le partió el diente y por poco le cuesta la vida a un policía. En ese instante, su destino cambió.

Fue trasladado a un correccional de menores a dos horas de Villarreal, donde una semana después fue asignado a la sección de niños con necesidades psicológicas especiales. La vergüenza de haber defraudado al padre Riveros y a sor Clotilde le impidieron hablar. Se rehusó a dar su nombre, a contestar dónde había robado la moto y también a comer.

Por más que el padre Riveros y sor Clotilde intentaron sacarlo de ahí, resultó imposible. Finalmente, consiguieron autorización para visitarlo treinta y tres días después, la mañana en la que sorpresivamente murió el nuevo pontífice, algo que consideraron el peor augurio para su futuro.

Cuando Willy entró a la sala de visitas, ni siquiera levantó la mirada. Sor Clotilde le entregó la portada de *Hola* enmarcada y una mochila de Supermán con sus pertenencias.

—Willy, nos has hecho mucha falta. Tú cometiste un error y eso le pasa a cualquiera. Ya les explicamos todo, pero tienes que hablar y demostrar que eres un niño bueno. Saca lo que te trajimos.

Obedeció, incapaz de mirarla a la cara. Se le iluminaron los ojos cuando vio la Biblia, sus casetes de baladas, una bolsa de chocolates, el cuaderno de apuntes y su libreta *Cómo ser un hombre de Dios*. Acarició el título y, por fin, se atrevió a llorar. El padre lo abrazó.

—Todo va a salir bien. Confía en el plan de Dios.

Esa noche, Willy pegó la foto de Julio e Isabel en la pared del camarote de arriba. Era una habitación de ladrillos de cemento que

compartía con dos hermanos: uno regordete, de quince, y otro estilizado, de diecisiete, a quienes no les había dirigido la palabra desde su llegada.

—¿Que tal este güevón pegando una foto de Julio Iglesias? Ahora resulta que el mudo es maricón.

—Yo sí hablo. Me gusta porque enamora a las mujeres más lindas. Y así va a lucir mi esposa.

El más pequeño se trepó a examinarla.

—A la mamita también le gusta su música. Así le decimos a mi abuela, la que nos visita los domingos. ¿Se la podemos mostrar cuando venga?

—Si la mira y no la toca. Me tienen que respetar mis cosas.

—¿Y esos chocolates?

—Son míos, pero si me da la cama de abajo, le regalo dos a usted y uno a su hermano. Y otro a su abuela.

El de diecisiete lo miró admirado.

—Cómo negocia el culicagado.

—Me dicen Willy.

—A nosotros Batman y Robin.

—Vean mi morral. Es de Supermán.

—Uy, Batman, Robin y Supermán. Vamos a ser llavecitas.

—Tampoco lo pueden tocar. Ni lo que traigo dentro, como la Biblia. Soy un hombre de Dios y más inteligente que todos ustedes. Me tienen que respetar. Yo no les tengo miedo.

Ocho años después, William Jiménez se había convertido en el sicario de confianza de un importante mafioso, a quien apodaban El Socio, y en el cabecilla de la red de secuestradores más próspera de Santa Perpetua. Ascendía en los rangos, pero aún vivía en las comunas de Villarreal en una casucha, con dirección 4566, decorada a la entrada con una estatua de san Judas Tadeo.

24

La noche es larga y tiene sus lecciones.
No siempre es tiempo de dormir o soñar.

Rosa Delfina

TATO LE TENÍA MIEDO A TODO, sobre todo a amanecer vivo. De las paredes de su mansión hacia fuera, su vida aparentaba ser un envidiable cuento de hadas, no el ajiaco de traumas que le arrebataba el sueño en las noches. Era el único nieto del fallecido presidente de Santa Perpetua, Pedro Pablo Ponte, el mandatario de las tres pés, una torre canosa con aires de realeza que se erguía entre los dignatarios del continente como un coctel impredecible de inteligencia y mano dura al frente de una tierra violenta.

Gracias a él, la isla fue la envidia de sus vecinos hasta que, en medio de un discurso televisado, lo mató un infarto no fulminante. Millones, incluyendo a Tato a sus cuatro años, lo acompañaron frente a los televisores en sus últimos y eternos minutos de agonía. Sus últimas palabras fueron: «Se jodieron. Villareal es una tierra maldita».

El nieto del presidente creció siempre ansioso, inseguro y obsesionado por el tema de la muerte. Su mayor problema era su mamá, María Victoria Ponte de Mogollón, la mujer más etérea, elegante y deprimida que jamás existió. Era la única hija del presidente e, infortunadamente, no había heredado la fuerza ni el poder de su padre, ni la alegría y espíritu guerrero de su madre, doña Tera.

Tato lactaba mientras su mamá fumaba Virginia Slims mentolados y escuchaba las rancheras de Juan Gabriel para relajarse.

El día que cumplió cinco años, su padre, Juan David Mogollón, no lo felicitó: anunció que se iba de la casa para siempre. Prometió que nunca les faltaría nada y se fue sin siquiera cerrar el portón o darles un beso. María Victoria vio por la ventana cómo su esposo desaparecía de su vida, con sus *shorts* blancos y un maletín gigantesco. Juan David se montó en el asiento de adelante con su chofer y le dio una palmadita en el cuello antes de perderse en la carretera en su Mercedes Benz. Años después, se convertiría en el primer millonario de la *jet set* caribeña en morir de sida.

Tato recibió de su padre la embotelladora de gaseosas y cervezas más grande del Caribe, más fincas de las que podía nombrar y la preocupación de ser el nene mimado de la madre más triste y borrachina de la isla.

María Victoria celebró la partida de su esposo devorando puñados de Valium con tragos de Fanta al clima y tequila. Cuando Tato la fue a ver a su cuarto buscando el calor de su pecho para amamantar, la encontró inconsciente, tendida en la cama. Asustado, le puso la cabeza de lado para que no se ahogara con el vómito, como hizo un médico en la serie *Mash*. Y, al notar que tenía los labios azules, le dio respiración boca a boca, como el doctor Marcus Welby de la televisión, y le salvó la vida. Doña Tera llegó a tiempo para llamar una ambulancia.

Entre tanto drama familiar, Tato decidió ser perfecto: era el niño más obediente, el más educado, el mejor estudiante y el más amoroso. Su estirpe presidencial y millonaria, su mansión inspirada en la Casa Blanca y la fascinación social que despertaban su madre y su abuela habían elevado a los Mogollón al nivel de los Kennedy en Santa Perpetua, y él vivía la altura de sus apellidos combatiendo sus demonios en secreto. Era el ser peor diseñado para sobrevivir en una tierra volátil y ruda: era demasiado decente para lucir fuerte en un mundo donde ser malo era bueno. Lloraba si no sacaba la mejor nota de la clase o si se le ensuciaba el pantalón. Era el más

talentoso y artístico de todos: aprendió a tocar el piano de oído e interpretaba canciones del grupo Journey increíblemente bien, pero le daba vergüenza participar en los *talent shows* del colegio, porque en un ensayo le dijeron que cantaba con voz de marica. Igual no le importó, porque Nanda le dijo que su versión de *Don't stop believing* era mejor que la de Steve Perry.

Tato era lo contrario a un chico popular. Siempre andaba limpio, impecablemente vestido y peinado. Abría las puertas como un caballero, hablaba con palabras grandes, tenía ortografía perfecta, modales de príncipe y era el muchacho favorito de las profesoras y mamás de la isla. Cuando estaba aburrido, resolvía ejercicios de trigonometría o leía textos de medicina. A los 10 años, fue invitado a México al *show Siempre en domingo*, de Raúl Velasco, gracias a su memoria fotográfica, que le permitió memorizar los nombres de todos los jugadores que habían participado en la Copa Mundial de Fútbol desde sus comienzos.

En la adolescencia, se convirtió en un gigante altísimo que, a diferencia de su amigo Román y de Nanda, seguía siendo virgen a los diecisiete. Tenía el cuerpo lampiño, pánico a las motos y a todo lo que tuviera un motor. A leguas se notaba que iba a ser calvo cuando terminara la universidad. Usaba adjetivos en exceso, se aprendía todas las canciones, nombres y poemas en inglés y español con solo oírlos o leerlos una primera vez.

Fue gracias al amor de su abuela y a sus amigos de El Patio que Tato no se hundió. Aunque era la sombra de Román, siempre fue invisible. Aprendió a aceptar que, a su lado, lucía menos apetecible para las muchachas: su caballerosidad y aires académicos contrastaban con el atractivo irreverente de su mejor amigo y protector, haciéndolo lucir aburrido.

De niño, les huía a los perros grandes de El Patio, daba alaridos cuando lo correteaban y, en dos ocasiones, lo mordieron en la cara. Eran los mismos perros que escoltaban a Román y que, con el rabo

entre las patas, le daban un respeto que Tato nunca recibía de nadie.

Intelectualmente, se nutría de los intercambios inteligentes y complejos que Mari le proporcionaba. No solo compartía sus intereses académicos y lo validaba como individuo, sino también como el futuro genio de la medicina que era, sin enfocarse en su linaje y apellido, a diferencia de los demás. Con su mirada clara y lógica, lo inspiraba a contemplar el futuro con un positivismo pragmático, donde sus metas más ambiciosas resultaban alcanzables.

A Tato le costaba controlar los impulsos autodestructivos que llevaba en la sangre y no fue la ciencia de los antidepresivos, sino la magia de Amelia, lo que lo salvó. Ella le enseñó a creer en las energías del más allá y a descifrar mensajes de la naturaleza que su mente no entendía ni podía aprender de los libros. Cuando era niño y sufría noches de insomnio, Tato cuestionaba su valentía para enfrentar el futuro sosteniendo un revólver cargado. Sin embargo, como le prometía a Amelia, abría las ventanas y se rendía ante el hechizo de las luciérnagas que revoloteaban traviesas frente a su balcón, o escuchaba los susurros amables del viento entre los árboles. Cuando la primera capa mostaza de la madrugada lo envolvía, respiraba agradecido, guardaba el arma, se despojaba de su pijama del Chapulín Colorado y se vestía impecablemente para ir a la escuela.

Contar las pecas de Ana Fernanda todos los días era lo que más lo aferraba a la vida. Se le ahuyentaban las tristezas del corazón con tan solo imaginar su naricita manchada en carcajadas. Nunca la llamó Nanda, siempre fue Ana Fernanda: su arcoíris andante, su fuente de felicidad fácil. Ella coloreaba sus días con sus excentricidades, con su amor por lo prohibido, con su espíritu libre tan opuesto al suyo. El cariño y la complicidad de Nanda lo hicieron inmune a lo que podría haber sido una niñez llena de inseguridades,

complejos y melancolía. En la adolescencia, ella lo convenció de que era más guapo que Román, aunque tuviera más panza que músculos, y una noche le juró en secreto que ella y su papá lo querían más a él que a Román.

Si lo sentía triste, Nanda le daba abrazos largos que le tocaba interrumpir, porque se le encogía la cremallera del pantalón. Lo sacaba a bailar en las fiestas porque la timidez siempre lo escondía en un rincón. Le compró su primera colonia Polo, calzoncillos de Calvin Klein, condones que nunca estrenó y, cuando supo que era virgen de labios, le dio su primer beso en la boca para que aprendiera.

En la adolescencia, guardó el arma que solía acompañar sus noches de insomnio, ya que encontró una razón para vivir. Todo ocurrió cuando a los trece años le diagnosticó apendicitis a Teresa, la empleada de Nanda, al notar que caminaba de manera torcida. También salvó la vida de un jardinero aplicándole un torniquete después de que se cortara el brazo con un machete; luego, se aseguró de preservar la extremidad en hielo para que pudiera ser reimplantada. Las empleadas domésticas empezaron a llamarlo «doctor Tato» y, por primera vez, supo que lo respetaban por algo más que su linaje. Descubrir el propósito de su existencia fue suficiente para doparle los malestares del alma.

25

Lo único que una mujer necesita para sobrevivir
son amigas con quien llorar; al menos, una.

Mariposa Monarca

EL AVIÓN OLÍA A CAFÉ Y A VAPORES DE HUMANOS encerrados durante seis horas. El resoplido de su vecino empezaba a enfurecer a Amelia. La cercanía al olor de su piel sancochada en vahos de hombre agudizaba su ansiedad. Mike, o Bob, o Ed roncaba plácidamente y fantaseó con darle un puño en la cara para que se callara. O mejor aún: enterrarle un tenedor en el cuello y dejárselo clavado. Eso sería muy fácil.

El angelito dormía con el cuerpo recostado como una tortuga patas arriba, reclinado a su lado como si estuvieran en una cama nupcial, a pesar de estar separados por un asiento vacío. Su brazo extendido no respetaba la barrera de las sillas viejas de primera clase. Para evitar entrar en pánico, puso en práctica sus habilidades de infancia: Amelia inhaló y exhaló agitadamente por la boca, una y otra vez, relajándose en un ritmo esotérico de concentración que no había practicado en años. Este era el método que Estílita le había enseñado de niña para calmarla cuando la ansiedad la consumía y empezaban sus amagos de pataletas.

Se sumergió en sus propias respiraciones hasta alcanzar un estado de conciencia que le permitió impactarlo con la intensidad de su mirada, clavándola en su calva blanca como la tiza, sin necesidad de tocarlo. Mike, o Bob, o Ed se sobresaltó. Abrió sus ojos con el mismo temor que muestran los perros al ser empapados con baldes de agua cuando están enganchados con hembras en celo. Se sujetó la

cabeza, giró rápidamente y se acurrucó como un bebé, alejándose lo más posible de ella, para luego retomar el ronquido.

A los pies de Amelia, cayó el *LA Times* más arrugado del mundo. Al leer la fecha, recordó que era 19 de septiembre, día de su cumpleaños número cincuenta y tres. Al instante, se vio a días de cumplir los dieciocho cruzando la calle de charcos descalza, entre su casa y la de los Recker.

Llegaba a su refugio, a su templo personal, al lugar donde se sentía más amada y protegida. Ascendió por la escalera privada que llevaba al cuarto de Nanda. La encontró inmersa en la lectura de un *Cosmopolitan*, con la cara untada de crema verde frente a la pantalla, justo cuando empezaba *Sábado Gigante* con don Francisco. Eran las ocho. Ni siquiera se saludaron. Su mirada negra y la boca hinchada fueron suficientes para que Nanda la abrazara.

—¿¡Qué te hicieron!?

Amelia se ovilló en el rincón donde tantas veces se habían pintado las uñas de los pies y explotó entre gemidos.

—... Antes de irse, disparó al aire y, esa vez, sí le salió la bala. Asustó a las cotorritas. Y a las mariposas. Me dio tanto miedo que me mordí el labio. Duro. Me duele mucho. Y allá abajo también.

Nanda la obligó a meterse con ella en la cama para que lloraran juntas y poder calmarla. Cuando Amelia despertó, eran las diez de la noche. Nanda abrió un paquete de Marlboro rojo y prendió dos cigarrillos al mismo tiempo.

—En cualquier momento llegará Mari. Tenemos que decidir cómo lidiar con esto.

El plan de Nanda era sencillo: contratarían un matón a través de Alfonso, su guardaespaldas, quien las había criado y las protegía como un dóberman armado. No había muchas motos Z1000 en la ciudad, así que sería fácil rastrear al dueño.

Llovía fuerte contra las ventanas y Amelia se tapó los oídos. Le dolía la cabeza, no había comido en todo el día y apenas había

cenado la noche anterior, en la fiesta del Pitufo. El olor a cigarrillo encerrado le avivó las náuseas, tantas que ni las uñas se pudo morder y se recostó rendida. Monina, la lora de Nanda, voló de repente y se posó a su lado.

—Puta, puta*. We are the world, we are the children.*

Imitaba a la perfección las voces de los cantantes del éxito del momento.

Mari entró agitada con un overol amarillo empapado y los ojos perfectamente secos. Traía un maletín azul.

—Ame, todo va a estar bien, pero tenemos que saber si es necesario llevarte al hospital. ¿Me dejas examinar a Jacinta?

Cada una había bautizado su cuca con el nombre de una flor: la de Mari se llamaba Camelia, y la de Nanda, Venus Flytrap.

Mari sacó un pote gigante de Nutella con tres cucharas y una bolsita de lona llena de pastillas, cremas, ungüentos, gasas, curitas y algodones.

—Chupa Nutella mientras te examino. Quietecita, que te voy a quitar los calzones y a mirar bien.

—Sí. Pero no quiero que nadie se entere de esto.

Nanda observaba las maniobras de Mari con Monina al hombro. Le agarraba la mano a Amelia como si estuviera dando a luz. Sintió que debía aligerar el momento.

—Ame, Jacinta es una *survivor*. Acuérdense de esa película que vimos donde Román: a las mujeres nos cabe de todo allá abajo. La punta de una pistola es como un alfilercito al lado de la anaconda que el Johnny Wadd le metía a la gringa. Y ella, tan feliz.

—*Wácala*, esa película. Ame, ahora viene un algodoncito con mertiolate. ¿Estás bien? ¿Te ardió?

—No.

—Mari, que no le arda, sóplale a Jacinta. La pobre ni siquiera conocía un tampón*.*

Mari miraba entre los muslos de Amelia, seria y concentrada, como si realmente fuera una ginecóloga.

—Mi mamá me castigó por lo de la fiesta del Pitufo. Esti me obligó a venir escondida. Me vio más triste que nunca. Pero no le conté nada. Nadie puede saber lo que me pasó hoy. No quiero que nadie acabe muerto por culpa mía. ¿Tú crees que yo aún pueda tener bebés?

—Ame, esto no afecta tu fertilidad. Te lo prometo.

Mari le cerró las piernas e informó oficialmente.

—Estás aporreadita, pero no veo nada grave como para ir al hospital. Te voy a dejar la cremita con antibióticos, la terramicina, para que te la apliques después de que te bañes y antes de dormir. Sécate con cariño cuando hagas pipí. Con la ayuda de Dios, todo va a estar bien.

Nanda empezó a caminar como una pantera enjaulada.

—i¿Cuál ayuda de Dios?! ¡Lo que necesitamos es la ayuda de un sicario! ¿Cómo vamos a vivir tranquilas con ese hombre suelto? ¡Hay que matarlo, o al menos darle un balazo en las güevas!

Después de secarse las manos, Mari abrazó con fuerza a Amelia.

26

Reina, tu cumpleaños no es el día
más especial del año. Hay otros.

Delfina Rosa

El jueves que Amelia cumplía dieciocho años, Román y Tato entendieron que únicamente Nanda y Mari lo celebrarían a su lado. Sin embargo, les resultó imposible ignorar la fecha.

Tato se levantó a las seis de la mañana y le dejó en el portón dieciocho figuras de *Star Wars*, intercaladas con dieciocho capullos de rosas amarillas y dieciocho globos negros y magentas. En el centro, destacaba una caja roja de Cartier con bordes dorados, acompañada de una tarjeta. Cuando Estílita pidió a Amelia que bajara para admirar ese altar de amistad, su corazón se derritió y supo de inmediato que era obra de Tato.

Subió las escaleras a su habitación, como siempre, contándolas de dos en dos; iba enrollada en globos y cargando sus regalos como si cumpliera ocho, en lugar de dieciocho. Como era un día festivo y no había escuela, su plan era ver películas de Betamax hasta la noche. Estílita subió minutos después con una bandeja de frutas, tostadas sin mantequilla y café sin leche. Amelia ya había puesto las figuras de *Star Wars* en el borde de su tocador blanco.

Armaba un florero usando dos Coca-Colas vacías que tenía sobre el escritorio; ahogaba los tallos en agua y acariciaba cada uno de los capullos de color amarillo pálido que empezaban a florecer. Estílita, emocionada, repartió los globos por toda la habitación, alegrando ese jueves de nubes grises en el horizonte.

—Ame, como cumples dieciocho, podemos celebrar esta noche como te lo prometí: con un ritual de plantas medicinales. Pero, para

honrar a Pachamama, debes comer ligero y lo más importante… debes perdonar a tu mamá.

Estílita sonreía con los dientes más parejos, blancos y alegres que nunca.

—Esti, no. Hoy es mi cumpleaños y no tengo ganas de verla. Ni de hablarle. Tal vez mañana. O pasado. O para Halloween. Ven, dame un abrazo.

Estílita la tomó por las mejillas.

—Es una mujer buena a pesar de sus defectos y, aunque te haya castigado, te quiere mucho. Ame, ninguna mamá es perfecta; Carmenza está bien triste, tienen que hacer las paces.

—*Ok*, mañana le vuelvo a hablar, pero con una condición.

Amelia agarró la bandeja con el desayuno.

—Te tienes que pasar todo el día aquí acostada conmigo. Hoy no quiero que levantes ni un dedo. ¿Quieres que desayunemos las dos arropaditas en mi cama?

Estílita saltó como un resorte feliz.

—Sí, me gusta el plan. Voy a sacar la ropa de la lavadora y subo. Vas a ver que hoy va a ser un día especial.

—Esta noche vienen Mari y Nanda... si mi mamá las deja entrar. Mi única celebración segura es contigo. Veamos la película de ET, tu favorita. ¿Quieres?

Estílita bajó las escaleras musitando:

—*Iti fon jom*, *Iti fon jom*.

Amelia prendió el televisor y sacó, como si fuera un tesoro, la película de Betamax de Spielberg. Admiró la caja de cartón con la silueta del feo extraterrestre atravesando la Luna gigante en su bicicleta voladora. Cuando ajustaba los canales del televisor, apareció la imagen de una reportera con la voz entrecortada.

—Un terremoto de 8.1 puntos en la escala de Richter acaba de cobrar millones de vidas en México, una de las ciudades más pobladas del planeta. México Distrito Federal ha dejado de existir.

Amelia, espantada, apagó la televisión. Le pareció que el fin del mundo se avecinaba y de rodillas empezó a rezar para viajar inmediatamente a México y ayudar. Muchas veces había logrado transportarse a sitios sin tan siquiera pensarlo, pero jamás a un lugar en el que no hubiera estado antes y, menos, por voluntad propia.

Desde que Amelia llegó a Villarreal, cuando presentía algo muy, muy feo, la preocupación la sacaba de su cuerpo y la llevaba a visitar a las personas que más quería. Pasó cuando le dijo a Alfonso dónde encontrar al señor Recker la noche angustiosa en que desapareció durante horas.

Alfonso, Román, Mari, Tato y Nanda fueron testigos de cómo Amelia, quien acababa de cumplir los trece, parecía flotar mientras miraba al vacío y describía el paradero del hombre que la adoraba como un padre. Decía, con voz de ultratumba, que había sido abandonado debajo de un puente, cerca al estadio de fútbol y que debían buscarlo antes que se ahogara.

Un grupo de maleantes lo había golpeado y atado a un muro con una cadena al cuello. Le habían robado la camioneta, el Rolex y una pistola. El empresario alemán se había metido en un barrio de quinta para visitar un nuevo prostíbulo que incluía concursos de karaoke, algo novedoso en ese entonces, que le encantaba.

Tras un largo amanecer en el hospital, que se convirtió en tarde, el señor Recker fue dado de alta y regresó al Patio. Tan pronto se bajó del auto, se apoyó en su guardaespaldas y, en vez de entrar a su casa, cruzó la calle.

—Alfonso y yo tenemos que hablar con Amelia. Ana Fernanda, espéranos, que ya volvemos.

Aún herido y apoyado en un bastón, el señor Recker era una torre intimidante de dos metros con la mirada amarilla de un águila.

—Papi, yo sé que esto parece muy raro, pero es que Amelia es mágica y, si se preocupa, algunas veces se paraliza y ve cosas.

El señor Recker tocó a la puerta, que se abrió de par en par. Amelia lo esperaba sentada en un mecedor de mimbre. Se mecía y se comía las uñas junto a Estílita, quien permanecía parada con su delantal blanco. Amelia fijó la mirada en ellos, Alfonso dio dos pasos atrás.

—¡Gracias a Dios que estás bien! Por favor, no me preguntes nada. Yo sueño cosas despierta y te vi sufriendo. Es todo lo que te puedo decir.

Estílita lo invitó a salir de la casa tomándole el brazo. El señor Recker, confundido, cruzó la calle escoltado por Alfonso. Nunca más se volvió a mencionar el incidente.

27

Con la pérdida de ilusiones,
nos vemos confrontadas con verdades imposibles de ignorar.

Abuela Babilla

Por más que trató y trató, no podía ver, ni viajar, ni sentir a México.

Estílita subió exaltada con la noticia y encontró a Amelia mirando al vacío; la abrazó y le aseguró que el mundo no se iba a terminar. Prendió su radio para seguir la transmisión en vivo de la XEW. Al escuchar a Jacobo Zabludovsky narrar los operativos de rescate, Amelia comprobó que, efectivamente, sus plegarias para evitar la destrucción del mundo habían sido escuchadas; lo interpretó como un milagro. No, no había perdido su magia.

La realidad fue que la falta de comunicación en la que se encontraba la capital mexicana llevó a que algunos medios, como Villarreal TV, reportaran incorrectamente que la Ciudad de México había sido borrada de la faz del planeta.

—El mundo no se va a acabar, Ame. Solo Dios tiene control sobre la naturaleza. Mira, cálmate y abre el regalo que te dejó Tato. Seguro te compró algo bien lindo.

Estílita le acercó la caja roja. Era tan hermosa que no necesitaba un moño. Amelia la abrió con desinterés. Una delicada cadena de oro sostenía un dije Cartier en forma de corazón. Lo acompañaba una nota corta y cómplice: «*May the force be with you*. Tu hermano, Tato».

Esti guardó delicadamente la cadenita cuando Amelia bruscamente insistió en prender otra vez el televisor. El noticiero mostró las primeras imágenes de los damnificados en *shock*, grupos de personas buscando a sus seres queridos en medio de los escombros.

Amelia pidió a Dios fuerzas para vencer el miedo y le agradeció por las cosas lindas en su vida, en especial por los ángeles que había puesto en su camino, por sus amigos del Patio, por Estílita y por su futuro. Juró que volvería a ser feliz y que perdonaría a su mamá. Una vida de amor pesaba más que esos dos minutos en que el Mapache la desgració.

El Sol caía y teñía de verde pepino los bordes de mil nubes traviesas. Amelia sentía que este cumpleaños iba a ser el más inolvidable de su vida. Cuando doña Carmenza gritó que Amelia estaba castigada y no les abrió la puerta a Nanda y Mari, ellas se colaron por el balcón con un tarro gigante de Nutella que tenía una velita de cumpleaños enterrada. Nanda le cantó el *Happy Birthday* imitando a Marilyn Monroe, y Amelia sopló concentrada pidiendo un deseo que hizo saltar su corazón. Abrió los ojos y al frente refulgía una caja rectangular, con una estrella estampada en el centro.

—¡Que la abra, que la abra! —gritaron en voz baja.

Amelia, como una niña desesperada, destrozó el grueso papel azul. Levantó la caja observándola como si fuera transparente, tratando de adivinar qué contenía y, sin reverencia, la abrió. Al instante, empezó a flotar dando vueltas, jadeando con su voz ronca: «¡No, no puede ser!».

Abrazaba la caja negra y blanca como si fuera un tesoro encantado. Sus amigas le habían regalado un discman, el primer reproductor de CD portátil del mundo. Como le sucedía siempre que palpaba un aparato novedoso, se paralizó con la vista fija en el cielo. Nanda sacó una botella de tequila, un salero, tres copas y dos limones partidos para celebrar.

Estrenaron el regalo escuchando *Born in the USA*, de Bruce Springsteen. Cantaban a medio pulmón brincando descalzas sobre la cama, enredadas entre los globos, tratando de no hacer mucho escándalo para que doña Carmenza no las escuchara. Las rosas

florecidas se meneaban y las figuras de *Star Wars* temblaban en el tocador.

En el intervalo de dos canciones, sintieron una lluvia de piedritas en la ventana. Amelia apagó el aparato: abajo, en el jardín, vio a Román de pie entre la penumbra, rodeado de velas blancas que titilaban. Eran las siete de la noche bajo un cielo estrellado color violeta.

A su lado estaba un señor misterioso, un tarzán japonés alto, vestido con un frac, cuyo pelo de plata se derramaba, como una ola, sobre las teclas de un piano de cola blanco. Lentamente, comenzaron a sonar las primeras notas del *Nocturno en Mi bemol mayor* de Federico Chopin, la pieza clásica que Amelia consideraba perfecta para musicalizar todos sus sueños. Así se lo dijo una vez de niña a Román y él le regaló una Navidad el elepé con la versión de Richard Clayderman. Amelia, incluso, se la había bailado como un ánima encantada en ese mismo balcón años atrás.

Román la miraba inmóvil, arropado por la melodía del pianista que se esparcía entre los árboles, enmudeciendo a las chicharras. Se veía más alto e imponente que nunca con su chaqueta de cuero azabache. Los ojos le brillaban entre la oscuridad como si fuera un husky. Ella se paralizó monumental, larguísima, cubierta por una túnica negra de gaza sin mangas que mecía la brisa, admirándolo.

Era una diosa encendida, una silueta sublime abrazada por rayitos de luz que salían de su habitación hacia la oscuridad del balcón. Román se dio la vuelta y buscó en su bolsillo la cajita con el anillo de esmeralda. Aspiró para darse ánimos y recordar lo que planeaba decirle, pero Amelia pensó que se iba y le suplicó:

—¡No, Román, no te vayas!

Saltó desde el balcón y cayó entre los helechos frescos. Él la rescató y, con la dicha burbujeándoles adentro, se fundieron en un beso interrumpido por carcajadas y más besos. Amelia, fascinada, se

desprendió y flotó lejos, hacia el fondo del jardín, para verlo bien, completo, avanzar como un cohete hacia ella.

—Esto es lo más lindo que me ha pasado en la vida.

La brisa jugaba con su túnica, con el brillo de las velas y Román jugaba con sus labios, con la suavidad de su piel. De repente, una chispa de las llamas cayó sobre el vuelo de su falda y Amelia empezó a arder con lentitud, obligando a Román a quitarle el vestido rápidamente. Ella, riendo a carcajadas, se enredó en su cintura y él la llevó hacia la oscuridad de ese guayacán florido donde la había visto por primera vez, a los seis años.

Se reconocieron en su esencia de niños entre las sombras de las ramas y, abrazados en ternura, se despojaron de sus miedos y perdieron cualquier duda. Se estremecieron con la vehemencia de un hombre y una mujer dispuestos a disfrutarse, a gastarse completa la sabrosura de la vida.

—Ame, yo siempre, siempre, te he querido

—Ya, quítate todo. Y no me dejes de mirar.

Él le besó sin afanes el dolor y la sanó. La hierba, el musgo y las raíces acariciaban el enredo de sus caderas, de sus rodillas, de sus cuerpos desnudos conectados por besos, relamidas, mordiscos y caricias que se encontraban en la mirada del otro. Hasta que se enlazaron en lo más profundo y ella cerró los ojos, él suspiró en su frente, la tierra los sacudió envidiosa, sus gargantas clamaron mudas y el tiempo se detuvo.

Juntos, se elevaron sobre el guayacán, saludaron a la Luna y los aplaudieron las estrellas. Supieron, entre las nubes, que habían despertado con sus almas intactas al único sentir real, al único sentimiento que importa, al único apego a la vida auténtico: el gran amor entre un hombre y una mujer cuando está destinado a ser eterno. No respiraron hasta que flotaron de vuelta, cayendo dichosos sobre la hierba fresca. Las raíces los abrazaron.

—Espera. Te tengo que dar tu regalo de cumpleaños —dijo Román apartándose del abrazo de Amelia.

—Nada mejor que lo que me acabas de regalar. ¡Qué divinas son tus nalgas!

Román sonrió buscando su pantalón en la semioscuridad. Torpemente, encontró en el bolsillo la cajita con el anillo y la acarició.

—¡Aquí lo tengo! ¿Lista? Ahora cierra los ojos. *Ok*, mantenlos cerrados porque, Amelia Galofre Dunn, tengo en esta cajita algo que te...

Un silbido lo interrumpió. Y otro. Y otro más. Amelia abrió los ojos confundida y vio a Román tendido a sus pies, con los ojos apagados, pero abiertos, y tres quemones sangrantes sobre la espalda y las caderas desnudas.

El Mapache de la Moto caminó hacia ella mientras apartaba con el pie el cuerpo de Román.

—Este malparido creyó que iba a incendiar mi moto, a matar al Socio y que iba a vivir... ¿qué?, ¿culiando como un príncipe? ¡Agárrenla!

28

Hay días que merecen acabar rápido.
Tómate una pepa, un vinito, algo.

Cucaracha Slut

—AGÁRRENLA —MAULLÓ HELLO KITTY, tapándose los cachetes donde tuviera sus bigotes, y liberó al asiento de sus caderas. Corrió para socorrer a Amelia, que estaba tendida en la mitad del pasillo de la primera fila del avión. Mike, o Bob, o Ed meneaba la cabeza con la boca fruncida, como si chupara un limón imaginario. Amelia moqueaba y escupía sobre los zapatos nuevos del gringo; el pobre se los había quitado para protegerlos durante el vuelo.

El avión estaba húmedo, las rendijas del aire acondicionado despedían vahos de caucho quemado. La azafata se acercó.

—*Mam! Are you Ok? Get up!* Estamos aterrizando en Miami. *Please, fasten your seatbelt*.

La voz de Hello Kitty se impuso de nuevo, ahora en inglés.

—*Don ueris. Mi encargaichon of shi, okeis? Mister, yu gou tu mi sheir ay shit in dis wan of yuz.*

Intercambió asientos con Mike, o Bob, o Ed, quien rescató sus mocasines halándolos por la punta. Un perfume de vainilla se apoderó del avión entero.

—Muñeca, levántese lentito, que yo la ayudo a sentar y a amarrarse el cinturón. ¿Cuántos *whiskys* se tomó, por Dios? Vea, aquí tiene un clínex y ya no llore más. ¿Les tiene miedo a los aterrizajes? ¡Yo le agarro la manita!

El anuncio del piloto fue tan aburrido que nadie se inmutó cuando dio la bienvenida al Aeropuerto Internacional de Miami. Amelia tardó unos minutos en recoger las miserias que había desparramado por

todos lados. Salió despelucada, caminando en zigzag hacia la puerta del avión, donde la esperaba una morena de Special Services con una sonrisa tan amable, blanca y tan libre de juicios que la avergonzó. La mirada desolada de Mike, o Bob, o Ed le confirmó que estaba hecha un desastre. Sexy Hello Kitty y su galán fueron escoltándola por los codos hacia el carrito VIP que los llevaría a la sala de espera.

Amelia trató de conectarse para informarle a Nanda que en una hora abordaría el vuelo a Villarreal. Miró la foto del perfil del chat llamado Sorecrap VIP y se conmovió: la imagen había sido tomada en una fiesta de Halloween en la casa de Nanda, cuando tenían diez años. Brillaban todos disfrazados de personajes de *Star Wars*: Nanda Leia sonreía abrazando a la aún más sonriente y sin un diente Mari Trooper. En el centro, empuñando un *lightsaber* con ambas manos, posaba Amelia Vader, la única enmascarada y sin bolsa de caramelos. A su lado, Román Skywalker tomaba de la mano a un tímido Tato Yoda. Ame tecleó rápidamente: «Llegué a Miami».

Eran ya las 3:30 p. m. En el baño, se agachó para mirar las seis casillas de retretes buscando pies y respiró tranquila: estaban vacías. Justo cuando iba a entrar en la más apartada, un ruido le avisó de que ya no estaba sola: Hello Kitty irrumpió delicada, le miró el paquete de Marlboro rojo en la mano y trancó la puerta como una experta.

—Muñeca, descanse, respire, cálmese y fume escondidita ahí, frente al lavamanos de los inválidos, mientras yo hago chichí.

Se peló los *leggins* blancos de forma habilidosa y se acuclilló en el aire.

—Yo me llamo Pili, soy enfermera. Viajo con mi papá que, aunque está viejito, le encanta turistear.

Pili se secó. Tres veces. De adelante hacia atrás, como debe ser.

—Papi es médico, retirado. Es el doctor Ruan, seguro ha oído de él, el mejor ginecólogo de Santa Perpetua. Desde que la vimos en el

avión, notamos que usted anda nerviosa. Respire tranquila y relájese, que no la voy a dejar solita.

Pili se acercó a lavarse las manos y luego se perfumó. Amelia trató de reconocer el frasco, pero no pudo.

—Fume despacio, que hay tiempo. Usted también viene con nosotros para Villarreal, ¿cierto?

—Sí. No sé. No.

Sacó de la cartera el pote de Xanax y se tomó dos cápsulas naranjas en seco. La alertó un golpe brusco en la puerta y se tomó otra más. O dos más.

Escuchó el anuncio informando que abordarían en treinta minutos; debía tomar una decisión. Se desplomó temblando en una banca a reunir el valor para notificar en el chat que sus planes habían cambiado. Sí. Estaba segura: no regresaría a Villarreal.

Antes de contactar a Mari, llamaría a su asistente para que le consiguiera un vuelo de regreso a Los Ángeles. El Xanax daba señales de vida entre sus venas, el cansancio empezó a pesar sobre sus párpados y no encontraba su teléfono dentro del mar de desorden que era su bolso, cada vez más pesado. Una princesa de manos mínimas rescató del piso su pasaporte y se lo entregó con una mirada de hielo que no la juzgó.

Era parte del grupo de cuatro niños que al frente suyo jugaban juntos, pero muy separados. Aguardaban absortos, codo con codo, cada uno inmerso en su propio iPad. Tenían entre nueve y once años. Amelia analizó lo extrañas que eran las infancias modernas, en las que los muchachitos pegados a aparatos no hablaban entre sí. A esa edad, Tato, Mari, Nanda, Román y ella jamás habrían dejado pasar la oportunidad de correr hasta el último rincón de la sala de espera como si fuera un parque maravilloso. Muchas veces exploraron lugares nuevos tomados de la mano y cantando *Maná Maná Pati Pitipi*.

Trató de imaginarse a sus amigos cincuentones, maduros, bajo ese árbol de guayacán donde se conocieron, donde fue amada por Román... y lo vio morir, y un aire seco le aprisionó el pecho. Se le helaron las manos y le asaltó la ansiedad de que la esperaban y que no iba a verlos nunca. Habían acordado que en el chat solo iban a colgar fotos de su infancia, nunca de su vida como adultos. Ellos, seguramente, ya la habían visto convertida en mujer, en reportajes que hablaban del éxito de sus películas, pero a Amelia le resultaba imposible imaginarlos a todos con arrugas y canas. A Román sí. Habría sido el esposo más guapo del mundo.

«*Amelia Galofre and Pilar Ruan, please report to the American Airlines counter. This is the last call to board plane 1986 destination Villarreal*», se escuchó.

Entró en pánico y volvió a buscar el teléfono en el bolso inmenso. Se paró mareada y, cuando empezó a vaciar los contenidos en el piso, Pili llegó a su rescate.

—Hola, usted dejó el teléfono en el baño, pero ya me lo entregaron. Pensaron que era mío. Aquí está. No ha parado de sonar y no le queda casi batería. Venga tranquila y lo cargamos juntas en el avión. Respire profundo y prométame que no va a tomar sino agüita o cafecito.

Agradecida, Amelia agarró el teléfono con ambas manos, sosteniéndolo como si fuera una aparición divina. Siguió a Pili como un cachorrito confundido y necesitado de amor, primero hacia el mostrador, luego hacia la cabina y se sentaron juntas. Se sintió aliviada por tenerla ahora a su lado en el asiento 1B del pequeño *jet*. No paraba de contemplar la pantalla rajada, pero aún viva, y la acercó al oído con la mano temblorosa para atender un mensaje de voz de Nanda: «Ame, estoy con Tato en el hospital, pero Mari ya no está aquí. Estamos preocupados. ¿Te ha llamado? Llevamos horas buscándola. Villarreal anda revuelto porque viene una tormenta que

se puede convertir en huracán. Ojalá no cancelen tu vuelo. Llama apenas llegues para recogerte. Te quiero».

El canto del Xanax la empezaba a derrotar. Derramaba lágrimas que limpiaban su mejilla rayada por la pantalla del celular: sabían a sal y a óxido triste. La vibración del *jet* al despegar la empezó a arrullar: al principio, abrazándola tímidamente y, luego, clavándola contra el asiento. Los ojos le pesaban atormentados por fantasmas con los rostros de sus amigos de infancia envejecidos. Le pareció que no había dormido en treinta y cinco años y se rindió para cerrarlos por unos cuantos minutos.

29

Las penas son como los pedos: vienen, apestan y se van.
Son algo ineludible de la condición humana.

Ajolota Galáctica

En medio de un jardín, rodeado de árboles con guacamayas, una mujer casi desnuda con las piernas largas, los senos inmensos y los ojos cerrados, medita en posición flor de loto. La acompaña la música de un reguetón que, para nada complementa la meditación, pero que es perfecto para celebrar lo que será el día más especial de su vida en treinta y cinco años. Boris Alberto, un perro manchado del tamaño de un ternero, ronca a su lado sobre una bata de algodón de flores. Muy al fondo, el portón de la casa, con ventanas enmarcadas en madera azul chillón, abre una de sus puertas de hierro y deja entrar al jardinero más bajito del mundo.

—Doña Ana Fernanda, un tal doctor Tato la vino a visitar.

La mujer se para, girando hacia él, como un monumento de marfil, y adopta la posición *vrksasana*, uniendo ambas manos por encima de la cabeza, balanceada en una pierna, como una bailarina de *ballet*.

Cinco segundos después, se oye a lo lejos un chillido:

—Doña Fernanda, que la busca un caballero.

Boris Alberto levanta la cabeza, pero ella sigue inmóvil.

Tiene la cara en forma de corazón delgado, la boca pintada de rosa opaco y, cuando empieza a rotar lentamente su cuello y baja la pierna, se le suelta la melena azabache que escasamente le llega a los hombros.

Está a punto de cumplir cincuenta y tres años, pero el tiempo la ha tratado como a esas modelos delgadas de belleza clásica que, a

punta de jugos verdes, yoga y una que otra visita al cirujano plástico, se han conservado de manera espléndida.

El chillido ahora es más agudo.

—¡Doña Fernanda, por Dios, que la solicita un doctor!

Abre sus ojos verdes de leona, totalmente relajada, justo cuando se termina la canción y se quita los audífonos. Como una serpiente, revuelve su bata en el pasto y enciende un cigarrillo de marihuana. Apenas pega su primera aspirada, Boris Alberto ladra.

—¿Tú no sabes que fumar yerba envejece y da celulitis?

El Dr. Tato Mogollón la mira entre sus gafas Ray-Ban con una cejota algo canosa muy levantada.

Lleva puesta una camisa blanca de cuadritos rosa, pantalones crema del largo milimétricamente perfecto para caer con estilo sobre sus zapatones claros de talla trece.

—¡Tatoooo, estás igualito! ¡Después de treinta y cinco años, igual de guapo! ¡Espérate y me visto!

El jardinero los mira confundido.

—Albeiro, dígale a Teresa que pique mango con limoncito y sal, y traiga guaro, que hoy estamos de fiesta.

Camina hacia Tato envuelta entre la tela de flores.

—¿Aguardiente? Son las diez de la mañana.

La toma de ambas manos, pero le suelta una para darle un giro.

—¡Tú no estás igualita, sino más hermosa!

Por primera vez Nanda baja la guardia.

—Qué va, mentiroso. Siempre estoy trajinada, pero ni por el putas me voy a hacer cirugías ni güevonadas.

El doctor sabe que miente, no porque la delate la fortuna que ha invertido en su ejército de dermatólogos y cirujanos, sino porque la conoce bien.

—No necesitas nada de eso. Estás más linda que el día de tus quince con ese copete de Cindy Lauper enredado y la raya negra en

los ojos chorreada. ¿Te acuerdas? Parecías un osito panda con el tutú negro.

Caminan hacia la casa, enganchados de los brazos, como marido y mujer saliendo de una iglesia, listos para empezar una nueva vida juntos.

—¿Notaste lo duro que tengo el culo? ¡Puro yoga y aguardiente!

Mil lonjitas de mango verde reposan sobre las flores lila de un plato Flora Danica. El clima es perfecto, vuelan mariposas azules, las favoritas de Amelia, y Fernanda, con la bata mal amarrada, se ríe a carcajadas y brinda sola al aire. Se toma hasta la última gota de la copa de Tato, meneando los hombros y haciendo la mueca de siempre.

—¿En serio, ya estás borracho? ¿Con tres guaros? Nunca olvido lo facilito que aplastabas la rana en las fiestas. ¡Yo siempre era la que te rescataba, te escoltaba hacia el inodoro, luego te acostaba y siempre acababa limpiando!

—No estoy borracho, solo mareado.

Tato voltea las dos copas boca abajo y tapa la botella de aguardiente.

—No más tragos. No podemos recibir a Mari en este estado.

—¿Y esa seriedad?

—Mari está pasando por algo delicado. Ella es paciente de un colega bariátrico que la iba a operar para que bajara de peso. Como sabes, ha engordado cuarenta kilos en un año; su médico me contactó después de hacerle una serie de exámenes.

—No entiendo. Tú eres cirujano neurólogo y... ¿te viniste de los Estados Unidos porque Mari se engordó? Ella está deprimida por lo de su divorcio. Es normal en una mujer con cuernos, sin sexo y con gemelas, ¿no?

—No. Mari tiene un craneofaringioma, un tumor en el cerebro que le está afectando la regulación de su apetito. Por eso no para de comer. También está perdiendo la visión y el equilibrio, sufre dolores

de cabeza y no ha respondido a quimioterapias ni a radiaciones. Llevan seis meses tratándola y, aunque el tumor no es canceroso, su calidad de vida va en declive. Hay que removerle el tumor cuanto antes.

Nanda lo mira a punto de llorar.

—Después de tantos años sin Ame, ahora, Mari… Dime, ¿se va a morir?

—No, no se va a morir. Por eso estoy acá. Voy a liderar al equipo en el quirófano y le voy a extraer el tumor, pero Mari insiste en que no se va a operar hasta que vea a Amelia. Quiere que regrese a Villarreal y que compartamos tiempo por si le pasa algo. Y también que conozca a sus niñas.

Los interrumpe el timbre del portón. Se oye un estruendo y Teresa, la empleada doméstica, sale por la puerta de vidrio hacia el jardín. Camina lerda, cargando una bandeja de plata con un mantelito bordado. Vuelve a sonar el timbre.

Teresa deja la bandeja y va a abrir la puerta con la velocidad de una tortuga coja.

—A Teresa se le notan los años.

—¿Y le viste el *look*? *Crazy hair, wild lips, all white?* Tiene pinta de enfermera de película porno.

Vuelve a sonar el timbre, Nanda acelera el paso y se le suelta la bata subiendo las escaleras rumbo a su cuarto.

—Tiene que ser Mari, siempre llega temprano. Dile a Teresa que nos haga un cafecito para que se nos corte el *buzz.* Tenemos mucho de qué hablar.

Cuando Tato se voltea bandeja en mano buscando la cocina, la personificación de una estatua de Fernando Botero se le acerca sonriente, con la gracia de un colibrí pesado. Es Mari, una diosa inflada y feliz, cargando, como si fuera el Niño Jesús recién nacido, una escultural torre de merengues y fresas con crema bañadas en leche condensada. Corren a abrazarse como niños.

El piso de arriba de la casa de Nanda es en su totalidad una sola habitación, impecable, blanca, perfectamente ordenada e iluminada, con pisos de madera clara. Nanda se viste frente al espejo, ignorando a su lado un clóset largo, como la pista de aterrizaje del aeropuerto de Beijing, adornado de pañuelos de colores colgados en ganchos.

Deja caer sobre sus *jeans* un camisón bordado en flores que le habría envidiado Frida Kahlo. Aprieta los ojos, se persigna y abre el cajón de la mesita de noche en busca de sus anteojos de leer.

Abajo, Teresa tira puertas y abre un clóset, resoplando. Mari sonríe como una diosa voluptuosa y Tato luce abochornado: están embadurnados en crema. A sus pies, como el desastre de un tsunami en una pastelería, se extiende la caída torre de merengues y fresas.

—Doña Teresa, présteme la trapeadora, usted es un ángel, solo le faltan las alitas. Le prometo que vamos a limpiar todo muy…

—*¡Ño! ¡Jueya ye aquí! Nño limpio!*

—Les traduzco: Fuera de aquí, yo limpio. —Nanda se come a besos a Mari y le soba la cabeza—. Así que todos para afuera, para la piscina. Nademos en ropa interior, como cuando teníamos seis años.

Se empieza a quitar los *jeans* y Tato y Mari la siguen.

—Encontré entre los papeles de mi papá el teléfono de Amelia. Él siempre estuvo pendiente de ella. Mari, te juro que la voy a traer de vuelta. No nos preocupemos por tu tumorcito. Tato te lo va a sacar y todo va a salir bien.

Mari alza sus brazos regordetes.

—¡Sí, celebremos! Y ordenemos *pizza* de *pepperoni* con piña, como en los viejos tiempos… Tengo hambre.

—Teresa, *pizzas* para todos y, por favor, Albeiro, traiga una de las bolsitas de orégano que tengo en el clóset con el frasquito especial.

Teresa oye cuatro chapuzones. Los tres han saltado al agua y el perro baboso, Boris Alberto, también se ha unido.

Nanda se embarra las pecas con protector solar, mojada hasta la cintura. Mari y Tato la escuchan sobre dos flotadores en forma de iguana.

—Mi plan es invitar a Amelia a un chat, aclarándole que somos solo nosotros, que es hora de reconectarnos, sin decirle nada del tumor ni de que venga a Villarreal.

—Mándale una foto de los tres en la piscina con Boris Alberto. No, mejor no: escojamos una foto linda de todos de niños para el perfil del chat, algo *sweet* que le toque el alma.

Tato flota pensativo.

—La mejor foto sería la de nuestro primer Halloween vestidos de personajes de *Star Wars*. Ame estaba obsesionada con esa película. Hasta nos escogió los disfraces. Yo la tengo.

—¿Ustedes recuerdan la razón que le dio Amelia al señor Recker cuando le preguntó por qué le gustaba tanto *Star Wars*? —pregunta Mari.

—Es una historia mejor que la Biblia para enseñarnos cómo vivir, ¡y con los mejores juguetes! —contestan los tres a los gritos.

—Esa foto de Halloween en 1977 es la más divina de nuestra infancia, aunque a ella ni se le ve la cara.

El jardinero más pequeño del mundo reaparece con la bolsa de marihuana y un *bong* gigantesco.

—Con permiso. Aquí tienen el orégano para la *picsa* y el frasco para ahumarla.

Nanda se acerca al borde.

—Mil gracias, Albeiro. Pida *pizza* también para usted, ¿oyó?

—Es que, perdón, doña Fernanda, le iba a decir que hay un inconveniente. ¿De qué sabores es que es que las quieren? El señor de la *picsería* no le entiende a Teresa y le tiró el teléfono. Dígame y les ordeno enseguida con mucho gusto.

Nanda grita a las carcajadas:

—Dos *pizzas*, una gigante de *pe-ppe-ro-ni* con pi-ña, y otra para usted y Teresa, con lo que quieran.

Mari nada hacia las escaleras de la piscina y, como una diosa inflada, sigue a Albeiro.

—Hey, mis amores, hay que escoger un buen nombre para el chat. ¿Qué les parece Parceritos del Patio o Patio Stars Wars, o Parceros VIP? Vayan pensando.

Nanda agarra el *bong*.

—Me gustan todos los nombres. Y como aquí no hay sino agua de piscina, tocará bautizar esto con guaro.

Como una experta llena el *bong* con aguardiente, le empaca marihuana en la punta redonda, la enciende y aspira el humo por el tubo.

—Tato, ¿cuál nombre te gusta a ti? Piensa uno que le fascine a Amelia.

—Podemos ponerle Sorecrap VIP. Es una especie de palíndromo que le encantará a Amelia. Sorecrap, leído al revés, dice Parceros. Sore significa dolor y crap, mierda. Nuestro chat es Mierda que Duele entre amigos. Y el VIP, obvio: siempre fuimos *very important people*.

Nanda flota hacia Tato, bastante *high* y borracha.

—Eres un genio. Esas son las cosas raras e inteligentes que llaman la atención a Amelia, seguro que lo va a entender. Con ese nombre y esa foto de *Star Wars*, es imposible que nos ignore cuando le llegue la invitación.

—Tocará en algún punto exagerar la condición de Mari para que Ame venga cuanto antes.

Nanda le acaricia la cara y va soltando humo hacia su boca.

—Tato, no conozco un mejor hombre que tú. ¡Lástima que seas gay!

—¡Yo no soy gay!

—Pues ese bóxer rosado en un solterón grita: «¡el parce es maricón!».

—Ana Fernanda, yo no soy homosexual. Si no tengo una mujer en mi vida, es porque… tú siempre has sido la única, mi gran amor.

Nada hacia ella.

—Mira cómo me tienes.

Dentro de sus bóxeres sumergidos, la amenaza un misil de tamaño importante.

Nanda suelta el *bong* y hunde una mano, lo abraza con la otra y empieza a besarlo hasta que Boris Alberto, celoso, ataca a Tato por la espalda. Tato y Nanda no se inmutan. Gozan sumergidos, pegados en un beso, zambulléndose profundamente hasta que van tocando fondo y llegando a ese lugar feliz donde no hace falta nada, ni siquiera respirar.

30

Tu destino es más grande que tu historia.
Quema el diario viejo y empieza el importante.

Abuela Babilla

AMELIA SALIÓ ARRASTRANDO LA MALETA entre los charcos, fumándose el último cigarrillo y aceptando con un dolor en el vientre que pisaba la tierra donde solo se sobrevivía rompiendo reglas. Estranguló la cajetilla vacía de Marlboro y la tiró al piso. Caminó hacia el estacionamiento. No, no iba a comer mierda, ni tampoco a llorar. Iba a tomar el control de su destino. Juró que no volvería a derramar ni una sola lágrima más sobre Villarreal. Su teléfono móvil había desaparecido y estaba tan sola como cuando se fue treinta y cinco años atrás. Se devolvió para rescatar la cajetilla de cigarrillos de un charco y la botó civilizadamente dentro de una caneca vieja, en la que una pareja de lagartijas follaba con un ritmo frenético.

Exhalando entre el humo, vio las palmeras dobladas por el vendaval. El aire olía a lluvia y a frituras callejeras. Un proyectil de metal gigante clavó su filo en el cocotero más grueso, como si quisiese decapitarlo: «Welcome to Villarreal». El letrero firmemente ensartado parecía reírse de ella, hasta que un torbellino se lo llevó entre las nubes negras.

Se recogió el cabello en un moño desordenado y bordeó un techo para buscar un taxi sin empaparse. Sacó de la maleta una chaqueta de cuero negra y se la puso. Desenrolló una pijama para rescatar una Glock 19 que cargó con seis cartuchos de municiones de cabeza hueca y se cambió las botas Prada por unas Fendi sin tacón que la cubrían hasta las rodillas. Justo al terminar, se le arrimó un taxista y

bajó la ventanilla. Era el vivo retrato de Alfonso, el chofer de Nanda, pero más menudo y menos intimidante. Una buena señal.

—¿A dónde la llevo? Por el huracán estamos cobrando doble.

—Al hotel que recomiende. Y le pago triple si me consigue cigarrillos.

Era un taxi amarillo Piolín, un Renault 4 modelo ochenta y pico que, curiosamente, lucía y olía nuevo.

—Le recomiendo el Hotel Las Vegas, que queda frente al Colegio Americano.

La miraba respetuoso, con los ojos de Alfonso por el espejo retrovisor.

—¿Conoce la ciudad? Podemos ir por la Autopista Central o por la Avenida de las Santas.

—Vamos por Las Santas. La última vez que pasé por ahí tenía diecisiete años. Y era feliz.

Un relámpago iluminó el taxi, seguido de un trueno que antes la habría puesto a temblar... solo que ya no era una niña.

El chofer encendió la radio para seguir las noticias del huracán, pero Amelia le pidió educadamente, recordando a Estílita, que escucharan mejor música bonita, algo lindo que le cantase al amor.

—Con gusto. Tengo un casete en *mix* con las mejores baladas románticas. ¿Conoce a Chayanne, el más buena gente de los Chicos? Ahora es solista.

Amelia pensó que era un chiste y le regaló la primera sonrisa de la tarde, pero no. Era un casete real, marcado gigante y cuidadosamente con la palabra «*VALADAS*». Empezó a sonar *Vuelve* y, arropada en su música, inició su regreso a una ciudad maldita y encharcada, donde todo lucía igual que cuando escapó despavorida.

31

Sé tan buena que a papá Dios
no le quede otra opción que apiadarse de ti.

Santa Zarigüeya

El Mapache la separó del cuerpo de Román y Amelia gritaba empapada en su sangre. Les ordenó a dos hombres que la arrastraran desnuda entre la yerba hacia una camioneta mientras arañaba la tierra.

Trató de embutirla dentro de la cajuela del auto, como si fuera una muñeca de trapo, pero Amelia lo arañaba bocarriba, con sus uñas carcomidas convertidas en garras; estaba dispuesta a todo. De un zarpazo, agarró un destornillador del baúl y casi le saca un ojo. Los dos cachazos que él le dio con el arma que mató a Román le avivaron los bríos para enfrentarlo y tratar de huir. Sus dos secuaces tuvieron que intervenir. Solo lograron amansarla a base de golpes.

Cuando Amelia por fin cayó rendida, El Mapache sangraba del párpado y tenía marcas de arañazos en la cara y brazos. Titubeó por un instante, apuntándole primero con el revólver en la cabeza y luego, por largos segundos más, humillándola entre los muslos, como la primera vez.

—No joda, loco, vámonos ya. La flaca casi te deja tuerto con ese aparato y tú dale que dale. Suelta ya esa vaina. —Se rio uno de los bandidos, observándola entre las sombras de la cajuela. Era gigantesco, imponente, como el Cristo Redentor de Río de Janeiro, solo que con acento caribe y flequillos pesados, como los de Verónica, la novia pelinegra de Archie.

—¿Tanto bololó por esa pichurria? Esa *tatacoa* no tiene casi culo ni tetas, ni *ná*. Ni siquiera pelo. *Ta* calva.

El matón bajito se limpió el agua de la nariz con la manga de la camisa. Con desparpajo oreó su afro, sobándose las greñas; recién se había hecho la permanente inspirado en el guitarrista Slash, pero lucía como Anita la Huerfanita.

—Jalémosle al respetico, hermano: cada chimbo tiene sus gustos.

Prendió una linterna, dándole un último vistazo a Amelia antes de cerrar la cajuela.

—Parce, el negro tiene razón. Esa ratica no vale la vida del Socio, ni la moto que le quemaron con el santo, ni tampoco las balas que le metió al novio.

El Mapache le apuntó a la cabeza y el maleante escondió sus dientotes. Era él quien tenía cara de rata.

—Salgan ya por la carretera vieja y escóndanla donde sabemos.

Miró el reloj y empezó a hablar aprisa.

—A finales de esta semana les mando otra camioneta. Que Doña Fabiola la cuide y le dé sancocho. La necesito viva.

Le dio un golpe a la puerta y ellos arrancaron nerviosos, como si El Mapache hubiera azuzado un caballo.

32

Nadie pierde todo: siempre queda algo
para extrañar, odiar y amar.

Paca Dorada

A AMELIA LA DESPERTÓ EL SOFOCO DEL MEDIODÍA y el sonido de las llantas sobre una carretera pedregosa. Las costras de su sangre y la de Román se empezaban a derretir sobre su cara y su cuerpo. El aire olía podrido y a salado, como la bahía de Playa Larga donde había nacido. No sabía cuántas horas había dormido en el baúl de aquel carro envuelta en su propio orín, pero podía ver por la rendija que era de día. La llanta de repuesto empolvada que le servía de almohada le tallaba la nuca.

Al fondo, escuchó a El Cristo y La Rata entonando *La piragua*. Era la misma canción que Estílita le susurraba de niña, cuando apenas caminaba y chupaba mangos de azúcar en su sillita de comer. Todas las tardes, después de los paseos por el parque, la niñera le mordía la punta a la fruta y se la daba entera para que la agarrara con sus manitas y la apachurraban juntas, hasta que salían gotas dulces de alegría. Estílita ponía la radio a todo volumen y bailaba abrazada a un trapo tan blanco como sus dientes. Con sus ojos entreabiertos, iba ondeando sus caderas y Amelia saciaba la sed chupando el almíbar del mango que rodaba por sus codos.

Tenía la boca seca, amarga, sin ánimos de gritar. La ira se le estaba evaporado y ya no sentía, ni existía... Era un vacío de nada. El vehículo se detuvo despertándole una esperanza: morir. Tal vez le esperaba el regalo de un balazo final que le permitiría descansar junto a Román. Pero no. Escuchó destapar el tanque de gasolina. Le

dio un débil puñetazo a la puerta. Luego, una patada con sus pies descalzos.

—Uyyy, la mercancía está vivita y pateando —gritó La Rata a El Cristo.

—Qué cagada, parce, nos perdimos *Quinceañera*. ¿Se imagina si en vez de esa flaca tuviéramos en el baúl a Maricruz?

La travesía continuó y se extendió a una eternidad. La oscuridad de la noche saludó a Amelia por las rendijas. Cerró los ojos con fuerza e imploró a Dios que la dejara morir.

33

Mientras más grande el monstruo,
más grande la heroína.

Ajolota Galáctica

El Cristo la cargaba envuelta en una asfixiante oscuridad, con la destreza de un ángel que ha llevado a mil bebés a una pila bautismal entre cantos gregorianos. Al fondo, se escuchaba lejana *La conga*, de Gloria Estefan y Miami Sound Machine.

Avanzaban por un vacío de noche pegajosa hacia la tenue luz de una casucha, enfrentando mosquitos con cuerpos tan grandes como uvas negras, que él iba soplando de su cara y se espantaban con su tufo a ron.

La Rata los esperaba en la puerta junto a doña Fabiola, una mujer con cara de bruja, un copete como el de Alf y aura de santa cansada y penitente. Su sonrisa era tan dulce que opacaba el brillo de un fusil que le colgaba en la cintura.

—Pobre pelada —susurró, tapándose la nariz—. Llévenla primero al patio, que ya conecté la manguera y hay jabón. Traigan alcohol y servilletas para curarla y fósforos para encender las velas. Es peligroso prender la luz. Se supone que aquí no hay nadie, así que hablen bajito.

En medio de la oscuridad, El Cristo dejó caer el cuerpo sobre el piso de cemento rugoso, pero limpio. Fabiola, manguera en mano, avivó el chorro como si fuera un bombero profesional y Amelia no pudo controlar sus instintos de abrir la boca y lamer como un perro el charco ensangrentado que se estaba formando frente a sus rodillas.

—¡Ay, marica, quedó peor que Rocky después de la pelea con el ruso! —dijo La Rata al iluminarle la cara.

—¡Cállese! —le ordenó Fabiola—. ¡Y apague esa puta linterna, que nos pillan!

Se desprendió del fusil y le pasó la mano por la cabeza a Amelia.

—Par de gonorreas, ¿cómo le dejaron la cara así? Búsquenle algo de comer y un vaso, para que tome como gente.

La Rata trató de encender una vela, pero las manos le temblaban tanto que dejó caer la caja de fósforos.

—Doña Fabiola, entienda que había retenes... y ella es muy violenta. No había manera de sacarla ni para darle agua. Vea cómo me dejó en dos segundos.

Se iluminó el cachete con la linterna y doña Fabiola se la quitó y, con ella, le dio dos totazos en la cabeza.

—Si se nos muere, nos dan plomo a los tres.

La oscuridad se fue apagando a la luz de seis velas, que le recordaron las de Román. Amelia adivinó que estaba en una casa en las afueras de Villarreal. Doña Fabiola la cubrió con una sábana blanca: ahora parecía una niñita disfrazada de muerta viviente.

Tenía la frente rajada y un chichón tamaño ciruela en el medio, producto de los cachazos de El Mapache. El puño que recibió de El Cristo se había convertido en un mapa morado que iba de la mejilla izquierda hasta la quijada, también tenía ambos labios reventados como guayabas pisoteadas. El golpe de La Rata le había inflamado el ojo derecho, al punto de que no lo podía abrir.

Doña Fabiola la bañó con parsimonia y luego le bautizó las heridas en alcohol, interrumpiendo sus oraciones para soplarla con su cara de bruja. Amelia hacía rato que se había divorciado del dolor físico y sonreía desgonzada, mal recostada contra un muro, como cuando Mari la puso a bailar en la teletón. Fumaba calmadamente un cigarrillo imaginario.

El Cristo, que parecía iluminado, se acercó solemne.

—Encontré estas salchichitas de Viena, ¿será que le gustan?

Amelia levantó el dedo del medio y lo escupió con fuerza.

—Métaselas por el culo.

Fabiola suspiró.

—Esta no nació para morir joven. Tiene aguante y *güevas*, bendito sea Dios.

Amelia la corrigió.

—Tengo vagina. Son más fuertes. Piense y verá.

El plan inicial era que Fabiola, como había hecho siempre con los demás secuestrados, escondiera a Amelia por una semana, para luego transportarla con El Cristo y La Rata a un cambuche en la selva. Le iría inyectando calmantes para llevarla medio dormida, bien vestida y muy perfumada con chorros de ron. Si los retenes militares los paraban, sería fácil convencerlos de que estaban recogiendo a una adolescente borracha de una fiesta; siempre funcionaba.

Sin embargo, lidiar con el operativo se le había convertido al Mapache en un dolor de cabeza, por tres motivos. El primero era que Amelia era la única joven secuestrada en ese momento en Santa Perpetua y ya había adquirido notoriedad de mártir. Su video bailando en el comercial de Pepsi años atrás circulaba en los noticieros bajo el titular «La niña *breakdancer* fue secuestrada la noche que cumplió dieciocho años». El recurso de cortarle el cabello y vestirla de varón para esconderla, como hacían con algunas mujeres secuestradas, era inútil. La foto en blanco y negro que se había tomado para el anuario del colegio con la cabeza afeitada, mirada de extraterrestre y pómulos y labios perfectos, había causado furor en los noticieros locales y en ese momento no había nadie que no la reconociera en toda la isla. Centenares de jóvenes se habían rapado la cabeza en solidaridad y exigían su liberación.

El segundo reto era que el padre de Nanda, el señor Recker, estaba ofreciendo una suma millonaria para encontrarla, de modo que las

carreteras se habían llenado de policías, militares locales y cazarrecompensas extranjeros.

Y el tercer factor que complicaba la situación era que El Mapache no había secuestrado a Amelia con fines económicos: simplemente estaba encaprichado con ella, algo que sus bandidos no sabían y que lo hacía más peligroso. Su obsesión era verla, hacerla suya, y luego decidir cómo salir del lío en el que se había metido. Por eso, la segunda noche agarró el teléfono y le dijo a Fabiola: «Pare oreja. Lo que vamos a hacer con ella nunca se ha hecho antes».

34

Hay infinitas realidades pasando a la vez.
Cada quien que escoja la suya.

Lady Armadilla

Siete noches después, Fabiola tomó a Amelia de la mano y la acompañó fuera de la casa como si fuera una niña que apenas aprendía a caminar. La esperaba un Cadillac color mostaza recién pintado, del mismo tono que el fango amarillento de la carretera bajo sus pies. Tenía el inmenso maletero abierto de par en par.

Amelia, vestida con una camiseta del Oso Cariñosito, el del arcoíris, una chaqueta dos tallas más grandes y pantalones deportivos que le quedaban cortos, se acomodó como una oveja asustada en la cajuela. Primero, boca abajo. Luego, boca arriba, como en un ataúd. Era un nido cabalmente ordenado con almohadas, cobijas, termos con agua de panela, una bolsa de sancocho de gallina, chocolates, agua, trapos y dos frascos de Emulsión de Scott.

Doña Fabiola les ordenó a El Cristo y La Rata que las dejaran solas.

—Guarde bien estas pastillas. Se las toma dos veces al día hasta que se le acaben. Beba mucho líquido y, sobre todo, no olvide la sopita y la emulsión. Estos dos días de carretera van a ser bien duros, porque ellos no van a parar. Si la camioneta empieza a frenar y usted nota que los agarró el Ejército, patee y grite con todas sus fuerzas. En todo caso, sepa que, si llegan a cogerlos, William les ha dado la orden de matarla.

«William», fue la primera vez que Amelia supo su nombre. Se le fueron las ganas de morir y nacieron unas nuevas de matarlo.

35

La que tiene magia no necesita trucos.
Las hembras todas somos brujas.

Abuela Babilla

En el playlist de valadas ahora sonaba *Tímido*, de Las Flans. Se la había dedicado a Román en secreto y pensaba en su sonrisa, no en sus ojos muertos. El viento golpeaba por ciclos y descansaba, agarraba bríos y regresaba con más furor: eran las contracciones de la madre naturaleza pariendo un robusto huracán. Ni siquiera el limpiabrisas del taxi a toda velocidad domaba los chorros del aguacero.

La Avenida las Santas tenía los mismos árboles y huecos encharcados de siempre, olía a reflujos de alcantarilla y basura. Tras la ventanilla, Villarreal se puso negra y un relámpago iluminó un semáforo torcido que Amelia reconoció. El chofer rompió su silencio.

—Se emberracó la lluvia, señora. Nos tenemos que desviar.

—Dele tranquilo. No tengo afán. Ni quería regresar.

Empezó *La maldita primavera* y Amelia se dispuso a cantar con la voz de Yuri bajo la tormenta, mientras cargaba en los muslos, como a un sobrino, el morral con el arma.

El vendaval se avivó. Ahora doblaba decenas de palmeras, cuyas hojas latigueaban el asfalto entre los truenos y relámpagos. El Renault 4 amarillo, como un guerrero fiel, subía por lomas, tomando atajos y esquivando ramas caídas, autos varados y, luego, troncos y raíces de árboles.

Después de navegar esforzadamente entre ríos empinados, hicieron dos izquierdas por callejuelas alternas y se desplazaron

loma abajo por la única calle iluminada. El taxi avanzaba lentamente entre un mar de flores amarillas.

Súbitamente, el viento dejó de rabiar y la lluvia se calmó. Amelia se estremeció cuando la rama de un guayacán inmenso cayó frente a ellos y les cortó el paso. Lo que vio a través del vidrio empañado le resultó instantáneamente familiar: estaban justo a la entrada de su casa en Patio Bonito.

36

La felicidad premium
viene con un acompañamiento de alas.

Ajolota Galáctica

—¡Está viva! —gritó La Rata frente a la cajuela abierta. Levantó los brazos como si hubiera anotado un gol. Amelia arremetió hacia fuera y cayó en el piso. Trató de estirar sus extremidades sintiéndolas cortas, como si fuera una tortuga gateando valientemente, hasta que los brazos y las piernas le fueron creciendo y se convirtió en un camello. No permitió que El Cristo la ayudara a levantar, ni que la tocara.

—Ajá, mira qué fuerte resultó esta pelaíta. ¿Cómo te sientes?

Se sentía tan a gusto de pie que quiso mirarlo a los ojos feliz, pero se contuvo. Jamás se había sentido tan libre.

—Necesito un baño.

Habían sido casi cincuenta horas ininterrumpidas de viaje que El Cristo y La Rata habían conquistado orinando en botellas, metiéndose rayas de coca y bajando la velocidad por pocos segundos para tomar el timón por turnos y llenar de gasolina el tanque con una manguera en un coordinado malabar.

—Tú, tranqui, cógelo suave. Aquí te van a dar de todo.

La expresión admirada de sus captores la siguió mientras caminaba hacia la única vivienda en una pequeña zona despoblada de vegetación. La casita se erguía mínima, pero orgullosa, como una estatua bonita entre un terreno invadido por nubarrones de monte.

La invitaban sus techos rojos, paredes azulito bebé y dos ventanas cuadradas de madera blanca con cortinas. Parecía una casita de cuentos dibujada por un niño de kínder, con la puerta rectangular

torcida y un solitario árbol de frutas a un costado. Había flores de colores brillantes y hojas de helechos limpios colgadas junto a la entrada. Estílita le había enseñado de niña que debía contemplar y tocar las flores cuando iba a una casa nueva. Era algo que hacía sin pensar. Una abuelita con un machete y botas de hule la recibió.

—Niño, límpiese las patas antes de entrar.

—No es varón, es niña —aclaró respetuoso La Rata, poniendo a sus pies un maletín grande y liviano.

La abuelita no tenía dientes, pero mascaba algo que escupió al instante.

—Adentro tengo las botas y lo demás. Solo ella puede entrar. Batman y Robin los llevan a coger el bus y ustedes se pierden.

Su machete era el más sucio del mundo, casi tanto como sus uñas y como la energía de los dos hombres que, a lo lejos, esperaban atentos sus órdenes.

—¡Váyanse ya! —Silbó metiéndose el dedo meñique en la arruga que era su boca y todo se puso en movimiento.

La Rata marchó hacia las motocicletas y los dos hombres al fondo agarraron sus cascos.

—Qué mala vibra tiene esa cucha. Ni una cervecita nos ofreció. Alguna de las dos va a terminar muerta a machetazos.

El Cristo miró hacia atrás.

—Loco, yo le apuesto a la viejita, ¿tú?

—Uy, yo a la pelada. Mil veces.

No alcanzó a decir más. El tableteo de una ametralladora rasgó el aire. Amelia no comprendió lo que acababa de suceder hasta que vio a Batman y Robin arrastrar los cadáveres de sus primeros secuestradores y meterlos en la cajuela del Cadillac. Antes de cerrar el baúl, rociaron con gasolina los dos cuerpos.

Como Esti regaba las flores.

Como Román bañaba en salsa picante los frijoles.

Como Nanda desparramaba colonia en su pecho.

Como Mari salpicaba en agua bendita su frente.

Como Tato le empapaba en mertiolate sus rodillas raspadas.

La abuelita empezó a dar órdenes, que sonaban como las porras de las *cheerleaders* en los campeonatos deportivos.

—Péguenle candela a todo. Así. Con ganas. Vamos. Muy bien muchachos.

La anciana se sobó el pecho y le habló a Amelia como quien comparte un secreto tierno.

—A usted no la vamos a quemar.

En segundos, las llamas devoraron todo.

—Usted es muy de buenas. No va a andar con los guerrilleros. El Patrón ordenó que solo Batman y Robin la lleven por el monte.

—¿En serio? ¿Batman y Robin? ¿No les puede cambiar el sobrenombre? —Amelia le preguntó con una curiosidad genuina y suplicante—. ¿Qué tal Tom y Jerry? ¿O Viruta y Capulina, que son de su época?

La abuelita la miró como midiéndola.

—Usted es bien rara. ¿O será tarada? Límpiese las patas para que entre y se bañe. Huele a muerto.

37

No es malo vivir en las nubes,
hasta que te toca bajar.

Abuela Babilla

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Amelia se enfrentó a su destino ante un tazón de café amargo, endulzado con agua de panela y un regalo especial de El Mapache, que la abuelita le entregó con bombos y platillos.

—Vea, usted es una tarada con suerte. Ninguna secuestrada del mundo ha estado tan bien preparada y elegante para caminar por la selva.

Entre morrales y termos se destacaba un uniforme militar nuevo. Viruta y Capulina lo sacaron de la bolsa, deslumbrados.

—¡Marica, es gringo! Lea la pegatina: «*Ma-de-in-the-USA*». ¿De dónde se lo habrá robado el William? —dijo el más regordete. Lo examinaba con una admiración algo envidiosa, sintiendo la calidad de la tela entre los dedos.

La abuelita le puso a Amelia el sombrero militar, resaltando que tenía una pita ajustable con colchoncito para la barbilla, y sonrió pelando la encía. Amelia la odió con la mirada. La anciana le respondió acariciando el machete y escupiendo a sus pies.

Viruta era el más delgado y menos bigotón de los dos. Tenía aires de elegancia y mansedumbre, que contrastaban con su condición de matón experto. Capulina, por el contrario, irradiaba una energía burda y explosiva que respetaba la narrativa cliché del homicida que había nacido para servir al mal. Era él quien había chorreado, con una fascinación sádica, los galones de gasolina sobre El Cristo y La Rata.

Amelia salió del baño vestida como un soldado profesional. Le quedaban grandes los pantalones camuflados en tonos verde oliva, marrón tierra y gris arena, al igual que la casaca de mangas largas. Desde el primer paso, le rozaron incómodamente entre las piernas, las axilas y la cintura. Las botas de combate le quedaban un poco ajustadas y sus dedos se rebelaban, buscando espacio entre las gruesas medias que entendió que no podía quitarse, ya que le protegerían los pies.

Capulina le colgó el morral a Amelia y Viruta se arrodilló frente a la anciana.

—Mamita, la bendición.

— ¡Qué Jesús los proteja del monte y sobre todo de ella! Me crispa el pellejo con sus ojos de animal… ¡negros como las maría mulatas rezadas que atraen maleficios y muertes! —dijo escupiendo y volviéndose a persignar.

Amelia empezó a caminar entre la espesura con Capulina, resoplando barbaridades detrás de ella. Iba armado con un rifle que intentaba clavarle en la espalda, pero ella aceleraba y lo dejaba atrás con facilidad. Viruta marchaba al frente, marcando la ruta y dándole todo tipo de instrucciones que no registraba en su mente. Era como si se llenaran de agua sus oídos y escuchara su voz en sueños.

Pachamama, la Madre Tierra, estaba humillando sin misericordia a Capulina con los filos cortantes de los helechos espadas, los golpetazos de las monsteras que con sus hojas partidas flagelaban sus costillas y con los anturios gigantes que entorpecían su paso, tumbándolo de rodillas. No obstante, a Amelia la estaban vigorizando. Mientras más caminaba, menos sentía los pies, muslos y espalda.

Durante las primeras diez horas de caminata, Capulina siempre fue el primero en flaquear y pedir respiros para tomar agua y hacer un alto. Amelia sonreía en secreto y Viruta lo esperaba con un falso

respeto cuando llegaba corto de aire, flagelado en las mejillas por las plantas, inventando excusas, abatido por la selva.

—Es que ir atrás es más difícil. Salimos a las seis y ya son las cuatro. Deberíamos montar ya las carpas y descansar.

Amelia lo miraba camuflada entre el sombrero, disfrutando de cómo se quitaba la gorra de los Yankees y sudaba a chorros entre mil picadas de mosquitos.

—No. Paramos del todo a las seis.

Viruta hablaba con la tranquilidad de un lord acostumbrado a dar órdenes. Sacó su cantimplora, lo que le hizo lucir más estilizado que nunca en su atuendo militar verde olivo, igual al de Capulina, pero limpio. Reposaba aristocráticamente, sobre una piedra, como un actor del Hollywood antiguo: la versión selvática de Robert Taylor en la película *Waterloo Bridge*. Tenía los pantalones aún bien planchados, el bigotito en orden y el rostro fresco. Capulina era un desastre embarrado: una bola de mugre con bigotes despeinados engullendo agua como un jabalí.

—¡Puta vida! Me duele todo. ¡Yo no nací *pa* esta mierda!

—Claro que puede. El Patrón nos escogió y toca responderle. Así que a marchar como un macho. Aprenda de la niña.

Viruta volvió a colgarse el morral y se ajustó bien la visera de su gorra de general del ejército.

—Muchacha, vas muy bien. Caminemos un par de horas más y descansaremos.

Continuaron ascendiendo por una colina que se volvía cada vez más empinada, transformándose en una pared natural cubierta de vegetación que escalaron aferrándose a las raíces de los árboles. Justo antes de llegar a la cima, Viruta y Amelia observaron cómo Capulina, quien avanzaba con dificultad unos metros atrás, perdía fuerzas y resbalaba, dando tumbos. Primero, lo detuvo un enredo de ramas retorcidas y luego las raíces de un imponente *angelim vermelho*.

Viruta miró a Amelia, riéndose de buena gana.

—No le pasó nada, ahí está respirando. Ya bajo por él. ¿Quiere un cigarrillo?

El Royal sudado le produjo a Amelia un alivio sagrado que invadió cada milímetro de su cuerpo. Se quitó el sombrero y descubrió a sus espaldas la vista de la naturaleza más hermosa de su vida.

Un cielo naranja, fucsia y violeta caía sobre un manto de árboles y arbustos de tonos verdes que jamás había conocido. Amelia admiraba desde arriba a la selva que respiraba, protegida por un caudal de nubes blancas porosas como encajes, y sintió ganas de llorar. Una cascada inmensa reventaba en un géiser, produciendo un halo de arcoíris. Quería compartir la magia de Pachamama con alguien que la amara, como Estílita. El cansancio, la belleza del lugar y el desconsuelo la hicieron alzar los brazos.

—Dan ganas de rezar, ¿cierto? Aproveche, que cuando bajemos, ya no volveremos a ver ni el Sol —dijo Viruta—. Todo se ve muy bien desde acá, pero allá abajo es otra historia.

38

Se vale llorar después de tomar
la decisión que te agradecerás mañana.

Mona Aulladora

A MEDIDA QUE EL SOL SE DESPEDÍA, el frío los golpeaba con más fuerza. Viruta armó una carpa y tendió a Amelia a su derecha para que durmiera lo más lejos posible de Capulina y su pésimo humor. El bandido había perdido su bolsa de dormir, sus cobijas y sus raciones de comida. Tenía hambre y no paraba de refunfuñar.

Amelia intuía que Capulina, rifle en mano, era una bomba de tiempo que debía desactivar y, en silencio, por estrategia, le extendió un par de latas de atún como ofrenda de paz. El jabalí furioso por fin se calló y le agradeció, un tanto conmovido, con una sonrisa. Tenía los dientes pequeños, gruesos y espaciados. Era un jabalí con encías de tiburón.

Viruta le arrebató las latas y se las entregó de vuelta a Amelia con un gesto caballeroso.

—No le puede recibir comida. Es mujer y está bien flaca.

—Se las quiero dar. A mí, el atún me da ronchas. *Güevonaditas* de oligarca —la frase de Nanda nunca solía fallar.

Viruta soltó una carcajada. Luego, Capulina muchas más y abrió una lata.

Amelia se acomodó satisfecha, con las botas bien puestas. Claro que iba a aguantar. Empezó a llover rabiosamente y Viruta le advirtió con su voz de locutor radial:

—Oligarca, en las noches caen aguaceros tan fuertes que, a veces, las costuras de la lona no aguantan. Rece para que este sea

mansito. Ah, y junte las manitos porque, de ahora en adelante, va a dormir amarrada. Son órdenes del Patrón.

Amelia obedeció, algo confundida, pero al sentir sus muñecas esposadas, no se pudo contener y empezó a llorar y forcejear. Pataleaba como una cucaracha boca arriba. Los dos hombres la observaban perplejos.

La lluvia reventó una sección de la carpa y le cayó un chorro de agua que le recordó las veces que Estílita la metía debajo de la regadera helada para calmar sus berrinches. Siempre funcionaba, pero no esta vez. Por el contrario, ahora sus gritos hacían eco, perturbando el sueño de las alimañas de la selva. Viruta tomó su bolsa de dormir y se refugió al otro lado de la carpa.

Capulina gateó hacia ella y alumbró con la linterna su cara de niña transfigurada, con la boca abierta retorcida en un puchero fantasmagórico. Tenía los ojos tan apretados como sus puños.

—Shhhh, ya, ya. No llore más. Después de todo lo que ha pasado, ¿va a chillar así porque la amarramos?

Amelia entreabrió los ojos y vio un pequeño bulto amarillo que colgaba del pantalón de Capulina.

—¿Qué? ¿Le gusta mi radiecito? ¿Quiere que le ponga música? Se lo puedo prestar, pero no hay señal. ¿Quiere ensayar?

A Amelia se le frenaron las lágrimas y espantó un mosquito con sus manos atadas.

—No, mejor le presto mi *wachiman*, pero perdí la mochila con los casetes. Solo tengo uno, de Metallica. ¿Le gusta el metal?

Le mostró un *walkman* idéntico al que le había regalado el señor Recker, y Amelia se conectó al instante a la inesperada felicidad del momento. Sonreía y se limpiaba los mocos con la manga húmeda de su casaca militar.

—¿*Master of Puppets* o *And Justice for All*? —preguntó en un inglés perfecto.

—¡Uy, resultó metalera la oligarca! —dijo Capulina y le chocó las manos esposadas.

Amelia recobró la paz arrullada por la voz de James Hetfield, quien a todo volumen iba dándole fuerzas para desconectarse. Su realidad se fue apagando lentamente... y ella también. Quería soñar con Estílita.

39

Llevo mi fe como una armadura.
Nunca me avergonzaré de lo que me protege y ampara.

Santa Zarigüeya

Estílita Mendoza Leyva nació vieja. Con los ojos redondos y hundidos. Y fue creciendo con la misma cara y el mismo cuerpo que cuando llegó a este mundo a la orilla de una playa, frente al único monasterio de las Islas de Indias. Fue un parto inesperado en una noche de eclipse de Luna cuando Eva, una muchacha negra y ligera, sintió un alboroto en su vientre de dieciocho años. Se fue a calmar los calores caminando las olas y, rodeada por la brisa, vio caer entre sus muslos una bolsa del color de la Luna de siempre.

Todo sucedió el 17 de noviembre de 1910, en un cayo de tierra fértil en forma de lengua donde, rodeado de palos de mangos de azúcar, se erigía un templo. Lo había construido la Iglesia Católica con la misión de propagar la palabra de su Dios en una isla de herejes traídos en cadenas de tierras africanas.

Era ahí donde el padre Jorge Calvo, de la orden de los franciscanos, lideraba su misión de salvar a niños y niñas como Eva, nacidos de poderosos linajes de santeros y practicantes de la religión yoruba. Los recluía en el monasterio para convertirlos al catolicismo y enseñarles el abecé del demonio bajo una cruz de madera.

El Miércoles de Ceniza de ese año, a orillas del templo, había aparecido una canoa con un indígena amazónico encadenado. El joven traía atada al cuello una carta del Vaticano con la encomienda al cura de que le realizara un exorcismo.

Esa misma noche, el muchacho con sus ojos de jaguar atrajo a Eva al rincón del cenote donde realizaba un rito prohibido. En una fogata

improvisada ardían su canoa y troncos de árboles. En silencio, la invitó a tomar *yagé*, un brebaje sagrado y amargo, que endulzó con la exquisitez de sus besos. Exploraron juntos otros mundos, hasta que desapareció mudo en la oscuridad del mar.

Nueve meses después, Eva huía presa del pánico, intentando alejarse de la esfera redonda y llena de vida que se había desprendido de su vientre y la perseguía. Era la Luna, flotando en armonía con su cuerpo sobre las olas. Estaba fusionada con su vientre por un grueso halo de luz. Aterrorizada al observar otra esfera rojiza reinando en el cielo, desgarró el cordón con los dientes y corrió como una gacela, impulsada por el pavor ancestral de su sangre.

El cuerpo menudo de Eva amaneció entre un manchón colorado que las olas saladas no se atrevieron a invadir. Al otro lado del cayo, el padre Calvo encontró una criatura mínima, de escasos dos kilos, bañada en sal, cubierta por chipichipis y protegida por algas. Se arrodilló y bendijo a la bebecita, que parecía extenderle los brazos. La criatura le agradeció con la mirada abierta, fija, profunda y él sintió en su pureza que todos sus pecados le habían sido perdonados. Ahí mismo la bautizó con el nombre de Estílita en honor a los monjes más solitarios y humildes, cuya vida transcurría entre la oración y la penitencia.

Esa misma tarde, el quejido de sus huesos y su respiración de fuelle viejo le recordaron que no viviría para celebrar la Misa de Gallo ese año y que debía encontrar un hogar a la niña. Estílita llegó ese mismo diciembre, la noche navideña en que murió el padre Calvo, al Convento de las Hermanitas Esclavas de la Caridad en Playa Larga, la capital pueblerina de las Islas de Indias.

Creció amparada en el amor de treinta madres vírgenes y analfabetas de diferentes razas. De ellas aprendió lo más importante que debía saber una niña negra, flacuchenta y huérfana en esos tiempos: limpiar, cocinar y rezar. Para su suerte, la madre superiora,

una vieja enjuta nacida en Sevilla, encontró a Estílita tan inteligente y vivaz que le enseñó a leer en secreto, con un acento español que luego perdió, para que le recitara la Biblia, ya que sus ojos viejos estaban perdiendo la visión.

Estílita se convirtió en adolescente acariciando plantas, fregando pisos, escuchando cánticos, despercudiendo ropa, leyendo cuentos sagrados, observando a las monjas flagelarse de rodillas y ayudándolas a cocinar platillos que vendían en la cafetería sacramental del pueblo. Todo lo hacía bien. Hechizada por el sabor del mejor arroz con coco y frituras de maíz que había probado en la vida, doña Viviana Quevedo de Galofre, una matriarca rezandera y glotona, negoció con las monjas una generosa donación y se llevó a la huerfanita más serena, obediente y de mejor sazón de la isla a su caserón para trabajar como sirvienta y cocinera.

Estílita tenía quince años y tan buena disposición para enfrentar su destino, que no lloró cuando se alejó de las treinta madres, quienes la despidieron con el corazón roto, dos mudas de ropa y un rosario de plata falsa.

40

Nunca estás sola en la naturaleza;
saluda, soba las planticas y verás.

Mariposa Monarca

Era la novena noche que EstÍlita la acompañaba en sus sueños. La mecía sobre sus piernas de abuela feliz cantándole *Drume Amelita*, su versión bailable de *Drume Negrita*, que para nada invitaba a dormir. La entonaba juguetona, con la voz suave y el aliento perfumado con chicles Adams. Sus manos iban abriendo y cerrando sus brazos de niña, al compás del mecedor que crujía sobre las flores de la loza de un balcón limpio e interminable. Amelia siguió la única arruga del uniforme almidonado y descubrió un botón transparente; luego otro, y otro más, hasta que junto a un ojal encontró su sonrisa de Sol. Buscó los ojos de Esti, pero la despertaron ruidos de tiros y chillidos que la hicieron correr fuera de la carpa.

Viruta había disparado su rifle contra una familia de monos aulladores que se ocultaban entre las ramas de los árboles. Una hembra herida, llevando consigo a su cría fallecida que aún permanecía aferrada a su pecho, cayó junto a él. La mona moribunda dirigió la mirada hacia Amelia con ojos que reflejaban humanidad, como si le suplicaran un poco de ternura antes de exhalar su último lamento.

—Feliz mañana, oligarca. Le conseguí un desayuno de campeones, porque usted necesita harta proteína.

Viruta desollaba la piel del animal, que aún fijaba sus ojos de madre protectora en ella. La despellejaba rápidamente con una navaja mínima. Entretanto, Capulina, dándose aires de chef, le

rociaba las boronas de un cubo de caldo Maggi a una olleta con agua.

—Venga y le desamarro las manos para que dé del cuerpo rapidito y nos ayude a rumbear la candela.

Amelia se agachó a orinar apoyada en el tronco de un cedro a pocos pasos de ellos, no solo porque ya había perdido todo pudor, sino porque temía menos a Capulina y a Viruta que a los jaguares de la selva. Había aprendido de los libros que le regalaba Estílita de niña no solo de las maravillas y poderes de los bosques, sino también de sus peligros... que los tenía más cerca que nunca. Por eso, estudiaba precavida el manto verde a sus pies, invadido por sus amigas las plantas, para asegurarse de que no apareciera una serpiente o una alimaña y la mordiera.

Acurrucada, notó que sus botas estaban manchadas de agua sangre en los cordones. No se las había quitado desde aquella mañana que salió de la casita de cuentos. Había pasado una eternidad desde que vio a la abuelita escupir por última vez a sus pies. Se subió el pantalón de una forma automatizada, como un robot, pero con una actitud suplicante miró hacia arriba buscando un pedacito de cielo con Sol entre el follaje... y no lo encontró.

Llevaba días sin hablar, alimentándose de arroz y de odio para obligar a su cuerpo a caminar, borrando de su existencia a los dos secuestradores, sumida en otra realidad.

—Oligarca, coma. Ya van nueve días de caminata y se nos acabó hasta el atún. Y en el campamento solo conseguimos otro bulto de arroz.

Capulina lucía más gordo que nunca, pero ella y Viruta se estaban extinguiendo. El hombre se le acercó y Amelia sacó fuerzas para escupirlo cuando trató de meterle a la fuerza trozos de carne hervida.

—Está debilucha hasta para escupir. Faltan tres días más y le apuesto que se va a saborear pensando en esta mona guisada.

Amelia se sació formando con los dedos sucios bolas de arroz blanco que engullía como una posesa. Sin mirarlos. Sin hablar. Viruta comía con una cuchara y con un trapo sobre las rodillas, como si fuera una elegante servilleta.

—Oligarca, preste el *wachiman*, que le conseguí pilas nuevas en el campamento. Así, vuelve a caminar con ánimos de metalera.

Amelia, sin mirarlo, se acomodó los audífonos y sonó a todo volumen *On*e de Metallica. Con algo de ilusión, se preparó para descubrir otra gama de aromas de la selva húmeda. La suave intrusión de la guitarra de Kirk Hammet la transportó a una claridad absoluta: flotaba entre los árboles boscosos por donde andaba y se podía ver, desde arriba, caminando entre la carne de una selva olvidada, sobreviviendo y arrastrándose como una alimaña más.

La magia de la percusión de Lars Ulrich se sumó a las pulsaciones de sus pies desbaratados y de cualquier asomo de piel dentro de las botas empapadas. Cada palabra, cada letra de *One* le avivó las punzadas de mil mosquitos sobre las llagas del antebrazo y del cuello. Cada nota fue despertando el fuego de sus rodillas peladas, el ardor de cada centímetro de su piel flagelado por ramas y rocas, y la angustia de ser remolcada hacia las profundidades del infierno por dos demonios.

Pachamama le daba fuerzas al presentarle las plantas y criaturas que marcaron su infancia, conocidas solo a través de los libros. Familias de colibríes revoloteaban a su alrededor, se sentía como Blancanieves. Observó a una pareja de alcatraces patiazules pescando peces voladores y bailando para ella, comprendiendo así por qué el explorador Charles Darwin quedó encantado con esta especie. Recorría las orillas de ríos turbios, saludada por victoria regias flotantes con flores de loto rosadas, acompañada por el trinar de innumerables aves e insectos. Mientras avanzaba, se transformaba en una niña exploradora, alentada por legiones de

delfines rosados, ranas de cristal que croaban a todo volumen y familias de ajolotes sonrientes que emergían del agua para animarla.

En la selva, sentía que sus manos florecían, como en el poema *El dulce milagro*, que le regaló Román. Murmuraba pensando en él: «Mis manos florecen, rosas, rosas, a mis dedos crecen. Román besóme las manos y, en ellas, ¡oh, gracia!, brotaron rosas como estrellas».

Al caer la tarde, sonreía entre el dolor físico cuando los troncos de itaubas, caricaris y mandriles la saludaban con venias. Eran viejos amigos que conocía de las láminas de fotos coleccionables en los chocolatines que su mamá le compraba. Pegaba las láminas en álbumes forrados con amor. Ahora, acariciando sus troncos, se sentía más cerca de ella y de Estílita. A pesar del dolor y la debilidad, renacía entre los verdes, más bendecida y menos quebrantada.

En la noche más oscura, alumbraron a sus pies legiones de hongos bioluminiscentes. Los acarició rezando para que le permitieran regresar a casa y ser feliz como antes. La imagen de Estílita llorando por ella y el remordimiento del tiempo perdido la atormentaban: quería pedirle perdón a su mamá y demostrarle su amor. Entonces, se le acercó una paca, la rata más grande de la selva, hermosa con sus doce kilos de piel dorada y manchas de luz blancas, como Bambi. La criatura la miró con bondad y se abrazaron. La llamó «Paca Dorada», compartieron arroz y juegos secretos, caricias infantiles y terminaron durmiendo juntas y ocultas.

La mañana siguiente, Capulina la sirvió hervida y Amelia, masticando a Paca Dorada entre lágrimas, juró que la honraría haciéndola protagonista de un cuento hermoso que escribiría cuando estuviera lejos de todo. Y prometió que todas las criaturas de su pesadilla selvática serían las heroínas de las películas que se iba inventar cuando saliera de ese infierno. Desgarró la carne sanguinolenta entre sus dientes, degustó con ganas su sabor

metálico y almizclado, y tragó. Permitió que los instintos del cuerpo tomaran las riendas de su supervivencia y devoró más.

41

Abrázate mucho que el tiempo vuela
y no puedes confiar en él.

Ajolota Galáctica

—Tenga veinte dólares. Regreso en un momento.

Amelia agarró su morral, abrió la puerta del taxi y, antes de que el conductor pudiera decir una palabra, corrió hacia el guayacán donde justo treinta y cinco años atrás había tenido todo y lo había perdido. Lo contempló con tristeza, lucía derrotado con sus ramas peladas y abatidas por la tormenta. No se atrevió a acariciar su tronco. No, no iba a llorar por Román. Sería fiel a su promesa de no derramar ni una lágrima más en Villarreal, ni siquiera por él.

De repente, la lluvia despertó con más furia. Gruesas gotas de plomo la golpearon, y la sacó del trance la explosión del motor del taxi, arrancando loma abajo.

—Hey, ¡espere... mi maleta!

Marchó golpeando los charcos que despedían pestilencias, pero ya era tarde. Se aguantó las lágrimas como una guerrera de las historias épicas que tanto le gustaban a Román. La tormenta se avivó con más ira y se abrazó a sí misma con dolor. Los relámpagos iluminaron lo que alguna vez fue la ventana de Nanda y un fuerte trueno le despertó la prisa de buscar refugio. Optó por cruzar la calle y regresar a su casa de infancia.

A la entrada, la esperaba El Cocodrilo, estacionado frente a las mismas palmeras de siempre y la puerta de siempre. Acarició la manija ensimismada y, por instinto, le dio un giro y empujó. Entró lentamente, como hipnotizada, y dejó caer el morral en la misma

esquina de siempre. Casi nada había cambiado. No entendía lo que estaba viendo.

Se desplazó casi flotando. En la sala la esperaba un hombre canoso vestido de blanco de pies a cabeza. La saludó sonriendo entre su palillo de dientes.

—*Fapi Verdeis*, princesa.

42

El camino más largo
es a tu propio ser.

Abuela Babilla

La tarde estaba helada y húmeda cuando Viruta, Capulina y Amelia finalmente llegaron a su destino. Se encontraron con un techado en medio de la selva, sostenido por tres paredes de piedra y adobe, frente a una rudimentaria hornilla de lata y cemento. El lugar estaba repleto de baldes plásticos, machetes, cadenas, ollas, silletas y dos hamacas mojadas y rotas en medio de una zona empapada. Había una segunda estructura, cuyo techo estaba coronado por un gran tanque rojo diseñado para recoger agua de lluvia. Junto a él, se encontraban cajas de madera forradas en plástico, que Capulina comenzó a desmontar a machetazos.

—Ahí, en esa pista, va a aterrizar el Patrón, pero no sabemos cuándo.

Viruta señalaba hacia un sendero de tierra mal encementada, a unos cien metros. Amelia se acercó. Por sus grietas crecían plantas rebeldes en medio de una zona semidespejada de vegetación. Notó que la inmensidad del follaje, con árboles tan altos como edificios de treinta pisos, escasamente dejaba entrar los rayos del Sol.

—Es un aterrizaje peligroso. Muy pocos pilotos se miden a esta maniobra y los que contratamos siempre están bien vigilados por los militares. El Patrón no se va a arriesgar con cualquiera. Toca esperar.

Viruta probó la llave del agua: funcionaba perfectamente; empezó a llenar los baldes.

—¿Qué tal las cajas?

Capulina examinaba.

—Casi todo está podrido. Los frijoles, la pasta, las lentejas... todo tiene gusanos. Vamos a ver si las latas aguantaron la humedad, dejaron poquitas, están oxidadas. Pero las cobijas se ven bien y hay mertiolate y alcohol para las picaduras.

Viruta seguía llenando baldes de agua.

—Cualquier día va a sobrevolar una avioneta que va a tirarnos comida, medicinas, ropa y noticias del Patrón. A veces, ni se oye cuando planean por los aullidos de las bestias y los insectos, así que hay que estar pendientes.

Amelia no entendía cómo podría El Mapache aterrizar en esa caricatura de aeropuerto. Fantaseó con imágenes de explosiones en la pista y con El Mapache sufriendo, con el culo en llamas, huyendo de una avioneta de juguete hecha pedazos. La interrumpió el chiflido de Viruta.

—Oligarca, venga *pa* acá. Se tiene que bañar, cambiar y tomarse la primera dosis de remedios.

Le había preparado un *spa*: una silla de plástico grisácea manchada por las hojas, rodeada de baldes de agua, ripios de gaza, una bolsa de algodones, frascos de mertiolate y de alcohol.

Cuando Viruta le quitó las medias, Amelia no reconoció sus pies y se desmayó. Le echaron baldes de agua para despegar hasta la última uña de la carne. Los pellejos de las llagas se le fueron desprendiendo unidos en un solo trozo, de los talones a los tobillos, como una serpiente mudando la piel.

Capulina frunció el ceño.

—¿Qué hacemos?

Viruta lo miró exasperado.

—Pues rezar para que no se infecte. Las botas le quedaban apretadas. Toca hacerle un curetaje, pero no va a poder caminar en días ni, tal vez, en semanas.

Le castigaron las heridas con chorros de mertiolate que restregaban con fuerza y le sumergieron los pies en agua fresca y

alcohol. Viruta sacó la navaja y le rasgó la ropa y, con la misma precisión que había desollado a la mona, fue pelando el uniforme militar de la poca carne de aquel cuerpo de niña de escasos cuarenta kilos. Estaba adherido a las secreciones secas y vivas de miles de picaduras de mosquitos inflamadas, de raspones profundos y heridas supurantes.

—De milagro no está muerta. Pobrecita.

Capulina se estaba poniendo sentimental y Viruta le dio una palmada en la cabeza.

—No sea pendejo. Agradezca que hayamos llegado vivos. Hay que vendarla del cuello hasta los pies, como una momia. Y mantenerla drogada para que duerma, pero no tanto... para que podamos darle de comer.

Entre los dos le cepillaron las llagas, le echaron ungüentos y la vendaron, como a un ángel caído en una silla de plástico. Amelia era un esqueleto mínimo con los brazos extendidos como Cristo, solo que parecía no estar sufriendo, ya que sonreía dulcemente, quizás habitando algún lugar de los sueños.

43

A pesar de la incertidumbre, las heroínas
abrazan la ilusión de un nuevo comienzo.

Delfina Rosa

ESTÍLITA PISÓ EL LUJOSO CASERÓN de los Galofre-Quevedo y peló los dientes como una quinceañera deslumbrada. Se convirtió en la sirvienta uniformada más joven de la familia más rica, religiosa y fértil de la isla. Doña Viviana, a sus treinta y pico años, ya había parido catorce varones, todos seguían vivos. Los últimos seis eran dos pares de trillizos. Abrumada con su prole, hizo votos de castidad para no procrear más y liberó a su marido de cualquier compromiso, dándole libertad para revolcarse con cuanta mujer conociera dentro y fuera de la isla. Con el tiempo, el señor dejó de visitar a su esposa y a los muchachos que Estílita ayudó a criar trabajando de sol a sol. En las noches, cuando las demás criadas, cocineras y niñeras roncaban, Estílita devoraba los libros de la biblioteca del padre ausente, y aprendió de ciencias, medicina, países, aventuras y romances que no aparecen en la Biblia.

El don por fin regresó veinte años después a su hogar en Playa Larga, cuando ya todos los hijos se habían marchado y en el caserón solitario solo quedaban Estílita y tres criadas más. Doña Viviana recibió al hombre sonriente en la puerta, como si el tiempo no hubiera pasado y, con el fuego uterino de cincuentona avivado, se revolcó con él y... volvió a quedar embarazada. De ese reencuentro nació Carlos Galofre Quevedo, el papá de Amelia, a quien Estílita crio como a un hijo, mientras sus padres viajaban por el mundo en barco disfrutando de una segunda e inesperada luna de miel.

La mudaron del galpón caliente y mal ventilado de las sirvientas a la residencia principal con aire acondicionado. Le asignaron una cama de ricos con colchón, a la que le costó acostumbrarse después de haber dormido toda la vida en hamacas. También, un radio nuevecito, una lámpara con focos y un mecedor cómodo dentro de una habitación con ventanales iluminados que mostraban el mar. Le prohibieron volver a cocinar, limpiar, lavar, planchar y hacer oficios. Su única responsabilidad en la vida sería criar a Carlos como a un príncipe y, cuando pusieron junto su lecho el moisés blanco con ese bebé tan perfecto e inesperado, Estílita se convirtió en la mujer más feliz del mundo.

Carlos era de risa fácil, de positivismo contagioso, de abrazos eternos. Se graduó temprano del bachillerato alegrando la existencia de Estílita y dependiendo de ella hasta para que le cepillara los dientes. Por ello, cuando viajó a los diecisiete años a estudiar medicina en la ciudad de Villarreal, capital de la Isla Santa Perpetua, se la llevó con él. No podían vivir el uno sin el otro.

En la Universidad Cristóbal Colón, Carlos conoció a Carmenza Dunn, una rubia opulenta, con ojos esmeralda y pechos generosos, que vendía café y pastelitos en la cafetería comunal. Carmenza tenía un atractivo reptiliano que Carlos encontraba exótico y que a Estílita le erizaba la piel. Él estaba acostumbrado al cariño de novias risueñas, de belleza dulce y alegre, con la disposición de ositas pandas. Carmenza era lo opuesto: vibraba en sus sentimientos como un dragón. Estílita notaba que sus ojos verdes eran incapaces de transmitir felicidad y que tenía un corazón sin disposición para ternuras fáciles.

La noche en la que Carlos por fin la llevó a casa para presentarle a Estílita y oficializar el noviazgo, Carmenza no escondió su desprecio por ella en el trato, ignorándola y hablándole poco, como si fuera menos, pero ya era demasiado tarde. Aunque Estílita era virgen de cuerpo, sabía mucho de la vida gracias a los libros y a su intuición.

No necesitaba ser adivina para notar que Carmenza estaba irremediablemente enamorada y que Carlos estaba irremediablemente encoñado, ambos fundamentos respetables para apostarle a una relación. Sintió que no conocía al hijo que había criado y supo que no existían hechizos para alejar a una mujer de útero goloso de un hombre gozador de la vida. Aceptó que la vida con Carmenza ya era parte de su destino y que se la tendría que aguantar en silencio por el bien común.

La pasión que Carlos descubrió junto a Carmenza, primero en la pista de baile danzando salsa y merengue, y luego en la cama, sudando a chorros, lo consumía al punto de que jamás notó su talante humillante con Estílita. Carmenza quería ser todo para él, por lo que la complicidad de su hombre con Estílita la amargaba. Nunca la trató como a una suegra, sino como a la única rival en las batallas por los afectos de su corazón.

Ambas decidieron ignorar en secreto el odio denigrante que Estílita le despertaba, porque estaban unidas en su devoción por verlo alegre; convivían entre guerras a sus espaldas y ceses al fuego en su presencia para que siguiera estudiando en paz y se convirtiera en un doctor exitoso.

Seis años más tarde, ya graduado como especialista en pediatría, Carlos se casó con Carmenza y, sin darse cuenta, convirtió a Estílita en la sirvienta asustadiza de su nueva señora, quien insistía en sonarle campanas y ponerle uniformes con cuellos incómodos. Regresaron al pueblo de Playa Larga en familia: Carmenza con mala cara, porque habría preferido una vida en París o Nueva York; Estílita con el corazón partido, porque sentía que sobraba, y Carlos estaba feliz, porque por fin iba a montar un consultorio médico en su tierra de gente alegre.

44

Los humanos no saben que
son animales salvajes domesticados.

Lady Armadilla

AMELIA RECOBRÓ LA CONCIENCIA dos semanas después. Todavía confusa, oía los chistes groseros de los dos demonios que jugaban cartas al fondo, frente al asador. Ya no estaba vendada como una momia, sino semidesnuda, cubierta por una pesada cobija de lana sobre una colchoneta.

—¿Sabe usted cuál es la cosa más inteligente que ha salido de la boca de una mujer?

Viruta fumaba y tomaba cerveza en lata.

—Ni idea, *güevón*. ¿Qué?

—La cosa más inteligente que ha salido de la boca de una mujer es... ¡la verga de Einstein!

Capulina se lucía como un cómico profesional y Viruta era su mejor público, riendo y aplaudiendo con admiración.

—¿Y de qué color le compra los calzones un sordomudo a su novia?

—No sé. ¿De qué color?

—¡Pues transparentes, para poderle leer los labios!

Entre carcajadas, Viruta destapó otra cerveza y Capulina con aires de gourmet empezó a servirle a Amelia un guiso de sopa en un frasco.

—Ya va siendo hora de darle caldo de babilla a la oligarca. Le tengo otro chiste, a ver: ¿dónde tienen el pelo más rizado las mujeres?

—Facilito, ¡en la panocha!

—No, ¡en el África! Oiga, ¿cómo será la panocha de una negra? Nunca me ha tocado una.

Esta vez, Capulina no se rio.

—Por mandar a matar a la negra, se nos alborotó el avispero. El Patrón, con su vaina religiosa y el cuento de que la sirvienta de la oligarca nos hacía brujerías, jodió todo. Los muchachos le dieron bala hasta a los perros del barrio y ahora quién sabe cuándo pueda venir. Un vecino alemán está ofreciendo un millón de dólares por su cabeza.

Amelia sintió una punzada en el alma. Capulina se le acercó con su sonrisa de tiburón y ella cerró los ojos.

—A ver, abra la boquita, así, ¿cómo es que es?, porfis-porfis, muy bien.

Amelia tragó la cucharada de sopa amarga, abrió los ojos y se le abalanzó a Capulina, gateando como una pantera torpe, pero algo la detuvo. Tenía una gruesa cadena atada al cuello.

Se puso de pie para desprenderse, pero se desplomó. Le faltaba el aire y crujía el metal que le aprisionaba la nunca contra la garganta. Y, como una fiera enjaulada, rugió. No había otra forma de describir el sonido.

Capulina huyó espantado, pero Viruta se acercó. Se detuvo a milímetros de ella, sofisticado, entretenido, examinándola como a un animal exótico, mientras ella le gruñía desafiante y trataba de arrancarse la cadena.

—Son órdenes del Patrón, pórtese bien.

Después de la comida, la confinaron en una jaula, donde escasamente podía acostarse con las piernas estiradas. Era una pocilga empantanada de dos metros por dos, rodeada por una malla reforzada con alambres de púas y barras de metal. Desde su prisión, Amelia podía divisar la torre con el tanque de agua que no dejaba de gotear, generando un sonido insoportable que amenazaba con enloquecerla.

Esa noche la encontraron serruchándose las muñecas contra los alambres de la jaula. Cuando la encañonaron, ordenándole que se calmara, Amelia los retó para que le dispararan y entendieron que ya no les tenía miedo a los rifles ni a la muerte. Después de esquivar sus mordiscos, lograron inyectarle tranquilizantes, atarle las manos y vendarle las heridas.

Horas después intentó ahorcarse, dando vueltas para enredarse en la cadena que tenía atada al cuello. Viruta la recortó, dejando aún más restringido su rango de movimiento. Más tarde, la escucharon gritar ensangrentada, dándose golpes contra los barrotes: Capulina la agarró por las mechas de medusa que le estaba creciendo y la privó de un golpe para inyectarle somníferos. La ataron también por los pies, clavando una estaca al centro de la jaula.

Amelia soportó casi diez semanas inmovilizada contra la tierra, gimiendo, viviendo a medias entre este mundo y el otro, drogada en un rincón remoto de la selva empantanada. Capulina la domesticaba cada vez con menos paciencia, arrastrándola fuera de la jaula como a un perro para administrarle somníferos, darle caldos de animales y limpiar su pestilencia de criatura salvaje con cubos de agua helada y detergente en polvo Fab. Solo lucía cuasi humana cuando soñaba con el dedo pulgar en la boca... hasta que una mañana la jungla se despertó rugiendo en medio del aire hirviente.

45

La misión sagrada de la madre
es dotar de alas y raíces fuertes a su angelito.

Santa Zarigüeya

CARMENZA SE AGRIABA MES TRAS MES con la vida de pueblo. Sus humillaciones y malos tratos con Estílita escalaban cuando Carlos trabajaba hasta tarde. Por eso, la noche que cumplió cincuenta y ocho años, Estílita decidió regresar al Convento de las Hermanitas Esclavas de la Caridad para vivir en paz, cocinando y rezando entre amigas con buena energía. Pero el destino tenía otros planes para ella. Justo cuando empacaba sus motetes, Carlos le dijo:

—Viejita linda, vas a ser abuela.

El nacimiento de Amelia sanó el corazón de Estílita y, desde el momento que la cargó, supo que esa bebé de piel canela, que para nada lucía ni vibraba como su madre, sería una niña mágica con un futuro incierto. Para Carmenza, por el contrario, ser madre se convirtió en una tortura. Lamentaba su mala suerte quejándose con sus amigas en el teléfono de la cocina frente una botella de ron y botando humo como una chimenea.

—De muñequita no tiene un carajo: ni siquiera deja que le ponga moños, ni los aretitos de perlas, porque todo le molesta. Es bien extraña. Tienes que oírla cómo grita cuando se pone malcriada. Solo la negra o el papá la pueden calmar.

Amelia era una bebé seria. Por naturaleza, mucho más sensible, distraída e independiente que sus tíos, los catorce varones que Estílita ayudó a criar. No se comportaba como las demás niñas en el kínder, en la iglesia o en las fiestas de cumpleaños; de hecho,

cuando se perdía en sus pensamientos, con aires contemplativos, Estílita intuía que viajaba a otras dimensiones.

Notaba que la bebé atraía mariposas cuando la paseaba en su cochecito por el malecón y que levitaba un centímetro en sus pañales cuando observaban la caída de Sol frente al mar y la brisa llegaba solo para refrescarla a ella, a su Amelia. Y por las noches, cuando la bañaba, Estílita sentía un vínculo espiritual con algo sagrado, porque Amelia sonreía mirando al vacío, como si saludara almas y jugara con hadas.

Para Carmenza, Amelia era una niña desconectada y extraña. Para Esti, era la conexión a lo más familiar y entrañable del más allá que llevaba dormido en la sangre. Sentía que su propósito era amarla y dotarla de lecciones espirituales, porque temía que enfrentaría grandes sufrimientos en la vida.

A los dos años y medio, Amelia aún no había dicho ni una sola palabra, pero se fijaba en las letras mientras Estílita le leía cuentos y la escuchaba concentraba. Luego, le pedía con la mirada que leyera la misma frase una y otra vez. Sus primeras palabras las dijo en un almuerzo familiar frente a una revista *Vanidades*:

—Enesta e dici onde lasma dresu naex clusiba ma riafelix ysui joel ac toren riqueal varez modapa ralasma dresde… eee… dresde…

Estílita la interrumpió.

—Dice: «Pa-ra las ma-dres de veinte a sesenta años». Te tengo que enseñar los números, Ame. ¡Pero ya te sabes las letras! ¡Y cómo hablas de lindo!

En realidad, Amelia hablaba muy poco, pero leía absolutamente todo en voz alta, llenando de orgullo a sus padres. Sin embargo, la alegría más abrumadora invadió la casa de los Galofre el día en que la niña descubrió la música a los cuatro años. Antes, no prestaba atención a lo que sonaba en el radio de Estílita, hasta que una tarde empezó a vibrar la voz de Celia Cruz en *El Yerberito Moderno*. La

niña cerraba los ojos, moviéndose rítmicamente y transportándose a un estado de goce que parecía sobrenatural.

Carlos le regalaba todo tipo de instrumentos musicales: maracas africanas, tambores profesionales, pitos de plástico, pianos de juguete, xilófonos de lata... y la exponía a todos los géneros musicales para verla bailotear.

Disfrutar a Amelia gozando de la música se convirtió en un rito sagrado en la casa de los Galofre. El padre comenzó a llegar más temprano del consultorio, mucho antes de que cayera la noche, y entraba disparado en alborotos y alegrías. Antes de saludar, aflojarse la corbata y cenar, encendía el tocadiscos y bailaba con su niña feliz. La paraba sobre sus zapatos y juntos se meneaban al son del chachachá, la rumba, los porros, la salsa, la cumbia, el mambo y otras danzas inventadas, sin nombre. Pasaba los fines de semana encerrado con ella, bailando y trepándose en los árboles, enseñándole sobre las plantas y los pájaros. El colibrí era su favorito.

Una tarde, el doctor Galofre sintió un desgano con un cansancio tan debilitante que no pudo bailar, así que prefirió dormir. Ocho meses después, murió de leucemia en el sofá de su casa en Playa Larga. Cerró los ojos admirado de cómo Amelia le bailaba *Locomotion* entre risas. En su inocencia de niña de cinco años, lo vio irse y siguió meneándose sin interrumpir la felicidad, pensando que dormía. Carmenza y Estílita esperaron a que terminara la canción. Las unía la promesa que le habían hecho al hombre que más amaron.

—Jamás olviden que Amelita es autista y necesita conexiones con el mundo. Búsquenle amigos, nunca la encierren, críenla con paciencia, con amor y con mucha música.

La joven viuda lloró sin bañarse, sin maquillarse, sin fumar y sin hablar por tres meses. Su pena era tan intensa que Estílita temió que realmente pudiera morir de amor.

Una mañana soleada, Amelia la despertó.

—Hoy me gradúo del kínder. Las mamás y papás tienen que ir. Papi no puede. Tú sí.

Carmenza se disparó como un buscapiés rumbo al tocador. Se emperifolló de pies a cabeza: se acicaló la melena triste, se pintó los labios de rojo, los ojos verdes de azul, se perfumó, prendió un cigarrillo y rumbo a la escuela le anunció a Estílita y Amelia que odiaba Islas de Indias por robarle a su amor y que se mudaban de vuelta a Villarreal. Prometió que iban a empezar una nueva vida en una casa blanca de balcones, con dos palmeras a la entrada y, al frente, el árbol de guayacán con las flores amarillas más alegres del mundo y muchos niños divertidos.

46

Que no te amarguen los limones de la vida.
Invítalos a bajar tequilas.

Cucaracha Slut

UNA AVIONETA SOBREVOLÓ EL CAMBUCHE, agitando el aire caliente, y los gritos de alegría de Viruta y Capulina se impusieron sobre los aullidos de las bestias de la jungla. Minutos después, la sombra de un hombre se proyectó sobre su jaula.

—¿Y cómo está la princesa?

Amelia lo observó con curiosidad. El Mapache la miraba con una intensidad indescriptible. Reconoció el lunar blanco en su pelo, la punta de su diente sonriente, entre un palillo. Detalló por primera vez la curva de sus párpados saltones, que protegían sus ojos negros. Descubrió la cicatriz que ella misma le había infligido con un destornillador y no experimentó ninguna emoción, ni siquiera odio, y mucho menos miedo. Estaba muerta en vida, pero un aroma la revivió en segundos.

El Mapache acababa de encender un cigarrillo y se lo ofreció a través de las rendijas de la jaula. Se agachó para acercarse a ella, dejando ver bajo su chaqueta un grueso chaleco blindado y un arma colgada en un cinto negro, tal vez la misma con que disparó a Román.

Amelia le arrebató el cigarrillo y empezó a fumar. Una obsesión comenzó a devorarla. Debía luchar para vengarse del monstruo que tenía al frente, como lo habría hecho Román: con fuerza y sin clemencia. Tenía que matar al hombre que le había robado su futuro con él, con Estílita y con su mamá.

—Fume mansita. Sea dulce y, por favor, no haga locuras.

El Mapache abrió el candado de la jaula.

—Le prometo que no la volvemos a encerrar. Le traje dos cartones de Marlboro, ropa nueva y champucito. ¿Qué quiere almorzar?

—*Pizza* hawaiana con *pepperoni* —dijo Amelia ronca, llevándose el cigarrillo a la boca con las manos atadas.

Tras una pausa incómoda, El Mapache soltó una carcajada.

—Le prometo que algún día comemos *picza* de esas junticos. ¿Con piña es? No le traje, pero hay hartos frijoles.

El Mapache caminó hacia la casucha, mientras Viruta y Capulina lo miraban orgullosos.

—Báñenla bien.

Habían hecho un excelente trabajo manteniendo viva a una mercancía que valía millones de dólares si jugaban las cartas bien con el señor Recker.

Amelia aún no había estirado los huesos, ni acabado de fumarse el cigarrillo cuando una brisa fresca la tiró al piso y le tapó la boca mirándola a los ojos.

—Soy el comandante Javier Guillermo Pérez-Trujillo, de las Fuerzas Especiales del Ejército Nacional. No se mueva. La vinimos a liberar.

Viruta y Capulina yacían a pocos metros boca abajo, cada uno con una ametralladora apuntándoles a la cabeza.

Amelia trató de ponerse de pie y gritó:

—¡Que no se escapen los otros dos! ¡El Mapache y su piloto!

—Tranquila, yo piloteé la avioneta. Solo nos falta William Jiménez, el cabecilla del grupo. Todo va a estar bien.

El comandante Pérez-Trujillo, una torre de dos metros de altura, la dominaba con su mano inmensa, tan ancha que abarcaba sus dos hombros. Iba ejerciendo una amable presión sobre ella para mantenerla en el piso.

Amelia se sentía en un sueño.

Capulina levantaba la cabeza como una icotea vieja, patética. Viruta permanecía con la cara enterrada en el pantano, en silencio,

asumiendo su destino con garbo. Ya solo un hombre los custodiaba, los demás buscaban al Mapache.

El paramédico Valaguer bajó el rifle y le midió la presión.

—¿Le duele algo? *Ok*. ¿Sabe en qué año estamos? Muy bien. ¿Cuál es su fecha de nacimiento? Muy bien. Ahora, siga mi dedo. Por favor, siga el movimiento de mi dedo.

Amelia notó el zarandeo de un colibrí sobre la torre donde reposaba el tanque de agua rojo. Y aguantó la respiración. Por primera vez en meses, el grifo ya no goteaba. Instintivamente, supo que El Mapache estaba escondido ahí y, sin pensarlo, agarró el rifle de Valaguer, apuntó como había aprendido de niña en la finca de Nanda y disparó dos veces. Fueron dos descargas secas y precisas.

El Mapache cayó de espaldas, sobre la jaula, herido, pero le alcanzó a devolver una ráfaga de tiros en cuestión de segundos. El primero le dio en el pecho a Amelia; los demás ya no contaban. Un soldado la tiró junto a un charco tibio de sangre y rezó.

Minutos después, flotaba sobre la verdura de la selva, alejándose del pantano. Su voz se ahogaba entre los ruidos del rotor de un helicóptero de combate y de la cámara de combustión que sentía que estallaba, como si aún El Mapache le estuviera disparando. Valaguer le acomodaba la máscara de oxígeno y la aguja del suero. Otro soldado le presionaban el pecho herido y la miraba con cariño. No sentía las piernas, ni el cuerpo, solo un dolor agudo en el corazón. Quería por fin morirse. Partir al otro mundo. En este ya no tenía nada. Cerró los ojos.

47

Lo miró desde arriba como el sol incondicional,
en la tarde se escondería para amanecer con un machete.

Crystal Frog Girl

CUANDO ABRIÓ LOS OJOS MAREADA, El Mapache estaba viendo televisión y comiendo *pizza* en el nuevo sofá de su casa. Quien los hubiera espiado a través del ventanal juraría que eran un matrimonio más, armoniosamente refugiado de los inclementes huracanes caribeños. Sentía la misma somnolencia pesada que cuando le inyectaban sedantes en la selva, pero ya no era una niña, sino una mujer fuerte, sazonada por sus desgracias. Le sorprendió sentirse liberada del terror que durante tantos años él le despertaba solo con recordarlo.

No la había amarrado, ni tampoco la vigilaba. La había cubierto con una manta gris de cruces de colores tristes. Veía *La carabina de Ambrosio* entre el rugido de la tormenta que sacudía el mundo. Era la misma sala donde Amelia creció, salvo que ahora estaba decorada con muebles de cuero blanco y artefactos de peluche negros y rosa flamenco.

Se estiró para alcanzar una Coca-Cola y, de paso, admirarla; ella cerró los ojos. Sintió cómo le acarició los pies sin botas y sin medias con la botella helada. Escuchó, entre sus párpados herméticos, que empezaba otro episodio de *La carabina de Ambrosio*; seguramente era una maratón de *re-runs* del programa de TV favorito de Nanda.

La música de entrada al *show* la transportó a momentos entrañables. Todos se paraban frente a la pantalla a bailar junto a las curvas de una hembra descomunal, Olga Breeskin. Remedaban sus pasos sexis, dando puños al vacío sobre una nube. Pero lo conoció a él y se esfumó, se convirtió en lo opuesto a Olga Breeskin:

una flaca insignificante, sin melena, sin ganas de bailar, ni de vivir. Ahora estaba junto al hombre que, cuando apenas empezaba a sentirse mujer, la había esfumado de esa existencia feliz y le robó todo.

La devolvió a la realidad el frío de un nudo comprimiéndose justo en la mitad de su columna. Se alarmó pensando que él la tocaba y abrió los ojos... pero no: era el abullonado sofá el que le estaba castigando la espalda, malacostumbrada a la comodidad.

Amelia sabía que, después de tantas horas de vuelo, su cuerpo empezaba a rabiar ante la agonía de reposar confinado en el mullido sofá de El Mapache. Los meses que durmió en la jaula de la selva le habían jodido la espalda. Tenía que moverse cuanto antes y darle un respiro a las vértebras y a los nervios de la columna, o la azotaría ese dolor de años que ya empezaba a acariciarla. Lo conocía demasiado bien.

Cambió de posición, exponiendo su cara al brillo del televisor y moviendo disimuladamente, pero con fuerza, los dedos de los pies. El dolor invadió cada nervio de su cuerpo: era un calambre tan despiadado que sintió que se asfixiaba. Se contorsionó una última vez con un *beat* sabroso de cadera, como los de antes, y la cobija de cruces cayó al piso, entre los zapatos blancos embetunados con Griffin de El Mapache.

Él se agachó preocupado y dócil frente a ella. No sentir dolor la hizo sonreír con tanta amplitud que hasta mostró los dientes.

—Qué linda es mi princesa cuando sonríe. Nunca la había visto así.

Abrió los ojos grandes sin mirarlo directamente, examinándose el dolor y el miedo, ya tan muertos que tuvo que ampliar la sonrisa mientras se sentaba.

—Le tengo *picsa* de *pepperoni* y piña, como la que me pidió en el monte aquella vez y nunca le di.

—Y espero que cigarrillos. Antes quiero fumar, por favor.

No lo miró y se odió un poquito a sí misma al reconocer, frente a un paquete de Marlboro rojo nuevecito y una caja aplastada de fósforos El Rey, la patética realidad de su vida: el hombre vivo que mejor conocía sus gustos en el mundo era él.

Lo que más la desconcertaba es que El Mapache se moviera con los aires de un gran don, como un señor de fortuna, como si fuera el legítimo amo de su hogar de infancia.

—Graciaaas —le dijo antes de exhalar la primera bocanada de un cigarrillo perfecto.

—¿Le parece si pongo la mesa y charlamos? —respondió El Mapache desde la cocina de Estílita, abriendo cajones y estantes—. También le tengo aguardiente y limoncitos, para más tarde.

Amelia estiró lentamente la espalda, los brazos y el cuello. De pie, alcanzaba a ver por el ventanal las palmeras estremecidas por las ráfagas del huracán. Era un espectáculo de luces, sombras y colores fascinante. ¿Qué rayos estaba pasando? ¿Qué hacía ella conversando con El Mapache?

El olor del cigarrillo la fue envolviendo en una calma optimista. Notó que, aunque estaba descalza, seguía vestida con la misma ropa húmeda del viaje.

—La luz se fue hace rato, pero no importa. A nuestra casa le puse una planta eléctrica la hijueputa.

Amelia registró en su mente la expresión «nuestra casa» con un peso especial. Caminó con el cigarrillo en la mano hacia la cocina, tratando de ubicar en la entrada el morral con el arma que había tirado frente a la puerta.

—¿Qué? ¿Está buscando su carterita? —dijo El Mapache con una voz entre irónica y exaltada—. Sepa algo: ¡ya la escondí! ¡Y vi lo que carga adentro!

Amelia aceleró la marcha hacia la cocina, que ya no olía a Cresopinol. Necesitaba pensar qué iba a responder, pero no hallaba palabras.

—No me *güevonee* así, Amelia. No tenemos que seguir *guerriando*. ¿Usted no escuchó mi mensaje? ¿A qué vino entonces? ¿Eh, a qué? ¿Quiere darme bala o pasar bueno y saludar a su amiga?

Su memoria se convirtió en una licuadora dando giros. ¿Cuál mensaje y saludar a cuál amiga? Abrió la alacena buscando algo, ojalá *whisky*, para darse tiempo. Necesitaba un trago doble. ¿No había aguardiente?

—Estaba pensando dónde dejé mi maletín. Necesito mi cepillo de dientes.

Parpadeó varias veces y lo miró, como tratando de despertarse. Era el mismo Mapache de sus pesadillas, solo que ya no tenía el diente partido y era imposible distinguir el lunar blanco que tuvo alguna vez, pues llevaba los rizos más cortos bañados en canas. Vestía de blanco de los zapatos al tope de la cabeza.

—Amelia, entiéndame, por favor. Por un momento, creí que ni había escuchado mi mensaje en su teléfono.

Lo sintió tan calmado y mudo que, por un instante, temió haber entendido mal. ¿Mensaje? Él estaba tan nervioso ante su presencia que tampoco había sido capaz de mirarla a la cara. Ni una vez, y era ella quien revoloteaba a su alrededor intentando lucir en control de la situación.

—¿Y el aguardiente?

—Ay sí, perdóneme. Aquí está, y también los limoncitos.

Amelia llenó dos copas a ras y apenas lo miró. Necesitaba pensar, improvisar qué decir para ganar tiempo, para disimular el terror y obtener su confianza.

—Hora de celebrar. Salud. ¿Y qué? ¿No va a brindar conmigo? Hoy es mi cumpleaños

—Yo sé, pero no puedo. Ahora soy un hombre de Dios. Después de usted, sufrí y aprendí mucho. Ahora voy diario a la iglesia y canto en el coro.

Sonreía entre el palillo hablando como un apóstol. Amelia se tomó su aguardiente y luego el de él.

—Y como le prometí en el mensaje, me la voy a ganar. Usted solo tiene que darme una oportunidad. Gocemos nuestra cita y, si no la enamoro, ¡pues el Señor dirá! Pero yo tengo fe.

Amelia pensaba a mil revoluciones.

—Tengo que ir al baño.

Entró al baño de huéspedes aterrorizada con la mirada de él clavada en la nuca. ¿Mensaje? ¿Cita? ¿Hombre de Dios? ¿Enamorarme? Se lavó la cara pensando cómo podía escapar, cómo podría enfrentar otro segundo más con él. Afuera, Pachamama revolcaba hamacas, paraguas y pedazos de techo en un torbellino caótico. En el cajón encontró su viejo tinte de labios con brillo en *roll on* que olía a chicle, pero sabía a petróleo. Se miró el terror en el espejo por última vez y salió. Necesitaba otro aguardiente.

—Sí, Amelia, soy un hombre de Dios. Su vecina María Belén está en el grupo de oración de la iglesia. Cuando agradeció en el púlpito que su mejor amiga regresaba después de tantos años por su enfermedad, enseguida supe que hablaba de usted.

Empezó a proyectar la voz como un orador, como un cura de pueblo en una misa dominguera, dirigiéndose a ella, pero era incapaz de mirarla.

—Cristo me ha salvado, usted es mi milagro. Nuestro Señor me ha dado otra oportunidad. Perdóneme por todo lo que le hice.

Amelia se desplomó en el butacón preferido de Estílita, donde mil veces la vio rayar cocos para hacer arroz, pelar ñame, yuca y plátanos los viernes de sancocho mientras veían la telenovela *La mestiza*. Escondió las manos debajo de la mesa para que no viera cómo le temblaban.

—Ya pasaron treinta y cinco años. Lo perdono. Se lo juro. Por la Virgencita.

Desde la sala, la aplaudió el público de *El show de Cristina* en la televisión. Sentía que el huracán de Pachamama, tan vivo afuera, entraba en su pecho.

Él prosiguió en un tono ya más personal, de confesionario entre buenos amigos.

—Hice muchos planes para su fiesta de cumpleaños, pero el huracán lo jodió todo. Hasta le traje a sus parceros.

Un frío como de aire acondicionado le invadió el cuerpo. Tuvo, sin embargo, la suficiente presencia de ánimo para preguntarle:

—¿Están todos aquí? ¿Vivos?

—Sí, se lo juro. Bien guardaditos.

Logró mantener su mirada un segundo y Amelia supo que El Mapache no mentía.

—Ay, cómo me gusta verla contenta. Me pone hasta la piel de gallina verla así. Siempre me ha tocado conocerla triste, o asustada, o bien brava.

Amelia buscó a tientas en la mesa otro cigarrillo.

—La fiesta quedó para mañana. Hoy vamos a comer *picza*, a escuchar música y, si quiere, hasta bailamos. ¿Y esa cara?

Amelia soltó una bocanada de humo.

—Perdóneme. Estoy feliz, pero cansada. Por favor, entienda que son muchas emociones y que es tarde.

—Uy, sí. Ya van a dar las doce. Antes que se acabe su cumpleaños, quiero darle su regalo.

El Mapache le hablaba con una expresión en el rostro que Amelia no podía descifrar. Era una mezcla de adoración, inocencia, miedo, vergüenza, admiración, esperanza y ansiedad, pero sobre todo se presentaba como la infantil alegría anticipatoria de un ser totalmente patético e inseguro.

—Yo la quiero y nunca más le volveré a hacer daño. Se lo juro, princesa.

Amelia lo observaba paralizada y él, de rodillas, buscaba algo entre el bolsillo del pantalón.

—Amelia Galofre, ¿se quiere casar conmigo?

El Mapache puso entre sus muslos la cajita con el anillo que Román le iba a regalar treinta y cinco años atrás. La misma a la que se aferraba con tanto amor cuando él lo mató a tiros.

48

Si tu espada es pura, no mata.
Toca envenenarla de maldad chingona.

Cucaracha Slut

El Mapache le compró a Amelia un vestido de novia igualito al de la princesa Diana Spencer, solo que con más profundidad en el escote y más tela en las mangas. Lo había envuelto en una caja de regalo majestuosa y lo tenía escondido en el garaje, ahora inundado por la tormenta.

—¡Puta vida, yo no puedo ser tan de malas! —lamentó El Mapache.

Para calmarlo, Amelia tuvo que mostrarle que, salvo una parte del velo, el vestido estaba seco y en perfecto estado.

—Sí, es igual al vestido de Lady Di. Ajá: «*Leidi dai*», así pronunciamos las oligarcas. Claro que recuerdo ese matrimonio, tenía como trece años. Por supuesto que era mi sueño. Sí, estoy feliz. Exacto: ya no seré su princesa, sino su reina.

Los planes estaban saliendo tal y como El Mapache había soñado. Y Amelia se sentía perdida.

—Me compré un esmoquin color cielo.

Amelia fingió con desgano un aplauso. Pensó en los ojos de Román.

El Mapache se rascó la cabeza.

—¿Le gusta ese color? Es mi favorito.

—Sí, me encanta. Esto es un sueño. Con este vestido, con usted... Gracias. ¿A qué horas llegan mis amigos? Yo necesito damas de honor y que alguien me camine al altar.

Él desvió la conversación.

—Vaya arréglese, voy a poner algo en el tocadiscos. Es la canción que desde niño siempre le quise dedicar a la mujer de mi vida. Se llama *Si me amaras*, de Albert Hammond.

—Pero ¿y cuándo voy a ver a mis amigos? Es que…

—¡Los ve cuando a mí me dé la puta gana y estemos casados! ¡Vístase y no me haga enojar!

Amelia enfrentó su reflejo nupcial en el pequeño baño de la habitación de servicio junto a la cocina. Estílita nunca la ocupó, porque dormía arriba en una espaciosa junto a ella. Tenía un espejo minúsculo que escasamente le permitía apreciar del pecho hacia arriba la crueldad de su disfraz de novia real. Lucía una tiara espléndida, de lata, vidrios y perlas plásticas que intensificaba el aura de miseria de su mirada. Estaba enterrada en una nube de tul blanco, áspero y barato, que se disparaba como una explosión nuclear desde el velo que trataba de domar y aplastar sobre su cabeza.

La cicatriz en forma de estrella de mar que él le había regalado con un balazo treinta y cinco años antes le adornaba la piel temblorosa que ahora le cubría, vibrando como un tambor, su corazón nervioso. Se aferraba al lavamanos, porque su cuerpo temblaba y el mundo daba vueltas.

La cola del vestido invadía parte del pasillo y de la recámara y la totalidad del baño; los últimos metros de tela reposaban sobre el excusado. Amelia había tenido que entrar y salir, entrar y salir para subyugar la cola que iba cargando junto al velo. Lo iba desenrollando con los brazos agotados por el peso de las mangas y de una ansiedad abrumadora que le comprimía la garganta.

En la sala sonaba ahora a todo volumen *Esta noche te voy a estrenar*, de José José. Amelia logró, sin embargo, escuchar claramente unos sonidos en el piso de arriba: pasos, lamentos, ¿quizá oraciones lejanas? Sabía con certeza que provenían de su cuarto de la infancia.

49

Dicen que la vida es como un espejo: si sonríes,
te sonríe de vuelta. Pero es mentira y no importa.

Abuela Babilla

TRAS PASAR UNOS DÍAS CONFUSOS Y SOLITARIOS en un hospital militar, Amelia decidió irse del país. Juró que jamás regresaría a Villareal, ni mucho menos a Patio Bonito. No se despidió de los parceros, ni del papá de Nanda, aunque fue él quien logró su liberación financiando un operativo secreto. No quería exponerlos; lo mejor era que los familiares de sus verdugos la creyeran muerta y así se lo expresó a los militares.

Sabía que en la tierra más violenta y corrupta de la historia no existían los finales felices después de tragedias como la suya. Las dinastías de hampones alimentaban cadenas de venganzas que salpicaban a generaciones de inocentes y ella debía proteger a sus amigos y al hombre que la había cuidado como un padre. Además, ya no tenía un futuro en Villareal sin Román, sin Estílita, sin su madre... No iba a poner en peligro lo poco que le quedaba en la vida.

Ya era mayor de edad, dueña de su destino y de la herencia de su familia. Empezaría una nueva vida sola en los Estados Unidos, donde había edificios altos desde los que podía saltar si los terremotos del alma la sacudían.

Su secuestro había sido de los más comentados en la prensa nacional e internacional, pero con el tiempo dejaron de mencionarla y las rezanderas se aburrieron de hacer cadenas de oración por su regreso. En cuestión de meses, la olvidaron por completo, junto a centenares de secuestrados más que nunca regresaron. Cuando

reapareció en la prensa un cuarto de siglo después, tras su éxito en Hollywood, eran pocos los que recordaban a la niña bailarina que había sido secuestrada el día que cumplió dieciocho años.

50

Descubrió en su miedo que era valiente y lo castró.
Entonces, le salieron alas.

Crystal Frog Girl

MIRABA EN EL ESPEJO SU REFLEJO DE NOVIA RIDÍCULA, excesivamente adornada, mientras viajaba a tiempos felices para agarrar fuerzas y domar los tembleques de sus manos. A pocos pasos tenía la cocina de siempre, en la casa de siempre, y empezó a sentir muy vivos los olores de un caldero de carne deshilachada con ajíes colorados, un molde de plátano maduro, junto al aroma humeante de lentejas encebolladas, listas para derramarse sobre montañas de arroz blanco.

Sonrió al recordar la primera memoria de su vida. Fue frente a una pantalla de televisión en su casa de Playa Larga, en las Islas de Indias. Desde su sillita de comer podía ver, masticando un chicharrón tostado, el capítulo final de la telenovela *Esmeralda*, protagonizada por Lupita Ferrer y José Bardina. Decenas de adultos observaban paralizados, en un ambiente de fiesta, lo que se había publicitado como el evento del año. Iluminados por la imagen en blanco y negro de un televisor imponente en forma de cubo, empotrado en madera y coronado con dos antenas de plata, varias doñas soltaban lágrimas de emoción con la boca comprimida. Cuando aparecían los comerciales, se ponían de pie y conversaban como invitados VIP de la gran gala. Esti y su padre Carlos, quien aún vivía, les rellenaban los vasos de ron con Coca-Cola y ofrecían cocteles de camarón.

Cuando apareció en la pantalla Esmeralda Rivera vestida de novia, Amelia dejó caer el chicharrón y tatuó para siempre en su mente de

tres años la imagen de la mujer más perfecta y feliz. Llevaba una guirnalda de flores sobre su melena suelta y un vestido sencillo de mangas largas adornado en el pecho con pétalos, que imaginó debían de ser color rosa clara. Pero fue la sonrisa enamorada de Esmeralda, frente a su futuro esposo, el joven Juan Pablo Peñalver, lo que marcó su definición de un final feliz idílico. Estílita le alcanzó otro chicharrón mientras se secaba las mejillas con una servilleta.

—Ame, algún día tú vas a ser esa novia. Y yo misma te voy a coser un vestido igualito a ese.

Ahora, Amelia analizaba su *look* de novia guerrera. La saludaba frente al espejo un mamarracho ridículo, una justiciera loca y estupenda. Era otra fascinantemente absurda y violenta heroína de sus películas de *Swamp*.

—Mi reina, salga, que ya es hora.

El Mapache le coqueteaba con tono infantil tocando a su puerta.

Empezaron a sonar los primeros acordes de *Total Eclipse of the Heart*, de Bonnie Tyler.

Amelia arrastró la cola al mesón de la cocina, donde yacía, junto a una caja de *pizza* invadida por hormigas y una botella de champaña, un ramo de rosas marchitas. Lo tomó asqueada y la mitad de los pétalos cayeron al suelo.

Con el velo sobre el rostro, le pareció que se convertía en algo más poderoso. No, ya no era la Überfrau de sus películas. Era más. Ahora era un supercíborg ochentero. Era Arnold Schwarzenegger vestido de novia, planeando cada movida con la misma determinación de *Terminator*, la película favorita de Román.

51

Ganarás la guerra que no hablas con nadie,
si luchas con los ovarios bien puestos.

Ajolota Galáctica

LA SALA DE CINE SIEMPRE OLÍA A ALMENDRAS tostadas con canela y a palomitas de maíz achicharradas en mantequilla, pero esa noche estaba perfumada por el aroma de la piel adolescente y viril de él, rociada en la colonia Halston. El olor de Román siempre le hacía sentir hormigueos entre los muslos, temblores en las rodillas, quemazones en la garganta y emociones debajo de las orejas y en todo el cuerpo.

Aquel sábado semilluvioso, Román le tiró piedritas a su ventana y la invitó con la formalidad de siempre a que fueran a ver *Terminator*. Había llegado solo, de improvisto, vestido con la camisa clara de *jean* Polo, que ella le había admirado la semana anterior. Amelia, alborotada, no pidió permiso, saltó sin cuidado por el balcón y lo olió sin esconder las ganas de morderlo cuando se empinó a darle un beso en la mejilla áspera.

Sin haberlo planeado, terminaron viendo la película tres veces seguidas. Apenas terminaba una función, se escondían entre las sillas antes de que se encendieran las luces del teatro, y luego volvían a tomar asiento en la oscuridad para disfrutarla nuevamente.

Cada vez, cada escena, cada segundo, se sentían más cercanos y felices. Fueron más de doscientos treinta minutos en los que se amaron a su manera, rozando sus brazos, tomando del mismo refresco pegajoso de uva, con sus corazones latiendo en sincronía, más juntos que nunca en la oscuridad, libres de la exasperante

necesidad de conversar que lo incomodaba tanto a él cuando compartían tiempo a solas.

Amelia vio el perfil perfecto de su cara cuadrada, alumbrada intermitentemente por las escenas de acción de *Terminator*. Recordó cómo sus ojos distraídos se alejaban de la pantalla y se fijaban en esa mano nerviosa que ella le ofrecía abierta en la oscuridad. Román nunca se atrevió a tomarla, ni a regalarle un beso, pero estar juntos en la penumbra, encendidos por tiroteos, era suficiente acción romántica para sus corazones enamorados.

Esa cita despertó la pasión de Amelia por las películas de acción violentas. Existir junto a Román por tantas horas entre soldados futuristas, humanoides infiltrados y asesinos poderosos era paradisíaco y reconfortante; la perfecta cita de amor en una tierra tan peligrosa y sangrienta como Villarreal.

52

Nunca desperdicies la fuerza
que te da el miedo.

Delfina Rosa

—Román —dijo, y le dio un golpecito a la botella de champaña. En su dureza de cíborg asesina, se sentía preparada para todo.

Amelia emprendió la marcha con las manos temblorosas que iban agitando el gajo de rosas resecas como un salero. Escuchaba cada vez más cercana la voz de Bonnie Tyler. Cuando por fin llegó a la sala, no estaba preparada para lo que encontró.

El Mapache, en un esmoquin azul bebé, le apuntaba con un revólver a un anciano amordazado, disfrazado de papa. El viejito lucía como un monito de feria con la mitra en la cabeza. Parecía que tuviera un pastel de bodas en forma de castillo triangular gigante aplastándole la frente de crepé y, en su estremecimiento, las dos bandas de tela que caían del tocado ondulaban sobre sus hombros, como las caderas de una merenguera.

El octogenario lloraba débilmente, de rodillas, protegiendo en su regazo una Biblia dorada. El cañón le apuntaba al turbante que, a su vez, apuntaba hacia el cielo.

Amelia trató de decir algo para calmar la situación, pero notó que se le habían petrificado los labios en una mueca de sonrisa. Sentía que una garra de metal helada le arrancaba los pulmones de raíz y que estaba a punto de expulsarlos por la boca.

—El cura no nos quiere colaborar. Dígale que usted sí se quiere casar conmigo.

Desvió la mirada para auscultar a El Mapache, pero llevaba lentes de sol oscuros redondos para complementar su *look* de novio de

película. Sin notarlo, dejó caer el ramo y, con las manos libres, se atrevió a aplaudir dos veces para espantar el miedo y poner orden.

—Claro que nos va a casar, pero ya deje de apuntarle.

El Mapache bajó la pistola, pero no soltó el arma y empezó a caminar en círculos.

El anciano lucía aterrorizado. Amelia le hizo un gesto de paciencia.

—¿Qué?, ¿se arrepintió de casarse conmigo y anda buscando disculpas?

El Mapache se metió la mano libre entre los rizos.

—No, no. Sí. Yo sí quiero, es mi sueño. Pero este cura es un malparido. Se supone que somos amigos y vea...

Amelia caminó hacia al tocadiscos. Apagó la música y aspiró profundamente.

—Usted ni me ha mirado. Ni me ha dicho que estoy bonita.

El Mapache dejó de dar vueltas y pasó un minuto eterno en silencio mirándola, admirándola, hipnotizado. La energía del salón fue cambiando y afuera la brisa agitó suavemente las palmeras. Se acercó sin atreverse a tocarla, con la alegría enfermiza de niño.

—Usted es la novia más hermosa del planeta entero. Por supuesto que me quiero casar.

Se dio la vuelta, tapándose la boca.

—Amelia, por favor, ¿puede volver a entrar como si nada hubiera pasado? Para que sea de película, como lo habíamos soñado.

El cura, ya de pie, miraba atento, más relajado, como un actor novato listo para lucirse en una escena improvisada.

—Yo sí los caso.

Tenía la voz exacta a la del Pato Donald.

El Mapache, ya satisfecho, se relajó un segundo.

—¿Y sabe qué, padre? Hágalo sin sermón, rapidito, que ya queremos ser marido y mujer. Cásenos sin *maricadas*.

El cura aclaró la garganta.

—Sí, yo los caso sin *maricadas*.

Esta vez su voz sonó aún más chillona. Amelia lo miró con frialdad para que se callara. El futuro novio se quitó los espejuelos entre lágrimas.

—Gracias, usted no es ningún hijueputa. Ni un malparido. Perdóneme. —Y se hincó respetuoso ante él, besándole los zapatos rojos.

Amelia observó al anciano que, con su disfraz, se veía aún más vulnerable. La miraba anonadado, sin saber cómo proceder. Amelia le pellizcó el antebrazo para que les diera una bendición.

—Mire, yo vuelvo a entrar, pero ponga una canción alegre. Que esto parezca una fiesta, no un funeral.

Amelia se dio la vuelta arrastrando la cola, coqueta. Antes de entrar a la cocina gritó:

—Y ponga esa pistola sobre la mesa, lejos de la Biblia.

En la cocina descorchó la botella de champaña. Ya no era como el Terminator, ni como Crystal Frog Girl, ni como ninguna heroína de sus películas. Con cada burbuja, volvía a ser el amasijo de miedos de los últimos treinta y cinco años. Con cada segundo que pasaba, la tranquilidad de los primeros momentos se iba convirtiendo en pánico. Bebía empinando la botella sin respirar.

Afuera empezó a sonar a todo volumen *Me enamoro de ella*, de Juan Luis Guerra. La canción no tiene acordes de introducción, empieza con una voz explicando que el galán era de un barrio pobre del centro de la ciudad y ella de clase alta. Amelia se acomodó la tiara pensando que, después de todo, El Mapache sí tenía buen gusto para algo, la música, y lo oyó aplaudiendo al son de la canción y mangoneando al anciano para que bailaran juntos.

La champaña ya le estaba ganando al miedo. Caminó fuera de la cocina con el meneo de una *top model* latina en una pasarela europea. Con un saltito, delató sus ganas de bailar después de tantos años, pero no sabía cómo lidiar con las corrientes contradictorias que la estaban envolviendo.

Para espantar el mareo, trató de darse una pausa de compostura, como las novias divertidas en las comedias románticas, pero se enredó con la cola del vestido y cayó en cuatro patas. Se intentó parar ante la mirada atónita del cura y confundida de El Mapache, pero estaba atrapada. Parecía una joya envuelta en un clínex arrugado dentro de la cartera de una abuela borracha. Moverse era absurdo y empezó a reírse, pero se contuvo. Era una hormiga pataleando boca arriba sobre un chorreado de merengue en crema.

El Mapache se acercó para rescatarla, impaciente, y la desprendió de la cola de un jalón, pero Amelia no podía caminar, ni tan siquiera ponerse de pie para dar un paso. La montó sobre su hombro como un cavernícola, no como un esposo romántico de Hollywood, y cuando por fin la depositó frente al cura, se le ripió la costura de la entrepierna del esmoquin.

Amelia aguantó las ganas de reír y sintió que se le aflojaba la vejiga. Y es que entre el sermón sin *maricadas* de Pato Donald, la música de Juan Luis, la cara de devoción de su futuro esposo y la falta de ritmo del cura —que seguía meneándose aterrorizado—, no se podía enfocar, ni parar de reírse. El Mapache ahora le estaba guiando la mano para que le pusiera la argolla en su dedo anular. Notó que tenía todos los dedos peludos, con las uñas crecidas pintadas con un barniz nacarado.

—Acepto —dijo él, solemne.

Amelia seguía batallando por controlar la risa. Ahora, él le hablaba sentimentalmente, le ponía una argolla y el cura ondeaba las caderas.

—En la salud y en la enfermedad.

Se terminó la canción y ya no le dio risa, sino asco. Y terror. El Mapache seguía hablando del amor. La realidad sin música liberó a Amelia de la fantasía de sentirse protagonista de una película y enfrentó con pavor que esta era su realidad. Estaba viviendo su peor

horror, pero aún no había perdido. El Mapache la miraba fijamente dentro de sus anteojos de sol redondos y le apretó la mano.

—Diga que acepta.

—No acepto. Sí. Yo sí que no lo acepto. Sí.

Todo le daba vueltas. Estaba en la sala de su hogar de infancia, en Patio Bonito, casándose con el asesino de su novio, y él la estaba sosteniendo para que no se cayera. Veía su reflejo de novia despavorida en los lentes de sol del Mapache y el miedo ocupaba cada centímetro de su cuerpo. Había cosas peores que estar muerta.

—Entonces, los declaro marido y mujer. Puede besar a la novia.

El Mapache la acercó tomándola por la cintura, le levantó el mentón relajando los labios. Amelia lo miró a los ojos y, entonces, todo el pasado volvió de repente: un vómito agrio y dorado salió como un proyectil de su boca y bañó los rizos perfumados de su esposo secuestrador.

Todo después pasó en cámara lenta y rápida, como cuando se conocieron.

Amelia se vio tratando de sacar el sacacorchos que había escondido en su corpiño.

Amelia vio el rostro despavorido del cura.

Amelia vio a El Mapache ir por la pistola.

Amelia se vio en el piso, gateando y huyendo de él.

Amelia sintió el peso del cura cayendo sobre su pecho para protegerla y también sintió su liviandad súbita al contorsionarse tras el impacto de un tiro.

Amelia manoteó la mitra ensangrentada tratando de escapar de la garra de El Mapache que dominó su cuello.

Amelia buscó sus ojos estirando las manos para robarle la pistola y vio destellos que la cegaron.

—¡Perra malparida!

Amelia bailó por última vez entre el humo, bajo una lluvia granizada de plomo y estrellas que no la tocaban. No olía a pólvora.

No flotaba por el cielo, como la primera vez que le atravesó el corazón. Hay un tiempo donde todo deja de doler, cuando todo deja de importar.

Amelia cerró los ojos, serena. Ya no se podía mover. Perdió el control de su cuerpo. No lo sintió más. Trató de levantarse, pero ya no existía. Y se rindió. Fue entonces cuando se proyectó deliciosamente entre un túnel de luz blanca e interminable de quietud infinita.

Al ritmo de la canción *Mamma Mia*, la recibió como un faro, cada vez más clara, la imagen de Nanda bailando hacia ella, con un Kotex pegado en la frente. Miró a Amelia entre carcajadas, cantando, regalándole todo su amor y alegría, hasta que con la naricita arrugada le sopló un beso en cámara lenta y desapareció entre un humo de brisa blanca; solo quedaron las pecas de su nariz, que se convirtieron en notas musicales.

En un torbellino cariñoso, las notas la transportaron hacia la silueta lejana de Tato y a Mari, quienes bailaban para ella *Dancing Queen* bañados en luz, bajo una lluvia de flores amarillas. Sobre ellos, el guayacán revoloteaba entre la brisa soltando mariposas azules que iban cayendo en cascadas. Tato y Mari bailaban una coreografía a la que Amelia se fue uniendo, cada vez más alegre.

Llegó, tras una sacudida fuerte, a un rincón de humo rosa claro donde la esperaban su madre y Estílita. Estaban de pie, una al lado de la otra. Le cantaban el tema *Chiquitita* mirándola fijamente, unidas en amor. Flotando, se acercaron; cada una la tomó de una mano y empezaron a girar conectadas como nunca, jugando a la rueda-rueda, como cuando era niña. Dieron vueltas traviesas, hasta que todo se hizo mudo, aún más real, y la soltaron.

La recibió, tendido de rodillas, el contorno de Román, quien, con la expresión de siempre y su sonrisa a medias, le dijo todo con la mirada. Le besó dulcemente las manos y, cuando le empezaron a florecer, se puso de pie.

—Ame, te amo.

Le ofreció sus brazos extendidos y la felicidad la arrastró como un imán hacia su pecho gigante. Se sintió protegida y amada por primera vez en muchos años.

—Amelita, ya es hora.

Era la voz de su padre. Corrió como una niña y se posó sobre sus pies para bailar con él, como antes... y para siempre. Partía de su casa en paz. Ahora todo era mudo y familiar. Mejor. Quieto. Sin brisa. Sin olores. Sin dolor.

Amelia dejó de aferrarse al último soplo de aire bonito del Patio que guardaba en los pulmones. Lo dejó escapar de su pecho roto que lloraba en carmesí, reposado en otro mundo que ya no importaba. Salió como una brisa dulce entre sus labios. Despacito. Sin afanes. Silbando mudo. Y liberó su alma. Amelia se esfumó. Sonriente. Por fin abandonó Villarreal. Se despidió soltando las armas como una guerrera valiente, agradeciendo que a pesar de todo pudo vivir intensamente amores perfectos. Hasta su último respiro.

53

Abre los ojos y mira sin rencor.
Cada sufrimiento tiene una explicación.

Mariposa Monarca

AMELIA DESPERTÓ EN UN CIELO MUY DIFERENTE al que Estílita le había descrito. Apenas abrió los ojos, los tuvo que cerrar muerta de miedo. Literalmente. Había mucha luz, pero también vendavales de caos. Los olores a químicos, el escándalo de mil silbidos agudos, los calores febriles que la quemaban y las energías de tensión a su alrededor, tan adversas al sentimiento de paz que anticipaba, la horrorizaron. Tal vez había llegado al infierno. No podía respirar, la asfixiaba un vaho parecido al del azufre, el mismo olor que Estílita le advirtió emanan las almas cuando Satanás calcina como chicharrones a los pecadores.

No, no eran los frescos aromas de flores irrigadas por cascadas que caían de las nubes más altas del cielo, sino todo lo contrario. Le imploró a Dios con todas sus fuerzas que perdonara sus cincuenta y tres años y un día de pecados y que recapacitara.

Un dolor en la garganta la reconectó con su cuerpo y casi la obligó a toser apretando los ojos en medio del terror. Pero no pudo.

—Procedamos con la extubación.

Reconoció la voz del doctor Torcan, pero hablando en español. Sintió muy cerca a su psiquiatra, al ángel viejo y pelirrojo que la había salvado de las camisas de fuerza en California. Notó que ahora todo le olía a Jean Marie Farina, su colonia de siempre, y a alcohol. Aliviada, le agradeció a Dios su benevolencia: seguramente, la había trasladado al purgatorio mientras rectificaba su error. Pero si el

doctor Torcan era tan bueno... ¿por qué seguía en el purgatorio y no había conseguido entrar al cielo después de tantos años?

En un intento por respirar, se le abrieron los ojos, solo por un instante, que fue suficiente para notar que la observaba un señor parecido a como recordaba a su adorado psiquiatra. Definitivamente era él, pero más joven. Tal vez, él era el verdadero Creador. Tal vez, Dios no era una mujer, como afirmaba Estílita. O tal vez Torcan era San Pedro. O Jesucristo.

Se sumió en un mar de confusión inexplicablemente tranquilo, hasta que sintió un tirón en la garganta, como si le sacaran una culebra de las entrañas. Luego, un estirón más prolongado que la obligó a abrir los ojos de nuevo, y se encontró con el rostro de Mike, o Bob, o Ed mirándola intensamente, de la misma manera en que lo hizo durante el vuelo que compartieron de Los Ángeles a Miami.

—Amelia, pronto va a respirar sola. Manténgase tranquila, por favor.

No entendía por qué todos los gringos ahora le hablaban en perfecto español.

Tosió por fin, vino el alivio y sintió el perfume dulzón a vainilla de Hello Kitty mezclado con el aroma antiséptico del purgatorio.

—Amelia, yo me llamo Pili Ruan, soy tu enfermera, necesito que muevas un dedo. Cualquier dedito, vamos.

Hello Kitty la tomaba de la mano con fuerza, masajeándola con presión. Amelia trataba de hacerlo, sin saber si lo estaba logrando; temía que jamás pudiera tomar control de aquel cuerpo que sentía tan ajeno.

—Vamos, muñeca, mueve un dedo.

Se enfocaba en lograrlo, como cuando a los seis años veía una hormiga culona como Pili, caminando sobre el tronco del guayacán, y estiraba su dedito para invitarla a caminar sobre él. Lo intentó con todas sus fuerzas y un despliegue de suspiros a su alrededor confirmó la hazaña.

Sintió la simpleza aburrida de Mike, o Bob, o Ed hablándole con un tono científico, como de doctor Spock, solo que con un dejo afeminado.

—Amelia, le habla su doctor, Mike Valverde, neumólogo. Abra los ojos. El doctor Cantor ahora la va a examinar.

Amelia escuchaba cada palabra como si estuviera sumergida bajo las olas calmas de Playa Larga en el verano. Los párpados cansados no le obedecían. Sintió que un alfiler le acariciaba la planta de los pies y se estremeció. Varios golpes fríos de metal en las rodillas y en los codos le refrescaron la piel. Unas manos inmensas giraron su cabeza de lado a lado entre felicitaciones que, como ecos, la alegraban en su submundo marino. Sin abrir los ojos, sintió que el doctor Torcan, ahora Cantor, apartaba sus párpados para iluminarlos con un lucerito intermitente que la cegaba entre sus sueños.

Hello Kitty le soltó la mano. Sus pasos de tacón se alejaron con su perfume y, de repente, regresaron apresurados.

—Es mi turno de almuerzo. Regreso por la tardecita y paso contigo toda la noche. Vas muy bien, muñeca. Vamos a escuchar las canciones top del 86 que nos grabaron tus amigos.

¿Amigos? ¿Canciones grabadas? ¿Y del 86? Le faltaban energías para pensar, claridad para entender, perdía las fuerzas y las ansias de batallar para conectarse, para salir a flote. Se dejó llevar por la corriente hacia las entrañas de un mar benévolo y familiar; se refugió en lo más recóndito del océano plateado, tan añorado, de su patria en Playa Larga.

Una toalla fresca restregó su cuerpo: los brazos, las axilas, los senos que sentía electrocutados entre los cables. Luego bajó por el frente con una solemnidad que percibió sagrada, para asearla con más cuidado entre las piernas y respetar nuevos dolores alrededor del vientre. Ahí todo le ardía.

—Después de haber permanecido tanto tiempo en coma, es difícil saber si despertará y cómo despertará. Imposible imaginar qué

habrá pasado por su mente todos estos meses.

El reconfortante aroma a Jean Marie Farina del doctor Cantor la invadió cuando él le abrió los párpados.

—Pero, como dice doña Estílita, los milagros existen y hay que creer en ellos. Avísele a ella y a la mamá que la estamos sacando de cuidados intensivos.

¿Estílita la esperaba? ¿Y su mamá? ¿Estaban vivas? Amelia sintió un revolcón entre la mansa arena de su tranquilidad y un pulpo color vino tinto apareció. La atrapó con sus tentáculos, succionando con decenas de ventosas hasta el último ápice de calma que guardaba en el alma. ¿Estílita y su mamá estaban vivas después de tantas décadas? Era imposible. ¿No las habían asesinado? Entonces, Estílita tendría unos ciento diez años. ¿Habría escuchado bien?

El pulpo la asfixiaba más y más. Le apretaba inexorablemente cada rincón de su cuerpo. Su corazón latía a mil revoluciones y los aparatos conectados a su pecho reventaban con alarmantes sonidos. ¿Qué había pasado con El Mapache? ¿No la había podido matar?

Las máquinas no dejaban de sonar.

—Consulten con cardiología, pero creo que el aumento de las pulsaciones indica que la paciente nos oye y comprende —dijo el doctor Cantor.

Le tomó la mano con firmeza.

—Amelia, por favor, mueve el dedo, te estoy presionando la mano derecha. O abre los ojos.

La voz entró en sus venas como un agua purificadora... y Amelia no sintió más. El pulpo cedió el control. Ya no la apretaba, sino que la abrazaba gentilmente, y fue arrullándola en sus ocho brazos, por incontables horas mudas.

54

El alma vibra cuando suena tu canción
en el momento más inesperado.

Ajolota Galáctica

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Amelia escuchó tenuemente *La zarzamora*, en la voz de Lola Flores, la canción y artista favorita de su padre. Carlos se la dedicaba de niña.

—Amelita tiene los ojos como las moras.

Entonces, ella le respondía como una bailaora de cuatro años, abanico en mano y con un clavel en la oreja, bailando, zapateando y llenando de gracia cada rincón del caserón de su patria en Playa Larga. Sonrió tanto al recordar la expresión de goce de su padre que alzó con garbo su dedo del corazón y lo puso a bailar con elegancia. Pili subió un poco el volumen.

—Ya mueve otro dedito. Y sonríe. Bendito sea mi Dios. Escucha todo.

Al moverse, la enfermera dejaba una delicada estela de vainilla trasnochada por los pasillos del hospital. Amelia movió otra vez el dedo y se le fueron uniendo los demás, despiertos como mariposas.

—Ahora mueve la manito entera... y también la muñeca.

Volvió a bajar el volumen del radio.

—Te estamos llevando en una camilla al piso tres. En un rato vas a estar con tu mami, tu nana y tus amigos.

La zarzamora vibró con más fuerza en su alma y Amelia dejó que se hundiera la carga de angustias que tanto le pesaban. Se permitió disfrutar de un presente maravilloso bajo el agua con la intensidad emocional de antes en sus contoneos. Agitó ambas muñecas, los brazos, la cintura y zapateó aquí y allá. El pulpo la miró

paternalmente, con la expresión de aquellos hombres incapaces de despertarle miedo. Con sus tentáculos, daba palmas al compás de la copla, mientras ella giraba con braceos elegantes en lo más profundo del mar. Se le sumaron algas que bailaban la letra como hembras dolidas, soltando las penas sobre corales de mil colores.

De repente, Amelia perdió al pulpo y a la Faraona, entre los zarandeos de mil dedos expertos que la cargaban y la acomodaban y la conectaban a aparatos y la arropaban, y volvió a sentir su cuerpo pesando en el mundo real. Ya no existía bajo el mar, sino que reposaba sobre sábanas que olían a una nueva realidad.

Sintió un beso familiar entre los dedos de su mano y, en la otra, el calor de una manantial de lágrimas. La energía a su alrededor se sosegó y, desde la oscuridad, sintió que recuperaba la paz de su alma y que rescataba algo hermoso que había perdido y que le pertenecía. Escuchó las oraciones de Estílita en murmullos y los suspiros llorones y alegres de alivio de su madre. Las amaba más que nunca.

Amelia abrió los ojos y enfrentó la luz para verlas, pero no encontró nada: solo un puntito de brillo en un túnel negro. El doctor Cantor se acercó lentamente, fascinado, tronando los dedos, buscando su mirada perdida en el silencio.

Él era lo único que ella veía iluminado al centro de un túnel oscuro: su rostro de médico, de hombre bueno y joven, rescatándola. Detalló su estirpe de vikingo barbado y pelirrojo dándole la bienvenida, como la reconfortante luz del Sol naranja en las mañanas al final de un tormento negro de desvelos. La paciente y su salvador se observaron fijamente por largos segundos, hasta que él cortó con su precisión de neurocirujano el silencio.

—Amelia, soy el doctor José Ignacio Cantor. Tu neurólogo. Estamos en el Hospital General de Villarreal.

Hablaba con la parsimonia de un monje anciano, pero sazonado en la actitud heroica de un *jedi cool*, joven y viril, de los que merecen

protagonizar películas de Hollywood.

—Parpadea dos veces si me escuchas, si entiendes lo que digo.

Amelia obedeció y el doctor sonrió entre los suspiros de Estílita y su mamá.

—Llegaste aquí después de tres meses de secuestro. Llevamos seis meses cuidándote y vas muy bien. Estás despertando de un coma. Hoy es 22 de junio de 1986. Parpadea si me entiendes.

Amelia cerró los ojos para decir que sí... y el mundo se apagó. El pulpo regresó, le asfixió los párpados, la succionó por el túnel y se la tragó completa.

55

La mujer que regresa después de un maratón
de sufrimientos ya no es la misma. Es mejor.

Rosa Delfina

AMELIA APRENDIÓ ACERCA DE LOS AGUJEROS NEGROS de Carl Sagan, un astrónomo y físico adicto a los suéteres de cuello de tortuga. Sobre todo, a los colorados, como el Chapulín, que combinaba siempre con el mismo *blazer* marrón, como un camello. Presentaba muy bien peinado el programa *Cosmos*, el favorito del señor Recker. Amelia y él se sentaban religiosamente a verlo juntos todos los domingos a las 9 a. m., en absoluto silencio, mientras las demás almas de Patio Bonito comulgaban en la iglesia.

Unidos por una pasión interplanetaria y científica que pocos compartían, el señor Recker y Amelia crearon su propio rito dominguero: ella cruzaba la calle recién bañada para celebrar el cosmos con su padre ajeno favorito frente a una pantalla de televisión casi tan inmensa como su sala. Luego, desayunaban juntos empanadas de carne con papa y ají, moras agridulces y café con leche, a veces arepas, y conversaban de lo que aprendían de la civilización y el universo.

Desde que lo conoció a los trece años, Amelia creció enamorada de Sagan, de la magnificencia de sus cejas, dientes y cerebro. Su devoción por él era tan intensa que compulsivamente intentaba persuadir a su madre y a Estílita de que el científico estadounidense era más atractivo que cualquier actor de telenovelas o de cine. Lo hacía acariciando la foto en la contraportada del libro *Cosmos* que el señor Recker le regaló en Navidad. Para complacerla, Carmenza y

Esti finalmente le decían que su ídolo estaba por encima del nivel de *sex-appeal* de sus favoritos: Sean Connery y Andrés García.

—Un agujero negro es el lugar donde alguna vez habitó una estrella, esencialmente es un abismo sin fondo, ¿sabes? —mencionó Sagan un domingo, sosteniendo una esfera blanca que había dejado caer previamente sobre una superficie negra cuadriculada mientras ella se derretía de amor. Luego, explicó que si alguien cayera dentro de un agujero negro y lograra sobrevivir, aunque era algo poco probable, quizás tendría la posibilidad de viajar a través del tiempo o a otro rincón de la galaxia, como si estuviera en un subterráneo cósmico.

Amelia nunca lo entendió, ni cuando el señor Recker, paciente como siempre, se lo intentó explicar. Con su fuerte acento alemán, iba echándole ají picante a una grasosa empanada mientras le decía:

—Intenta entenderlo como si fueras Amelia en el País de las Maravillas. Caes por el túnel, en este caso por la madriguera de ese conejo pendejo de la historia, visitas muchos lugares diferentes y compartes tu tiempo con todo tipo de personajes. Tomas té, conoces una reina, fumas con una oruga, lees letreros, cambias de tamaño y ese conejo pendejo te conecta a todo, apareciendo y reapareciendo. Sin embargo, lógicamente, ni tú, ni ellos, ni la mesa, ni sus sombreros caben ahí. Y todo sucede dentro del hueco negro escondido en la madriguera del conejo pendejo. Pero cuando vuelves a salir, descubres que no ha pasado el tiempo. Eso significa que estuviste en todos esos lugares al mismo tiempo. ¿Comprendes? Es un agujero cuántico... o algo así.

—Ahhh —respondía Amelia fingiendo que comprendía, y se rellenaba la boca de moras en un gran esfuerzo por disimular su perplejidad. Su mente estaba felizmente estancada por la manera como el señor Recker repetía «conejo pendejo» con su acento alemán.

Ahora se arrepentía de no haberle prestado atención, porque no entendía de tiempos, ni de huecos, ni de conejos, ni de nada de la vida. Ni mucho menos de la muerte. Se veía atrapada en un agujero negro, muy oscuro, muy profundo, y quería salir de ahí cuanto antes.

56

Ya tienes todo lo que necesitas:
está escondido adentro.

Paca Dorada

Cuando el doctor Cantor emitió esas últimas palabras, que ella no escuchó o no comprendió o no quiso aceptar, provocó que el pulpo la engullera. Mientras se sumergía en un abismo oscuro, sentía a un ejército de médicos invadiendo la habitación del hospital y aplicándole choques eléctricos que le oprimían el pecho. Ahora, al rememorar la bondad del padre de Nanda, su corazón volvía a electrificarse, pero esta vez con ternura y tristeza. Desearía retroceder el tiempo y realizar mil acciones, como abrazarlo, comer empanadas a su lado y escucharlo decir «conejo pendejo».

Amelia se veía flotando en medio de la nada tratando de entender susurros lejanos, sin percibir nada con claridad, ni siquiera el tiempo, solo la angustia de la incertidumbre. Tal vez, ahora sí estaba muerta y los susurros eran de ángeles que hablaban bien y mal de ella. Tal vez, los agujeros negros eran las estaciones oficiales de transporte del purgatorio hacia el cielo. O el infierno. Probablemente operaban como las del tren, donde ella debía esperar y reflexionar por una eternidad mientras que finalmente Dios decidiera a dónde merecía ir y le asignara un boleto. Pero no quería esperar. No quería estar muerta.

Retumbaron las palabras del doctor Cantor: «Hoy es 22 de junio de 1986».

Y a Amelia la golpeó la realidad con la fuerza de un arsenal de torpedos. ¿Tenía dieciocho años? ¿Aún dieciocho? ¿No cincuenta y

tres? ¿Había imaginado toda su vida después del rescate? ¿Estaba viva o en coma, o loca, o muerta?

Empezó a rezar por respuestas y a su lado apareció flotando, como un fantasma bello, Carl Sagan. La miró muy serio y, sin decir palabra, le dio una patada de *ninja* en el pecho. Amelia viajó impulsada a toda velocidad fuera del hoyo a través de un túnel azabache eterno, hasta que vio al fondo la luz del Sol cuando se torna blanco. Y luego platino. Era el Sol más poderoso.

Amelia se descubrió flotando en un enorme cuarto de hospital muy bien iluminado: existía suspendida sobre el cuerpo de una muchacha tendida, medio desnuda, que reposaba sobre una cama blanca, con el pecho y los brazos enredados en cables negros que la conectaban a todo tipo de cubos y aparatos con luces y pantallas. Tenía la cabeza semilevantada por las almohadas y la cara escondida por una máscara de oxígeno transparente. Desde arriba, pudo observar cómo el doctor Cantor le explicaba algo que no podía escuchar a dos mujeres mínimas, una blanca y otra negra. Las reconoció al instante: eran su mamá y Estílita.

Una vez el doctor se marchó, Amelia fijó su atención en ese cuerpo enfermo que intuyó era el suyo, pero que no reconocía. Lo observaba elevada, casi clavada de espaldas al techo, y crecía su confusión. Era la imagen de una mujer joven, casi niña, que yacía como una muerta, semidesnuda sobre unas sábanas, con el cabello recogido en una moña corta. Al analizarla de pies a cabeza, no la identificaba como un ser ni remotamente familiar. Era una caricatura distorsionada de cómo se recordaba: era más infantil, pálida y frágil, con el tronco ensanchado. No, no podía ser ella misma.

Luego, le sorprendió el tamaño de los senos, casi tan grandes como los de Nanda y mal cubiertos en las areolas por dos pelotitas de algodón. Y sus muslos y caderas dormían redondeadas, acordes a cómo pudo haber sido de quinceañera Olga Breeskin, la diosa sensual y bailarina de *La carabina de Ambrosio*. No, no era el cuerpo

que recordaba habitar cuando deambulaba por la selva, ni el de toda su vida después.

Recordó el balazo que recibió en el pecho y buscó con desespero la cicatriz. Fijó la atención entre las pegatinas redondas que conectaban aquel cuerpo al monitor cardiaco y fue entonces cuando encontró sobre el seno izquierdo, justo a unos centímetros de la areola oscura y mal cubierta en algodón, la estrellita de mar de siempre. Sí, era su cicatriz, igual a aquellas estrellitas de mar que encontraba entre chipichipis con su papá en el mar de Playa Larga y que soltaban en el agua y luego pintaban sobre cartulinas.

Supo que aquella criatura herida sí era ella y, aunque no la podía reconocer del todo, la amó y descubrió tres estrellitas más: otra en la quijada y dos más en el muslo derecho. Eran pequeñas cicatrices, que ya habían sanado; no competían con la nueva herida de su vientre, que no sabía de dónde provenía, tal vez de El Mapache cuando le disparó ahí la última vez, cuando se casaron y no la mató. Pero si estaban en el año 1986... era imposible. ¿Por qué tenía esa nueva herida?

Vio las manos negras de Estílita arropándola con una sábana, y las pálidas de su madre, por primera vez con las uñas cortas, sin su manicura roja con lunas blancas, acariciándole la cara.

—Ame, soy yo, Esti. Estás viva, vas a recuperarte, lo feo ya pasó.

La acariciaba con dulzura, rozándole la piel de la cara y el cuello.

—Mi amor, es hora de despertar. Abre otra vez los ojitos —dijo Carmenza.

Pero Amelia no pudo: los ojos solo le obedecían para llorar, sintió dos lágrimas encharcarle los párpados paralizados.

57

Las guerreras nacen de sus acciones;
las víctimas, de su parálisis.

Santa Zarigüeya

ESCUCHABA LOS SONIDOS DE LA CIUDAD DE NOCHE, pero Estílita los interrumpió trancando una puerta y hablándole con la voz clara.

—Ame, presta atención a lo que voy a decirte. Como no despiertas y el doctor Cantor no sabe cuándo podrás hacerlo, voy a darte unas gotitas de ayahuasca, la medicina de la planta sagrada. Te voy a hacer una ceremonia de sanación para que, con la guía de Pachamama, regreses.

Amelia conocía desde niña los protocolos de la medicina espiritual practicada por los chamanes amazónicos. Estílita le había explicado en secreto cómo elaboraban brebajes sagrados con dos plantas: las lianas de la ayahuasca y las hojas de la chacruna. En un rito ancestral, ofrecían esta mezcla como terapia para sanar el espíritu y conectarlo con las verdades del mundo y la naturaleza. Estílita había prometido realizarle una de estas ceremonias cuando cumpliera los dieciocho años: ese momento había llegado.

Con sus manos frías, Estílita le quitó la máscara de oxígeno y le entreabrió los labios. Apenas la primera gota cayó en su lengua, Amelia sintió el poder de la savia amarga de la Madre Tierra apoderándose de cada rincón de su ser. Para su alivio, confirmó que podía respirar perfectamente y tragó con tranquilidad.

—Espero que no tosas ni te pongas mal, no quiero acabar en la cárcel.

Estílita soltó una risotada nerviosa, como de costumbre.

—Te voy a dar gotitas durante toda la noche. Aguanta. La ayahuasca te contará todo lo que te ha pasado, lo que te has perdido y lo que has ganado; necesitas conocer tu verdad. Levanta el dedo si me entiendes.

Amelia abrió la mano por completo.

—Muy bien, mi niña. No será fácil, pero ya verás: todo va a ser claro y maravilloso cuando te atrevas a despertar.

58

Hoy saco mis linternas para encontrarme,
soy la nueva jefa de mi destino.

Ajolota Galáctica

ESTÍLITA NO HABLABA, CANTABA CON UNA VOZ EXTRAÑA, paría cada palabra en un tono ronco y solemne. Sin embargo, su entonación era, en los oídos de Amelia, la versión cómica de un Yoda caribeño protagonizando una película selvática de *Star Wars.*

—Puede ser que sufras alucinaciones, churrias y vómitos, pero le ruego a Pachamama que sea generosa y te permita viajar en paz. Un buen *trip*, como dice Nanda.

Amelia recordó que Estílita le explicó una vez que, durante el trance, muchos vomitaban y tenían diarrea; así expulsaban sus demonios y traumas. Otros pocos, simplemente dormían mientras la medicina los sanaba: eso era lo que Estílita deseaba que le ocurriera, pero ella ya no quería dormir más, quería despertar.

Recibió una tercera gota mucho más generosa que las anteriores, un chorro que sintió como un manguerazo, mientras Estílita continuaba entonando sus cánticos. Cada palabra se mezclaba ahora con los ritmos de un tambor selvático. Amelia comprendía que cada golpe tenía la intención de impulsar el poder del brebaje desde sus labios hasta su lengua, su garganta, su estómago, sus venas, su cerebro y, luego, a un nivel más sabio y profundo de su inconsciente. No se podía concentrar y tragar: le causaba gracia e inquietud imaginar a su nana tocando percusiones indígenas en un hospital. Estílita interrumpió el tamborileo y le advirtió, ya sin cantar:

—Óyeme bien: tienes que rendirte y tragar. Suelta tus miedos y respeta la ceremonia. Además, esta noche vienen tus amigos.

Amelia se estremeció. Los tambores regresaron y los cantos también.

—Despréndete, confía en la medicina ancestral que cura todo y en quienes te amamos. Todos te acompañaremos en este viaje sagrado.

Amelia recibió otro goterazo de la potente savia de la tierra, tan espeso y concentrado que se le revolvió el estómago, pero esta vez lo saboreó entregándose al poder de la medicina. Por fin se iba a reencontrar con sus parceros. Y ojalá con Román en el otro mundo, el de los espíritus, donde la ayahuasca lleva a muchos a escuchar mensajes de los muertos.

Estílita notó el cambio y le dio varios chorritos más. Entre el golpe de los tambores, ahora acompañados de los aromas de un sahumerio, Amelia empezó a ver debajo de sus ojos fuentes planas de números cambiantes de color verde neón. Caían como las cintas de una máquina de escribir, invadiendo su mente a toda velocidad.

Los dígitos se transformaban en densos bosques, luego en árboles y finalmente en hojas de plantas resplandecientes. Amelia los examinó con deleite hasta que, de repente, se vio rodeada por millones de enjambres de amebas voladoras llenas de vida en una nueva dimensión. Se sumergió en una sinfonía de ritmos entre las dosis de la savia, tan amarga que la reconectaba con el presente por unos instantes. Tenía que realizar un esfuerzo consciente para tragar y resistir la tentación de escupir.

Por fin, Estílita cambió su tono al de siempre. Ahora le conversaba a modo de chisme.

—Llevas seis meses en este hospital. Los doctores dijeron que en tu cerebro no quedaba nada vivo... pero algo pasó en tu cuerpo. Hubo un cambio, una mañana empezaste a llorar entre todos esos tubos. Yo supe que, aunque dormías en ese dichoso coma, algo en tu alma quería conectarse. Y que, cuando te hablaba, me podías escuchar. Se lo dije a Tato. Él trajo de Miami al doctor Cantor. Es un genio cubano, el mejor doctor de cerebros del mundo.

El humo de nuevas hojas de salvia blancas calcinadas acarició cada recoveco de los pulmones de Amelia.

—Cuando te hablábamos o escuchabas música, se prendían diferentes pedacitos de tu cerebro. El doctor nos pidió que te conversáramos y lo hemos estado haciendo sin parar. Tomamos turnos para hablarte en ciclos de treinta y tres minutos todas las tardes. Unos cien minutos diarios para recordarte historias, echarte cuentos y darte fuerzas y amor. Solo Dios sabe qué habrá pasado por tu cerebro y lo que has vivido y sentido todo este tiempo.

Amelia analizaba cada palabra de Esti, ahora convertida en un cero. Recorría el universo de números a toda velocidad, uniéndose a todos redonda y ágil.

—Tato siempre te cuenta de aquella época en que eran chiquitos, para que recuerdes tu niñez tan feliz cuando despiertes. Te habla del guayacán donde se conocieron, de sus flores amarillas, de la historia de cada uno de los parceros, de todo lo lindo que han compartido y de lo mágica que eres cuando bailas… sobre todo de esa última vez que bailaste tan alegre en la boda que celebraron en su casa.

Estílita agitaba un ramillete de *chakapas* y acompañaba sus palabras con un crujido rítmico.

—Y Mari te explica que tu regreso a este mundo es similar a hacer un viaje en un avión, como el que algún día van a hacer juntas a California para que estudies por allá y hagas tus películas. Ojalá una en la que tú seas la superhéroe de tu propia historia, para que inspires al mundo.

Ahora, vientos de maracas de semillas y nuevos olores se acercaban a su cabeza.

—Y Nanda te pone películas y las canciones que te gustan, y las baila y canta aquí. Te cuenta los chismes del hospital, cómo son los doctores y las personas que te cuidan, con sus exageraciones y locuras cómicas.

Esti soltó una carcajada y las maracas enmudecieron. Le anunció emocionada:

—Ya van a ser las diez. Nanda debe de estar llegando con Tato.

Amelia existía como una superficie verde y lisa, semejante a la piel de una rana húmeda iluminada por los rayos del Sol. Vibraba con una inteligencia más aguda y una mente más clara que nunca. A toda velocidad, unía los cabos sueltos, navegaba a través de sus recuerdos, tanto los antiguos como los nuevos, distinguiendo con precisión la realidad de la fantasía. Organizaba meticulosamente en carpetas de raíces abiertas lo que asumía, confirmaba, faltaba, comprendía y no entendía de cada espacio, recuerdo y momento.

Se sentía como una televidente desconcertada al analizar uno de los capítulos más cruciales de una telenovela o de una película de suspenso, con la salvedad de que la protagonista era ella misma. Rogaba por un final feliz que no podía anticipar. De repente, una ráfaga de viento entró por la puerta, provocándole un susto momentáneo. Se calmó al sentir el cálido contacto de una mano, la mano de un hermano mayor que había extrañado durante décadas.

—Ame, soy yo, Tato. Apriétame la mano si todavía me quieres.

Amelia presionó con fuerza y adivinó en las sombras la sonrisa de Tato. Él la acariciaba como un doctor experto, examinaba sus pies, los cables sobre su pecho, la herida de su vientre.

—Quiero que sepas que ganaste. Mataste a ese hombre y, aunque te disparó de vuelta y nos diste un gran susto, ya estás bien.

Sintió que el cuerpo de Nanda se metía en la cama junto al suyo, masticando Big Red.

—Qué susto tan hijueputa nos diste. Dormilona, te quiero y te extraño tanto...

Nanda le besaba la frente, como aquel domingo cuando llegó a su casa con Jacinta herida y el corazón deshecho.

Estílita interrumpió el Ave María que estaba murmurando e hizo el ademán de darle otra gota de ayahuasca.

—No, Esti, suficiente —dijo Tato—. Es mejor que se le bajen ya los efectos psicodélicos para irla trayendo a la realidad.

Nanda encendió un cigarrillo de marihuana, saboreando cada pitada con nostalgia, ya más lejos de la cama.

—Esto ha sido muy difícil. Después de que te secuestraron, esa misma noche de tu cumpleaños, menos mal que mi papá mudó a Esti y a tu mamá a nuestra casa, porque... ¡Mierda, llegó Mari! La oigo saludando. Hijueputa, el cuarto huele a marimba, me va a matar.

Se alejó hacia donde Amelia imaginó quedaba el baño y se oyó el agua bajar por el inodoro, pero al instante Nanda se acurrucó a su lado nuevamente.

—Ame, prepárate. Llegó el momento de que te enteres del secreto que va a cambiar todo.

59

Las flores lindas tienen almas vestidas de Sol
y también de rudos aguaceros.

Mariposa Monarca

La puerta se abrió, dando paso a un festival de esencias dulces de rosas frescas y *brownies* recién horneados. Y del perfume Anais Anais. Quedaron atrás los aromas agudos del sahumerio y las amarguras de la planta medicinal; ahora todo era dulce en la existencia de Amelia. María Belén avanzó hacia ella como una sacerdotisa. Su sola presencia bastó para santificar el ambiente; iba acercándose muy lentamente al ritmo de cantos de aleluyas imaginarios y de un amor real.

—La última vez que nos sentamos así, juntas en una cama, fue cuando Mari te curó de lo que te hizo El Mapache feo —le dijo Nanda, masajeándole el brazo y adoptando un tono jovial.

—Y míranos hoy, otra vez juntas, lista para ser felices después de la pesadilla, unidas como las parceras VIP que somos.

Amelia reposaba sobre la nube más alta del planeta, convertida en una gota de lluvia. Con sus retinas de telescopio, observaba la unidad del mundo mientras escuchaba a Estílita recoger el cuarto.

—Nanda, dejémosla con Mari y Tato un rato. Acompáñame a llevarles las flores a las enfermeras del piso nueve, y los *brownies*, que son para el doctor Ruan. Allá hay un balcón donde puedes fumar.

Pasó una eternidad antes de que Amelia sintiera el apretón de manos amoroso de su amiga Mari.

—Ame, lo que ha pasado ha sido muy, muy feo, y ahora te necesitamos despierta. Por amor a Dios, abre los ojos. O mueve la

otra mano, los pies, algo.

Amelia trató de mover los pies, los brazos y cada centímetro de su cuerpo, pero permanecía convertida en un simple átomo de aire, desprovisto de cualquier poder. Se veía suspendida dentro de una nube y, por más que trató de despertar, solo logró asumir la forma de una delgada y corta línea recta.

Tato cerró la puerta con llave. Examinó el suero y la aguja conectada a Amelia al tiempo que le acariciaba el brazo.

—Ame —le dijo Mari—. Tato te va a contar algo que los médicos y tu mamá no quieren que sepas porque temen que, quizás, no tengas las fuerzas para enfrentarlo. Pero yo sé que tú eres más fuerte que todos nosotros.

A Mari ya no le temblaba la voz. Ese cambio desdibujó la línea recta que era Amelia y en el subconsciente algo la energizó y se sintió ondeando. Ahora era un zigzag corrientoso, tan poderoso que le permitió menear su cuerpo de la punta de los pies al tope de la cabeza. Antes de hablar, Tato se aclaró la garganta.

—Llevas casi seis meses en el hospital, en coma. Y hace tres empezaste a sangrar vaginalmente. A veces, por los *shocks*, las mujeres secuestradas dejan de tener sus ciclos menstruales y es normal que regresen con el tiempo. Sin embargo, los doctores te hicieron un ultrasonido para descartar que tuvieras un coágulo o cualquier complicación producto de los balazos.

Tato hizo una segunda pausa.

—La prueba reveló que estabas embarazada de unos cinco o seis meses. Fue difícil establecerlo, porque llegaste muy flaca y desnutrida, y la distensión de tu vientre era mínima. La triste realidad es que te violaron durante el secuestro.

La misma fuerza que la suspendía en perfecta paz sublevó a Amelia. Todo a su alrededor empezó a vibrar, a temblar, a desmoronarse, el zigzag que era se reventó y trajo de vuelta cada segundo de su cautiverio: desde que la metieron en el baúl del

automóvil hasta el momento en que sobrevoló con los soldados aquella selva pantanosa. Revivió con claridad cada instante de su secuestro, cada palabra cruzada con El Mapache, con El Cristo, con La Rata, con Viruta y con Capulina. Con los militares que la salvaron.

Mari la tomó por los muslos, que Amelia no sabía que le temblaban, para hablarle con una firmeza dulce.

—Hace tres días entraste en labores de parto. Las contracciones y los dolores te fueron despertando aún más: llorabas y hasta sonreías entre el tubo. El doctor Ruan trató de que tuvieras un parto natural, pero al final le tocó hacerte una cesárea. Tuviste una bebé preciosa.

Amelia ya no era una línea, ni un cero, ni un átomo, tampoco una hoja, ni una ameba, ni mucho menos la piel de un sapo: era una madre angustiada siendo arrastrada por un ciclón. Respiró a fondo, absorbiendo su propia fuerza para mantener la calma y regresaron perfectamente ordenados sus dolores de parto en el vientre. En su viaje, en sus recuerdos, en sus sueños.

Se confirmó a sí misma que nadie la había violado. El padre de esa bebé era fruto de su amor con Román la noche en la que cumplió dieciocho años. Empezó a llorar mientras sonreía. Lloraba por la muerte de Román y sonreía porque era madre, porque tenía una hija y porque la vida le estaba regalando para siempre un pedacito de él.

60

Solo si despiertas de tu pesadilla,
alcanzas a vivir tus sueños.

Paca Dorada

Tato le masajeó la espalda a Mari para que continuara hablando. Ella miró hacia el cielo y luego se enfocó en el rostro de su amiga con una ternura desesperada.

—Tu mamá quiere dar en adopción a tu bebé. Dice que, si despiertas, estarías condenada a criar a la hija de tu violador, a verlo reflejado en la cara y en la historia de tu niña, y ella no quiere traumatizarte más. Le rogué a Carmenza que lo pensara, pero ni siquiera ha querido conocerla.

Tato añadió con un tono sereno.

—Por otro lado, la Policía le advirtió que sería peligroso criar a la hija de un criminal asesinado o preso; sus familiares podrían enterarse y estamos en Villarreal. Lo de tu parto se ha mantenido en absoluto secreto por la seguridad de todos. Carmenza quiere que la niña tenga la oportunidad de llevar una vida normal en el extranjero.

Mari se acercó para acariciarla.

—En unas horas, los de la agencia de adopción van a llegar al piso nueve a recoger a tu hija. Ame, tú eres su mamá, eres tú quien debe tomar esa decisión. Tienes que despertar ya.

Amelia, convertida en los vientos de un ciclón, descubrió entre sus pies un farolito que la alumbraba desde abajo. Titilaba como una estrellita inocente. Era su hija. Fijó todo su amor en ella y permitió que su luz la atrajera como un huracán. Voló disparada en dicha, de cabeza, la besó con la punta de sus labios y vibró enceguecida ante un sol inmenso. Supo entonces que había abierto los ojos. Con la

mirada atónita de una niña recién nacida, fue descubriendo el mundo. Tocaron a la puerta, Tato corrió a abrirla.

—Ya le dijimos todo.

La nube densa y blanca que envolvía a Amelia se fue disipando y, frente a sus ojos, descubrió las figuras de quienes tanto la amaban: estaban vestidos coordinadamente de blanco, para respetar el ritual sagrado de Estílita.

Nanda llevaba puesto un hermoso traje largo de mangas largas de olán blanco que acariciaba el suelo; Mari, una sencilla y fresca bata color nube, ajustada a su cintura por un cordón. Tato vestía un elegante conjunto de guayabera y pantalones de lino color hueso. Estílita tenía amarrado como turbante un trapo blanco que resaltaba su cara morena y una túnica majestuosa del mismo color.

—Ro-mán —dijo Amelia con la voz ronca de siempre.

Estílita se acercó para acariciarla.

—Ro-mán —volvió a repetir.

Nanda le dio la espalda a la cama y susurró.

—¿Por qué pregunta por Román y no por la bebé? ¿Despertó bien de la cabeza?

Tato se acercó para examinarla.

—Ame, sigue mis dedos.

Ella levantó los brazos con dificultad, como si estuviera oxidada, y los dejó caer sobre su espalda, en un abrazo.

—Román.

Mari se unió al abrazo y con ternura le dijo a Tato:

—Tal vez, Ame no entendió bien lo de la bebé y ahora simplemente extraña a Román. Es el único que no está.

Estílita se acercó.

—Ame, Román no puede acompañarnos. Tu mamá le prohibió que te visitara. Pero se ha recuperado bastante bien, gracias a Dios.

Amelia miró a todos a su alrededor y dejó escapar dos lágrimas alegres.

—¿Román… vivo?

Nanda encendió un cigarrillo, nerviosa.

—Claro que Román está vivo. Solo que quedó con una pierna chueca, cojo, por los balazos. Y el pobre está más solo que un pingüino en el desierto. Todos lo culpan por lo que te pasó.

Amelia estiró la espalda y se sentó pensativa, encorvada hacia adelante sin el soporte de la almohada.

—¿Román vivo?

Estílita le acomodó las cobijas.

—Sí, mi amor, Román está vivo. La noche que te secuestraron recibió varios balazos, no sé cómo se arrastró hasta la casa y nos avisó de que te habían secuestrado. Tu mamá dice que, si no hubiera toreado a El Mapache, nada de esto te hubiera pasado. Él se ha recuperado bien, pero tiene un tremendo cargo de conciencia. Solo habla con Tato.

Amelia no podía contener los sollozos.

—Román está vivo.

Los demás la observaban espantados. Parecía una loca. Amelia estrenaba las manos acariciando su propia cara. Luego usó ambos brazos para levantar la sábana y mirar su cuerpo. Los algodones sobre sus pezones estaban empapados.

Todos observaban el espectáculo sin acercarse, como desconcertados testigos de su extraño comportamiento. Permanecían en silencio, parados en fila, tomados de la mano, observándola pasar de un estado de euforia a otro de abatimiento.

—Tal vez, siga bajo los efectos de la ayahuasca —dijo Tato sin atreverse a tocarla. Nanda le ofreció una nueva teoría, acompañada de un codazo suave.

— Tal vez haya despertado medio bobita y nos jodimos, como dijo tu abuelo el presidente.

Mari abrazó a Estílita.

—Pobrecita la bebé.

Amelia de repente cambió de actitud y se sentó derechita.

—Nadie me violó. Román es el papá... de mi bebé. La hicimos esa noche. Debajo del guayacán.

Vio a sus ángeles blancos paralizados, anonadados, cada uno asimilando sus palabras en su estilo. Tato agarrándose la frente con los ojos cerrados. Estílita con la boca abierta. Nanda sonriente con la ceniza del cigarrillo ardiendo un kilómetro. Mari con las manos recogidas en pose de oración.

61

Los ojos sonrientes en agradecimiento
florecen bendiciones de tu sufrimiento.

Santa Zarigüeya

AMELIA RECIBIÓ EL AMANECER con sus ojos negros reflejados en los azul cielo de su bebita. Su hija la esperaba despierta, lista para ser devorada a besos, como un pastelito de amor. Cuando por fin la tuvo entre sus brazos, su espíritu visitó el lugar secreto donde las mujeres convertidas en madres reciben un aguacero de escarchas y bendiciones y se convierten en diosas.

Madre e hija iban reconociéndose como almas viejas con una curiosidad espiritual intensa, se conectaban primitivamente con una hermosa avidez animal. Empezaron mirándose, luego olisqueándose y después tocándose, hasta que el amor las unió en un dulce beso, que interrumpieron para volver a mirarse.

Amelia desenvolvió a la pequeña como si fuera un regalo y la disfrutó. Le acarició el pecho tierno, la frente sabia, marcada por cejas suaves e invisibles, observó los ojos de piel de uva azulosos, similares a los del padre. Detalló el pico de su boquita fruncida, semejante a un hibisco adormilado, y besó la manita de durazno que se aferraba con firmeza a su dedo pulgar. Dándole gracias a Dios, la posó, piel contra piel, sobre su corazón, el cual ya no latía roto.

Dos enfermeras, que reconoció como la azafata rubia con cuerpo de tamal y la agente morena de *special services* de American Airlines, la ayudaron a ponerse de pie. Le ofrecieron un mecedor de mimbre blanco y, con delicadeza, le desnudaron los hombros, sentándola sobre una especie de nube. Realizando malabares como hadas encantadas, la rodearon de almohadones y le acercaron a la

bebé, que se prendió de su pecho como una palomita hambrienta y agradecida.

Amelia sintió, siglos después, que alguien la liberaba del peso de la criatura que dormía en su regazo. Abrió los ojos asustada, temiendo que todo hubiera sido un sueño, pero la sonrisa de Mari la calmó. Despertaba después de dormir como antes, pero ahora frente a su hermosa y nueva realidad. Mari, asumiendo su papel de madrina amorosa, recostó a la bebita sobre su hombro y empezó a darle suaves palmadas en la espalda para sacarle los gases:

—Es hora.

Tato le revisó los signos vitales con gran concentración y, segundos después, le besó la frente, iluminando el ambiente con su sonrisa. Luego, procedió a retirarle la aguja del suero y le masajeó el antebrazo con su manota, que ella tomó y besó mil veces.

En ese momento, la puerta se abrió a sus espaldas y apareció el doctor Ruán. Aunque no tenía las orejas tan peludas, sí las cejas, que enmarcaban unos ojos inmensos llenos de cariño benevolente y sabiduría.

—Mi niña bonita, ¿te sientes bien? ¿Estás segura de que puedes caminar al patio de maternidad?

Amelia le dio un «sí» contundente con una sonrisa que hizo innecesarias las palabras. Se sentía más poderosa y fuerte que nunca. A pesar de sus dieciocho años, no había vivido poco. Después de recorrer doscientos cuarenta kilómetros de selva, superar mil dolores en cuerpo y espíritu, vencer incontables fantasmas y resistir treinta y cinco años de desgracias que, aunque nunca sucedieron, sí las padeció, sabía que era imparable.

Claro que podía dar unos cortos pasos hasta el patio del piso nueve para reclamar el final feliz de su cuento de hadas soñado.

62

Cuando te atrevas a despertar,
amarás la luz que hay en ti.

Mariposa Monarca

A LAS OCHO DE LA MAÑANA, como cada día, los bebés del Pabellón de Maternidad del Hospital General de Villarreal salieron al patio del balcón del piso nueve para disfrutar del Sol, acompañados de sus enfermeras y familiares. Sin embargo, esta vez en la caseta comunal no solo se sirvió el tradicional desayuno de café con leche, chocolate caliente y pastelitos de jamón; también se ofrecieron *pizzas* de todos los sabores, papas fritas con mayonesa, postres de Nutella y un ponche de frutas con aguardiente y ron.

Los primeros acordes de la marcha nupcial resonaron desde un acordeón viejo de color vino y blanco. El señor Recker y la madre de Amelia habían contratado de improviso un conjunto vallenato que vieron salir de una fiesta a las siete de la mañana, justo cuando se dirigían al hospital.

Nanda y Pili entraron primero, caminando coordinadamente. El balcón, como era costumbre, estaba decorado en las esquinas con cuatro maceteros de palmeras gigantes abrazadas por orquídeas de colores y rodeados de helechos exuberantes. Ambas avanzaban graciosamente en cámara lenta, vestidas con uniformes de enfermeras ligeramente cortos pero ajustados, impecablemente blancos, al igual que las mesas y bancos de cemento que solían pintar de ese color para ahuyentar a las hormigas en el verano y que hoy vibraban llenas de almas alegres. Cada una sostenía ramos donados de los arreglos florales del piso de maternidad, sonriendo entre sus bembas magenta.

Convirtieron el patio de piedra en una pasarela de modas surreal y exótica. Las damas de honor y las bancas combinaban sus colores con los de las buganvilias fucsias y naranjas que nacían en las paredes de los costados y que se unían en el techo, formando un largo túnel de sombra.

Estílita hizo su entrada triunfal luciendo su turbante de hechicera, empujando suavemente una carriola de bebé envuelta en cobijas de piqué y cintas blancas. Mientras avanzaba cojeando con su característico *tumbao*, reconocía a los presentes: a Teresa, elegantemente maquillada; a la Retrasada y a doña Martha, quienes lloraban y aplaudían; al doctor Cantor; a Alfonso tomando fotos con el Dr. Mike; a Erwin Usnavy con su novia resoplando a punto de dar a luz; al Pitufo y a Beatricita con su bebecito mínimo, acompañados de sus tías y sus abanicos; a Fidel, el guardia de seguridad; a los gemelos Jursich, encargados del aseo... y a decenas de asistentes.

Estílita no pudo dominar más la emoción y se detuvo. Estalló en la alegría más pura, agitando ambos brazos para saludarlos a lo lejos y, luego, se tapó incrédula la sonrisa, como si estuviera entrando a su propia fiesta sorpresa.

A su rescate vino Carmenza, corriendo a toda marcha. No se pudo contener y sacó a su nieta de la carriola como una loca y frente a todos se la comió a besos. Ambas mujeres reemprendieron aceleradas la marcha nupcial, obligando al percusionista, que había refrescado muy bien su borrachera, a golpear los tambores entre aplausos y porras.

—Abuelas, abuelas.

El alboroto se calmó cuando se entreabrieron las puertas de vidrio y apareció Amelia, flotando descalza en el vestido blanco de Nanda, firmemente agarrada de un lado por Tato y del otro por Mari para no salir volando. Llevaba la cabeza adornada con una corona de rosas durazno claro y pequeñas orquídeas blancas que respetaron docenas de maría mulatas. Su mirada era seria, fija en el horizonte, donde el

Sol nadaba sobre las hojas de los árboles, ocultando entre sus rayos la silueta de un hombre, acompañado por un sacerdote y una bestia mitológica monumental.

Amelia aceleró el paso, recorriendo lo que parecieron kilómetros de silencio, rodeada por los fantasmas de su viaje entremezclados con decenas de recién paridas, que la habían visto bailar por última vez en la boda de Beatricita y el Pitufo. Todos la aplaudían con cariño a lo largo del túnel florido, señalándole su destino al fondo, pero ella no podía verlo ni alcanzarlo, deslumbrada y abrumada por la luz que la esperaba al final.

Cuando sintió que los rayos del Sol la quemaban, que las rodillas le flaqueaban y que le faltaba el aire, una ráfaga animal poderosa la embistió por un costado, alzándola para galopar hacia su destino. Apoyada en el inmenso lomo de Lóndero, impregnado en colonia Halston, finalmente encontró los ojos de Román, que la rescataron para siempre. Sonrió mientras lloraba cuando él la levantó y se escondió feliz entre su pecho enorme. Lo abrazó con los muslos, como aquella vez, y cuando él intentó decir algo, ella saboreó su boca. Una y otra vez, hasta que él, sonriente, se calló y se lo permitió.

No prestaron atención a los remilgos del padre Carlos Riveros, explicándole a Nanda que el beso siempre viene después de la ceremonia, nunca antes. Tampoco escucharon la canción de cuna alemana que el señor Recker dedicaba a la bebita, tomando de la mano a Carmenza como un abuelo feliz. Tampoco atendieron a la conversación entre Estílita y Mari, quienes elegían nombres de niña inspirados en protagonistas de telenovelas brasileñas y figuras bíblicas.

El aroma a café fuerte recién colado los despertó del beso a la realidad. Amelia miró con ternura a Román, sintiendo que ya estaba casada, que su luna de miel llegaba a su fin y que Román estaba a

punto de convertirse en papá, pero que, antes, él le hablaría como un guerrero. Conociéndolo bien, le dio su tiempo.

Con los ojos derramados, Román la contempló unos segundos pensando en cada palabra, no en lo que quería decir, sino en lo que debía decir.

—Después de lo que te pasó por mi culpa, no he dormido ni una noche en paz, pero acepté que vivir para siempre sin ti, con ese remordimiento, era un castigo que debía asumir con honor y por eso no me pegué un tiro.

Lóndero se acercó preocupado y, gimiendo un poco, lo acompañó sin sentarse, alerta y fiel a los pies de ambos, como si ya estuviera acostumbrado a verlo postrado en el dolor más profundo. Román ya no lucía como un joven de diecinueve años, sino como un soldado de treinta, apaleado por una etapa oscura, tan negra como la ropa que vestía de pies a cabeza, que resaltaba sus ojos de agua. Apoyó su mano zurda y brusca sobre el muslo de Amelia mientras medía cada palabra.

—Tato me contó todo hace unos días, y yo me metí ahí contigo esa tarde en tu cuarto, antes de la cesárea. Y cuando te vi ahí tirada, llena de tubos, me quedé sin palabras. Como siempre. Pero te toqué la barriguita.

Hablaba con dificultad. Necesitaba tiempo para pensar, para recobrar la compostura. Y por eso Amelia lo amaba más.

Una mariposa azul se posó entre las cejas de Lóndero y la fiera contuvo sus instintos de gruñirle para respetar el momento.

—No sé si lo imaginé, pero dijiste mi nombre. No sé cómo. Amelia, tienes que saber que tú siempre, siempre, desde que te vi a los seis años en el guayacán, has sido lo mejor de mi vida. Y por eso te juro que me voy a encargar de que nunca más vuelvas a sufrir y que seas siempre la mujer, la mamá, la esposa más feliz. Sin ti, mi vida, y sin ella, nada tiene sentido.

Amelia trató de interrumpirlo, pero él la detuvo.

—Ame, te pido perdón. Si yo no hubiera hecho esa locura por vengarme de ese animal, te habría entregado el anillo de compromiso esa noche, nos habríamos casado y tu embarazo habría sido el más feliz del mundo. Pero, como le dije a tu mamá, he madurado mucho con todo esto. Ella tiene miedo de hablarte, de que tú no entiendas por qué tomó esa decisión y de que no la vayas a perdonar.

Al fondo, Carmenza los miraba con la bebecita dormida en sus brazos. Amelia le tiró un beso.

—Yo no tengo que perdonar a nadie, porque ya soy la mujer más feliz del mundo. Y porque tenemos una bebé hermosa que... la pobre aún no tiene nombre.

Ambos se rieron entre lágrimas y Lóndero, ya más relajado, espantó la mariposa revolcando su cabeza de oso, pero ella, atrevida, se posó justo en el medio de su hocico, al borde de su nariz con las alas bien abiertas.

—Escoge el nombre que tú quieras. Vamos a tener tantos bebés, Ame, que no te van a alcanzar los nombres.

—Quiero que nuestra hija se llame… Mariposa. ¿Estás listo para conocerla?

Román la besó en la frente y empezaron a caminar tomados de la mano sobre el manto de flores fucsia y naranja que les había regalado la brisa, escoltados por Lóndero.

Román cojeaba un poco y sonreía mucho. Cerró los ojos cuando le dio el primer beso a su miniclon, que lo esperaba arropado como un taco de merengue. Estrenando una nueva expresión de alegría, alzó a su bebé hasta las nubes y llovieron bendiciones y aplausos. Amelia miró hacia el cielo con su corona de flores bien puesta, más agradecida, despierta y viva que nunca.

Los vallenateros, ante un gesto de Román, empezaron a tocar *Bonita*, de Diomedes Díaz, y todas las almas, sin excepción, se empezaron a menear en el patio del piso nueve. Al fondo, una

abuelita escupió al piso y sonó una ráfaga de truenos que ahogó un bongó. Amelia iluminada se dejó llevar por el hechizo de cada instrumento y volvió a ondear las caderas como una palmera en la brisa.

Fin